

Joseph
Roth



el Anticristo

Prólogo de
Ignacio Vidal-Folch

JR, un homólogo ficticio de Roth, es un periodista contratado por un magnate de los medios de comunicación, encargado de informar sobre las emanaciones del Anticristo en todo el mundo, en sus diversas caracterizaciones: la técnica, el nacionalismo, el patriotismo, el comunismo y, curiosamente, el cinematógrafo, al que veía como un truco de magia negra para sustituir la vida real por un limbo hipnótico e ilusorio. *El Anticristo* no tiene tanto que ver con la religión como con la desintegración moral del mundo moderno. Es, ante todo, un alegato moral contra la barbarie de una modernidad industrial y deshumanizante.



Joseph Roth

El Anticristo

ePub r1.0

Titivillus 16.10.16

Título original: *Der Antichrist*

Joseph Roth, 1934

Traducción: José Luis Gil Aristu

Prólogo: Ignacio Vidal-Folch

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Vigencia de Joseph Roth

Ignacio Vidal-Folch

Sería largo enumerar cuántas cosas fue perdiendo Joseph Roth a lo largo de su vida, tan fructífera, agitada, dolorosa y relativamente breve (nació en Brody, en 1894, y murió en París en 1939). Quiero pensar que la parte de su prosa más irreductible a toda explicación no hubiera podido cristalizar en encantadoras palabras si él hubiera vivido mejor. De su pérdida y dolor constantes manan los párrafos de fraseo maravillosamente lírico, las escenas de un romanticismo delicado, el humor burbujeante de picardía e inteligencia, el reprimido sentimentalismo sadomasoquista... que puede culminar en una frase lapidaria, una muestra del prosaísmo que rige el mundo, el movimiento de un manotazo indiferente que derriba un castillo de naipes. Vida también pintoresca: como pincelada bastaría la dirección de su domicilio que le dio a su amigo Von Cziffra: «París: Hotel Foyot; Marsella: hotel Beaurau; Viena: hotel Bristol; Amsterdam: hotel Eden; Salzburgo: hotel Stein; Ostende: hotel Couronne; Zúrich: hotel Schwanen...». Salvo en los primeros meses inmediatamente siguientes a su matrimonio, cuando alquiló un piso en Viena y trató de vivir con su joven esposa con arreglo a las formalidades propias de una vida convencional para la que no estaba hecho —paseaba de arriba abajo mirando con incredulidad la disposición de las habitaciones, la cocina, el baño, hasta rendirse: y entonces bajaba corriendo las escaleras para instalarse en la mesa de cafetería donde tenía la costumbre de vivir y de escribir—, fue siempre huésped de hoteles, un hombre en tránsito, un desplazado, como muchos de sus personajes. Recorrió Europa una y otra vez, acumuló impresiones de viaje, y a partir de ellas construyó una docena de novelas, entre ellas por lo menos tres obras maestras indiscutibles: en 1930 *Job* o la novela judía, la historia de Mendel Singer, pobre hombre ordinario, abrumado por las desgracias, y primer gran éxito del autor; en 1932, *La marcha Radetzky*, la crónica, en tres generaciones, del encumbramiento, declive y fin de un imperio y una familia, que empieza con un gesto castrense afortunado y concluye con un desgraciado episodio militar; y en 1939, *La leyenda del santo bebedor*, que escribió sabiendo que sería su último libro, su «testamento», dictado como quien dice *in articulo mortis*: los desesperados, reiterados intentos del *clochard* alcoholizado Andreas por pagar lo que debe a la capilla de Sainte-Marie-des-Baignolles y así redimir su vida con un gesto.

«Roth es un caso único en Alemania; hay escritores con su visión de las cosas; hay

escritores que poseen su lucidez y su independencia maravillosa, pero ni uno tiene su espíritu de observación, su juicio equilibrado y singular que oscila entre la sensualidad y la reflexión, formulado en frases que reflejan la exactitud, subrayan los pensamientos ocultos, llenas de melodía, claras como la razón y oscuras como el misterio.» Este juicio de su amigo Ludwig Marcuse es más elocuente si se tiene en cuenta la época en que vivía Roth, en la que en el ámbito germánico lucía una nutrida y brillante constelación de talentos literarios.

Su biografía se puede resumir en unas pocas frases, y cada una de ellas da cuenta de una desgracia impenable. Nació en un pueblo de la Galizia, región que hoy pertenece a Ucrania pero que a principios del siglo xx, con sus ocho millones de habitantes, era la más extensa de las once naciones que conformaban el imperio austrohúngaro. En esa nación convivían polacos, ucranios y judíos. Mientras estuvieron protegidos por los Habsburgo los judíos de Galizia se libraron de los pogromos, no infrecuentes en la vecina Rusia zarista o en Polonia. (Esos pogromos empezaron, de todas maneras, al día siguiente de la guerra y del reparto del imperio, cuando las potencias victoriosas entregaron la región a Polonia.) Claro está que la benevolencia «administrativa» no impedía que el antisemitismo se difundiese entre determinadas fuerzas políticas y amplias capas de la población no sólo austrohúngaras, también, por ejemplo, alemanas y francesas. Pues bien, de todas las comunidades de judíos, las del Este europeo eran las más denostadas, las peor consideradas no sólo por los gentiles antisemitas sino también por las demás comunidades judías. En su edición de *El Anticristo* de Nietzsche, comentando una expresión antisemita del filósofo (quien, por cierto, reprochaba a su hermana su matrimonio con un antisemita, lo cual era para él el colmo de la vulgaridad), Andrés Sánchez Pascual refiere que varios «casticismos» del idioma alemán presentan al judío polaco como prototipo del mal olor. Si pertenecer al pueblo elegido implicaba ser considerado, en muchos círculos, ciudadano de segunda clase, ser judío del Este era pertenecer a una segunda clase dentro de esa segunda clase. Roth, niño sensible y estudiante aventajado, de familia humilde, en aquel pueblo en tierra de nadie, en el confín del mundo, donde «cuando llueve, todo nada, y cuando hace sol, todo apesta», era muy consciente de su inferioridad en la consideración del mundo.

Era, además, hijo de un padre que al poco de concebirlo se volvió loco, un baldón en su comunidad, para la que la demencia era un castigo de Dios, y un secreto vergonzante y causa de temor para el hijo, que durante toda su vida temió que la locura fuese una tara hereditaria. Roth se alistó como voluntario en el ejército Imperial y Real en 1916; aunque su participación en la Primera Guerra Mundial no lo llevó a combatir en primera línea de fuego y probablemente se limitó a ser redactor de un periódico militar y censor del correo, la información al respecto no es concluyente. En sus relatos orales sobre esa experiencia, que prodigaba en los cafés de Viena y de otras capitales para deleite de sus numerosísimos amigos periodistas y escritores, la fantasía se enmaraña con la realidad: se distinguía en el combate, alcanzaba la graduación de oficial, caía prisionero de los rusos. Es probable que los horrores a los que asistió le indujesen a un alcoholismo que durante una docena de años mantuvo bajo control, pero que se precipitó en manía autodestructiva desde 1928

cuando su mujer se hundió en la esquizofrenia y hubo de ser internada en un manicomio.

Roth no sintió sólo la derrota en la guerra, perdió también el imperio entero, cada una de las naciones que lo componían y en las que durante años se movió como pez en el agua en cuanto reportero distinguido de los periódicos austríacos, alemanes y suizos más importantes de la época, como si fuera perdiendo miembros de su cuerpo a medida que el antisemitismo, el nazismo, fueron apoderándose de ellos. El hombre que a partir de 1925 emprendió largos viajes por Francia, Alemania, Polonia, Italia, Yugoslavia, Albania, Rusia, que vivió en Berlín, Praga y Ámsterdam, acabó atrapado en París en el café de su último hotel, incapaz de caminar unos cientos de metros. Las sucesivas catástrofes, un hombre puede afrontarlas quizá si le ayuda la inconsciencia o la ignorancia, pero él era lúcido: desde el principio, y a diferencia de muchos intelectuales contemporáneos, vio con clarividencia los horrores implícitos en el nacionalismo alemán y el significado de la aparición de la figura fatal de Hitler. Sus reportajes y sus libros le proporcionaron pequeñas fortunas que derramó a manos llenas sobre amigos, conocidos, exiliados y necesitados, y él, que de joven se había apresurado a liberarse de la tutela económica de su tío Heinrich, que ofendía su pundonor, acabó viviendo a costa de Stefan Zweig. Cuenta Bronsen que cuando le incitaban a huir de Francia mientras aún estaba a tiempo, respondía:

—Morir aquí, morir aquí, en este rincón, en esta ventana de café.

En el rosario de desdichas de su vida, quizá su golpe de suerte fue morir en vísperas de que se declarase la Segunda Guerra Mundial, porque esa muerte le ahorró la confirmación de su sospecha sobre el exterminio de los judíos de Europa, entre ellos su esposa, asesinada legalmente en aplicación de la «ley de eutanasia» del Tercer Reich para los enfermos mentales, y toda su familia de la Galizia, que fue exterminada en el campo de Bergen-Belsen. Cuando observamos la vida de aquellos escritores perseguidos por un nazismo que vencía un país tras otro, destruía un refugio tras otro, cerraba una editorial tras otra, nos asombra que en circunstancias tan adversas y angustiosas se pudiera escribir todavía libros excelentes. Libros como *La muerte de Virgilio* de Broch o como la deliciosa fábula, de apariencia tan ligera y graciosa, pero cargada de una melancolía y de una vibración de vals triste como *La noche mil dos* de Roth: un juego de máscaras entre el *sha* de Persia de visita de placer en Viena, el capitán de caballería Taittinger —otro de los muchos militares soñadores, perezosos, egolátricos e inconscientes de la literatura vienesa— y la prostituta Mizzi Schinagl.

Desde hace algunos años, las obras de Roth vienen teniendo un éxito notable en España. Publican sus novelas Seix Barral, Siruela, Edhasa, Anagrama, Sirmio, entre otras editoriales; además, acaban de aparecer dos libros de recuerdos escritos por amigos que le frecuentaron durante sus años de exilio, y en los que se cuenta la fuente de la que mana su poética, por los caños de la tradición judía, el diletantismo vienés y la propia experiencia; la deriva de su ideología política desde una temprana socialdemocracia filocomunista, matizada por un sólido escepticismo, hasta el legitimismo habsbúrguico, hasta el extremo de participar, como otro pintoresco conspirador exiliado en París, en los conciliábulos,

más o menos serios, encaminados a la restauración de la monarquía, en aquellos años finales en que su orgullo y gala era ser recibido en audiencia por el heredero del trono imperial y real, Otto de Habsburgo.

Esos dos libros, *Fuga y fin de Joseph Roth*, de Soma Morgenstern, y *El santo bebedor*, de Géza von Cziffra, son valiosos también porque nos explican, en la modesta medida en que pueden rastrearse y explicarse la alquimia del arte literario, el decantamiento de su fantasía en su prosa. Si se mantiene el interés por Roth, por su pulso moral sin confusiones en el corazón de un paisaje físico —esa Europa germana, judío-austríaca, multirracial, multilingüe, multiforme, delirante— que inevitablemente nos parece exótica, pronto dispondremos también de una versión de su biografía más completa, la que le dedicó en 1974 David Bronsen, y a la que por ahora tenemos acceso en las ediciones inglesa, francesa y alemana.

Aparte de su exotismo, ¿por qué resulta tan atractivo para los lectores españoles de hoy el universo de Roth? Quizás es que llega hasta nosotros, con el retraso acostumbrado, ese «revival idealizante de la MittelEuropa» del que hablaba hace unos años Claudio Magris en conversación con uno de sus narradores póstumos, Gregor von Rezzori. Porque con la de Roth, regresa la obra de Stefan Zweig, como satélite menor pero en absoluto tan despreciable como había establecido la crítica literaria (y, por cierto, como también creía Roth), de quien recientemente las editoriales Alba, Debate, Acantilado están editando *La piedad peligrosa*, *Novela de ajedrez*, *La embriaguez de la metamorfosis*, *veinticuatro horas en la vida de una mujer*, entre otras obras de ficción y además de esos ensayos biográficos que unas décadas atrás fueron lecturas selectas para damas beatas; y llega también, como un satélite menor, Sándor Márai, que inesperadamente se está constituyendo en un «éxito de calidad» en su Hungría natal, en Italia, España, Francia y otros países gracias a unas novelas casi contemporáneas a varias de las citadas de Zweig y contemporáneas de Roth, y hermanas de ellas por el clima de decadencia irreversible y de vísperas de catástrofe que respiran.

Menciono a estos dos narradores del intervalo entre las dos guerras mundiales y nostálgicos del perdido «mundo de ayer» austrohúngaro, y no a Musil, a Mann, a Broch, Canetti y otros que tanto por el propósito de su escritura como por las circunstancias vitales de los autores, «juegan en otra división», como suele decirse. Broch era heredero de una familia millonaria, a Musil le mantenía económicamente una sociedad de admiradores en la que no cualquier zafio ricachón era aceptado, Mann era un clásico en vida. Mientras que Márai, Zweig y Roth —que era el que más talento tenía de los tres, por supuesto— escribían en un marco popular, en un espacio literario apenas secante con el de la vanguardia internacional y menos marcado por los grandes temas ontológicos que por las peripecias y los destinos de gente corriente. Roth era un bohemio, un superviviente de oído finísimo, a veces un logorreico que iba publicando sus novelas como folletones en los periódicos (salvo en los años 1930-1932, cuando el salario mensual que le abonaba el editor Kiepenheuer le permitió despreocuparse del día a día para escribir *Job* y *La marcha Radetzky*) y que al final de su vida se lamentaba de haber echado a perder su reputación de

literato por haber escrito a destajo y movido más a menudo por los imperativos alimenticios que por el imperativo categórico del arte.

Quizá sucede, sencillamente, que los derechos de reimpresión de estos autores están de saldo; también es posible que vivamos un momento crepuscular, de agotamiento de sentido y hedonismo exangüe, que reconocemos parecido al de aquella Viena donde hasta había dejado de circular la jaculatoria humorística de la primera década del siglo xx (los años diez): «La situación es desesperada, pero no necesariamente grave».

O quizá sea que se está reescribiendo la historia de la cultura y de la aventura literaria del siglo. La exposición «Traum und Wirklichkeit. Wien 1870-1930» de 1985, en la capital austríaca, y al año siguiente la gran exposición del parisiense Beaubourg «Vienne. L' Apocalypse joyeuse. 1880-1938» dieron la señal para volver la mirada a una capital de una modernidad artística y literaria que se rigió por movimientos y experiencias diferentes a los que tuvieron su centro en París. Tres años después, la caída del muro de Berlín y la recuperación para el espacio europeo de tantas naciones culminan ese proceso de acercamiento a Viena que, no cabe duda, en los próximos años se acentuará. La Viena de principios de siglo, aquella a la que Roth llega demasiado tarde, es la ciudad de la crítica del lenguaje por sí mismo en la obra de Wittgenstein o en la *Carta de lord Chandos* de Hofmannsthal, la de la destrucción de la buena conciencia burguesa a manos del psicoanálisis de Sigmund Freud, la del erotismo problemático en las pinturas de Egon Schiele, pero era también, como cuenta Zweig en sus memorias *El mundo de ayer*, una metrópoli despreocupada, confiada en la garantía de unas estructuras y perspectivas de una seguridad absoluta, donde cada ciudadano sabía lo que le correspondía y cada cosa tenía su preciso lugar.

A esta capital imperial y hervidero intelectual, llega procedente de Lemberg, una «ciudad de lluvia y desconsuelo», en la negra provincia galiziana, donde había cursado estudios universitarios, el joven Roth. Compartía piso en Leopoldstadt, el distrito judío, con su madre y su tía, gracias a las ayudas estatales a los inmigrantes y a un pariente dadivoso; empezaba una carrera brillante como periodista y alcanzó a atisbar las luces eléctricas de la fiesta del «mundo de ayer» antes de que se fundieran irremediablemente.

Los historiadores de las potencias victoriosas en la Primera Guerra Mundial interpretaron el statu quo de la Austria Feliz de los Habsburgo como la suma imposible de magnitudes demasiado diversas, condenada a la implosión; una «cárcel de pueblos», según el prejuicio consagrado por los nacionalistas de las diferentes naciones que, después de la Segunda Guerra Mundial y medio siglo de comunismo, todavía hoy tienen sobrados motivos para lamentar la quiebra de aquel statu quo; pasarían décadas antes de que se pudiera poner en duda esa versión de las cosas, notablemente en el *Réquiem por un imperio difunto* de François Fejtö (1988)... que se abre con una cita de *La cripta de los capuchinos* de Roth:

En nuestra monarquía en el fondo no hay nada extraño. Sin los idiotas que nos gobiernan, ni siquiera en su aspecto externo habría tampoco nada extraño. Lo que

quiero decir con eso es que lo que los demás ven de extraño es para nosotros, los austrohúngaros, algo completamente natural; sin embargo debo decir también que, en esta Europa insensata de los Estados-naciones y los nacionalismos, las cosas más naturales aparecen como extravagantes. Por ejemplo, el hecho de que los eslovacos, los polacos y rutenos de Galizia, los judíos encañanados de Borislan, los tratantes de la Bácska, los musulmanes de Sarajevo, los vendedores de castañas asadas de Mostar se pongan a cantar al unísono el *Gott Erhalte* [himno del imperio, compuesto por Haydn] de agosto, día del aniversario de Francisco José, en eso, para nosotros, no hay nada de singular.

Contra la idea consagrada de que el imperio fue liquidado para liberar las naciones que lo integraban, Fejto recuerda que «los pueblos no fueron consultados. Se sabe que numerosos diputados serbios, croatas y eslovenos del Reichstag se opusieron a la unión de sus regiones a Serbia, deseosos como estaban de permanecer en el seno de Austria-Hungría. Nada prueba que los habitantes de Moravia, de Bohemia, hayan querido separarse de la monarquía. En cuanto a los húngaros, proclamaron hasta el último momento su voluntad de permanecer en el marco de la monarquía. En esas condiciones, no se puede hablar de democracia ni de libertad de las naciones. Éstas, lo repito, no fueron consultadas».

Al revisionismo de hoy se adelantó el mismo Roth con varios ensayos: *Su majestad imperial, real y apostólica*, *Los veteranos de la corona imperial y real* y *Discurso sobre el viejo emperador*, y con novelas como *La cripta de los capuchinos* y, sobre todo, con *La marcha Radetzky*.

Por el derecho de su talento propio, su inventiva, su retentiva para el detalle revelador, su fascinación por las formas, los objetos y los rituales, su sensualidad, su capacidad de compadecer y admirar, de ver «en cada ser humano la imagen de Dios», estaba llamado a participar en la fiesta —cruel, como toda fiesta— de los sentidos y de la inteligencia que fue la Viena imperial; le tocó la tarea de retratar una época de decadencia, de antisemitismo galopante, de nacionalismo pangermánico, de provincianismo, de crisis económica, de catástrofe en ciernes, de nostalgias de un pasado arcádico, de desorientación, pero donde la vida intelectual seguía siendo rica y varia. Sus seis primeras novelas —*La tela de araña*, *Hotel Savoy*, *Fuga sin fin*— cuentan la peripecia de militares que regresan a casa desde los campos de prisioneros en Rusia, donde han estado internados. Peripecia confusa, desnortada, pues se trata de un regreso imposible: en el ínterin tanto los protagonistas de esas novelas como su autor han sufrido experiencias radicalmente transformadoras.

El Anticristo es un alegato moral a la vez extravagante y perogrullesco, ilustrado con relatos en función de parábolas; desprende una sensación de desequilibrio entre el mensaje, de raíz cristiana, católica y humanista, y el tono profético, unas veces arrebatado y visionario, otras llano, descriptivo, periodístico. Claro que en determinadas circunstancias la sensatez es revolucionaria: Roth aspiraba a dialogar, a influir, a convencer a lectores de *Ostara*, la revista que formó a Hitler y que predicaba la lucha de la

raza rubia y heroica contra la de los «simios sodomitas hasta llegar al cuchillo de la castración». Predicar la tolerancia y el amor universal en una sociedad volcada al odio y la guerra es también ser intempestivo, y quizá por eso Roth adoptó el tono solemne de este singular ensayo.

El Anticristo es la más directa, también la más inocente de sus empresas para tapar las numerosas vías de agua por donde su mundo y su vida particular se encaminaban al desastre. En 1934, cuando el libro sale a la luz en una editorial de Ámsterdam en la que se habían refugiado numerosos escritores germánicos perseguidos por el régimen nazi, Roth estaba desesperado y ansiaba contribuir a la causa del humanismo con un arma de persuasión más directa e inmediata que la ficción. Por cierto que los episodios narrativos son los más logrados, como el fragmento sobre la conversión de las campanas en cañones y la posterior reconversión de éstos en campanas. Roth definió así, «a la Nietzsche», su libro: «No es una obra épica, sino una orden de arresto contra el Anticristo»... «Un rapapolvo a la ciega humanidad que cree en el progreso.» Al cabo de un año ya lo consideraba un fracaso.

En lo fundamental, este libro nació para defender la causa de los judíos contra el racismo rampante. Considerando que los nazis se reclamaban herederos de las leyendas, mitos y dioses germánicos, es algo más que una *boutade* la explicación que Roth le dio a Von Cziffra de quién es el Anticristo: Lutero. «Las tesis de Wittenberg destruyeron un orden unánime, sembraron la desunión, sin dar a cambio algo grande. Lutero redujo la fe, dividió a los creyentes, dio el primer paso hacia el paganismo. Fue el precursor de Hitler.» Esa es una de las claves de la conversión de Roth al catolicismo y de su devoción al sacro imperio. Desde una concepción del sentido de la vida netamente cristiana, tomando la fe en Dios como clave de interpretación para un mundo aparentemente absurdo, y como consagración del ser humano, el ensayo critica «los espectros del presente» o las caracterizaciones del Anticristo, que expone y devela, y a cada una de las cuales dedica un capítulo. La primera, y la que engloba a las demás, es el imperio de la técnica, contraria a la naturaleza, a los ritmos y a la posible santidad del ser humano, y por supuesto, a su perfeccionamiento y redención. Otro de los disfraces con que se reviste el espíritu maligno es el nacionalismo, y ligado estrechamente a él, el patriotismo. Roth es judío, y como tal, cosmopolita. En consecuencia, sabe y proclama, contra los adoradores de «la tierra», los dioses raciales y el solar de los ancestros, que «nuestra patria es el cielo, y en esta tierra somos sólo huéspedes». Una tercera forma que adopta el Anticristo es la del comunismo, que cosifica al hombre y aspira a regenerarlo sin pasar por la gracia divina.

Un libro conservador. La paradoja del siglo xx es que ser conservador ha resultado a veces lo progresista. Mención aparte merece la diatriba contra el cine, contra Hollywood como fábrica de sueños; en el cinematógrafo y sus sombras, el escritor critica una perversión social, una operación de magia negra mediante la cual la vida real es sustituida por un limbo hipnótico e ilusorio. Es curioso que otros escritores exiliados dejaron, en aquellos años, testimonio de la «extrañeza» del cine. Las memorias y alguno de los relatos de Nabokov refieren su participación como extra o figurante en las escenas de masas de

una película de título olvidado, y se preguntan por el misterioso destino de su «yo» filmado. En un poema de 1927 vuelve al tema de la cámara, aquí fotográfica, que ha captado

*My likeness among strangers,
one of my August days,
my shade they never noticed,
my shade they stole in vain*
(Mi retrato entre desconocidos
uno de mis días de agosto,
mi sombra, que no apercibieron,
mi sombra, que robaron en vano.)

Y la autobiografía de Nina Berberova consigna la tarde en que, empujada por la nostalgia del idioma y los paisajes de Rusia, asistió a una sesión de cine organizada por el aparato de propaganda soviética en París: para encontrar en la pantalla, caracterizado como pérfido capitalista, a su padre, al que no habían permitido acompañarla en el exilio, al que no veía desde hacía años ni vería nunca más y que la miraba... Pero callemos ahora para escuchar la voz angélica de Joseph Roth.

el Anticristo

Joseph Roth

Ha llegado el Anticristo

¡Qué solitario se sentirá en aquel tiempo quien tenga lo espiritual como único apoyo! ¡Ay!, ¿para quién habrá que escribir todavía cuando los oídos hayan ensordecido para la finura de los matices en medio de la algarada y el griterío políticos... con quién podremos mantener discusiones teológicas sobre las enseñanzas divinas una vez hayan caído en manos de doctrinarios y fanáticos que, como último y mejor argumento de su cerrilidad, apelarán a la soldadesca, la caballería y los cañones? Han comenzado a daros caza: creen estar sirviendo a la cristiandad con la maza y la espada del verdugo; los lansquenets han asolado Roma, gloria del mundo. ¡Oh, Dios mío, qué instintos tan bestiales se han desatado en tu nombre! ¡No, ya no hay sitio en el mundo para la libertad del corazón! ¡Muere también tú, Erasmo!

Stefan Zweig

(Erasmo de Rotterdam)

Ha llegado el Anticristo; y ha llegado disfrazado de tal modo que quienes estamos acostumbrados a esperarlo desde hace años no lo reconocemos. Ya habita entre nosotros, dentro de nosotros. Y sobre nosotros gravita la pesada sombra de sus alas infames. Ya nos estamos consumiendo en el helado ardor de sus ojos infernales. Sus manos dispuestas a estrangularnos se acercan ya a nuestras desprevenidas gargantas; su lengua pecadora y flamígera lame ya nuestro mundo. Ya levanta sus pies de fuego para posarlos sobre los débiles e inflamables tejados de nuestras casas. Hace tiempo que ha sembrado veneno en las almas inocentes de nuestros niños. ¡Pero nosotros no nos percatamos!

En efecto, somos víctimas de la ceguera, una ceguera de la que está escrito que nos afectará antes del fin de los tiempos. De hecho, ya no reconocemos desde hace mucho, la esencia y el aspecto de las cosas con que nos encontramos. Lo mismo que quienes padecen una ceguera física, tenemos sólo nombres para todas las cosas de este mundo que ya no vemos. ¡Nombres! ¡Nombres! Sonidos sin forma, ropajes vacíos para fenómenos irrepresentables, es decir, sin cuerpo y sin vida. ¿Son formas? ¿Son sombras? El ciego no distingue unas de otras. Nosotros, los ciegos, no las diferenciamos. Damos nombres falsos a cosas verdaderas. En nuestros pobres cerebros resuenan sonidos huecos; ya no sabemos con exactitud qué nombre ha de llevar cada cosa. No reconocemos formas, colores ni

dimensiones. Sólo tenemos los nombres y las designaciones para las formas, los colores y los tamaños. Como nos hemos vuelto ciegos, empleamos de manera equivocada nombres y designaciones. Llamamos pequeño a lo grande, y grande a lo pequeño. A lo negro, blanco; y a lo blanco, negro; a las sombras, luz; y a la luz, sombras; a lo vivo, muerto; y a lo muerto, vivo. Así, nombres y designaciones pierden contenido y significado. Es peor que en tiempos de la torre de Babel. Lo único confuso eran entonces las lenguas, y uno no se entendía con otro porque cada cual llamaba a las mismas cosas de forma distinta. Hoy, sin embargo, todos hablamos una lengua igual pero falsa, y todas las cosas tienen las mismas denominaciones, pero erróneas. Es como si se hubiera construido una torre de Babel horizontal. Pero los ciegos, que no conocen su tamaño, creen que esa torre es vertical y va creciendo más y más; y que todo está en orden, pues todos se entienden en buena armonía, a pesar de que en asunto de medidas, formas y colores de las cosas entienden tanto como los ciegos; es decir, emplean equivocadamente y al revés las denominaciones utilizadas en origen de forma correcta y ajustadas a los fenómenos de este mundo: a lo elevado llaman bajo; y a lo bajo, elevado; a lo descollante, postrado; y a lo postrado, descollante. En efecto, un ciego no sabe qué es alto y qué bajo. En tiempos de la torre de Babel, lo único confuso eran las lenguas y los oídos de la gente. Al menos, unos cuantos de sus albañiles podían entenderse todavía con la mirada, con el lenguaje de los ojos, espejo del alma, según dicen. Pero ahora, los ojos de los hombres están cegados (y las lenguas son sólo siervas, pues, en la jerarquía de los sentidos humanos, los señores son los ojos). ¿Cómo podemos esperar aún que no haya llegado el Anticristo? Esa misma convicción, esa misma esperanza son pruebas de nuestra ceguera. Pues, de la misma manera que podría persuadirse a un ciego de que la noche es día y el día noche, así también se nos puede hacer creer a quienes hemos sido cegados que el Anticristo no se halla en el mundo, que no nos consumimos en el fuego de sus ojos, que no nos encontramos a la sombra de sus alas.

Pero nuestra ceguera es todavía peor que la ceguera física corriente, cuyas propiedades acabamos de atribuirnos, pues la nuestra sólo nos la puede causar el Anticristo y de ella hemos dicho desde el principio que nos está predestinada antes del fin de los tiempos. Es una ceguera infernal, pues aunque estamos cegados, creemos ver. Efectivamente, somos más bien «cegados» que «ciegos». No reconocemos al Anticristo, porque se nos presenta con el ropaje del pequeño burgués, con el ropaje del pequeño burgués de cada país. Según la idea legendaria que teníamos de él, debería haber venido con arreos infernales, con los atributos que nos cuenta la tradición: cuernos, cola y pata renca, con el hedor de la pez y el azufre, con todo el aparato teatral que nuestra fantasía infantil requiere de un ser de su especie y procedencia. El hombre no quiere imaginar que puede sucumbir por obra de otro ser igual, similar o equivalente a él. Nuestro amor propio exige cierto ceremonial en la hora de nuestra muerte definitiva. Pero el Anticristo intenta estafarnos. Ha llegado con el traje cotidiano del pequeño burgués, equipado incluso con todos los atributos del temor a Dios propios del pequeño burgués, con su piedad bajuna, con su vulgar avaricia de apariencia inocua y su espléndido amor, de talante incluso noble, hacia determinados ideales de la humanidad, como, por ejemplo, la fidelidad hasta la muerte, el amor a la

patria, la disposición heroica para el sacrificio en bien de todos, la castidad y la virtud, la veneración hacia el legado de nuestros padres y del pasado, la confianza en el futuro, el respeto ante cualquier repertorio de frases de las que el europeo corriente acostumbra y hasta se ve obligado a vivir. El Anticristo acaba de venir al mundo en medio de esta mascarada aparentemente inocua. Habíamos esperado desde hace siglos que hiciera una entrada grandiosa y teatral. Pero, ahora que ha llegado no como un destructor envuelto en un hedor a azufre, sino como alguien piadoso, acompañado a veces de un aroma a incienso, ahora que se santigua al tiempo que hace el saludo militar, reza padrenuestros y juega en la bolsa, elogia la virtud humana (degradada en «burguesa») para destruirla, pretende defender la cultura europea con las armas con que la aniquila, promete honrar el pasado y pronostica un futuro (porque sabe que tras él no habrá ya ninguno), asegura que ayudará a salvar la humanidad y el humanitarismo y, al mismo tiempo, liquida a los hombres, como si su lengua engañosa no supiera lo que perpetra su mano asesina. Pero, ahora que ha llegado falaz y disfrazado, no le hemos reconocido, no hemos reconocido al Anticristo.

Yo, sin embargo, sí. Lo vislumbro cuando en el Este de nuestro continente que se hunde asegura que va a liberar a los trabajadores y ennoblecer el trabajo; cuando en el Oeste promete defender la libertad de la cultura e iza sobre los tejados de las cárceles las falsas banderas de la humanidad; cuando en el Centro (es decir, entre el Este y el Oeste) promete a un pueblo felicidad y bienestar, y a la vez prepara la guerra en la que habrá de sucumbir; cuando induce al pueblo insular de Europa, a los ingleses, los marinos del antiguo continente, a la indiferencia frente a todo cuanto puede llegar aún a suceder en ese continente, cómo se puede inducir a los marinos en plena navegación, a los hijos de tierra firme, a que no se preocupen ya del destino de las casas donde nacieron; cuando promete a los hijos de las montañas de Europa, a los suizos, y a los conmovedores e inofensivos hijos de la costa, a los holandeses, fortuna y ganancias en cuanto los demás comiencen a matarse; cuando azuza a los amarillos contra los blancos y a los negros contra los amarillos y los blancos; cuando promete a los italianos el poder de la antigua Roma y a los griegos de hoy el esplendor de la antigua Hélade. Sí, hasta cuando este príncipe de los infiernos visita el Vaticano y le dicta un concordato... reconozco en él al Anticristo.

Y aunque su poder es mucho mayor que el mío, no le temo.

Y quiero intentar desenmascararlo.

Entre nosotros y la gracia de la razón se ha interpuesto un poder

Para protegerse de lo inesperado hay quien ha intentado incluso imitarlo, adelantársele por medio de las máquinas. Se fabrican sorpresas técnicas, y tiene que parecer que sólo existen éstas, que no hay ninguna anímica. Lo sorprendente se mecaniza. Existe en la actualidad una maquinaria de lo sorprendente. Más aún: su potencial en la técnica de hoy es tan inmenso que todo parece posible. Esta maquinaria contiene en sí todas las posibilidades, que ya no necesitan hacerse realidad. Y lo que adquiere realidad no aparece jamás como algo sorprendente, pues se sabe que todo estaba contenido en la gran maquinaria.

Max Picard

(El rostro humano)

Decíamos antes que el Anticristo no ha llegado envuelto en pez y azufre, según habíamos imaginado su venida. Su llegada había sido preparada de manera tan excelsa que sus componentes infernales se habían transformado desde hacía ya tiempo en elementos aparentemente naturales, obvios y terrenales. No es que queramos hablar según piensa esa gente adocenada defensora de la idea de que la industria y la civilización técnica son obra del infierno. ¡No! Estamos lejos de pensar así, pues creemos que el propio Dios nos ha dado la inteligencia para investigar, preguntarnos, hallar interrogantes y soluciones, y nuevos interrogantes y soluciones, cada vez mejores. La inteligencia se nos ha dado para que aliviemos con su ayuda la pesada carga que agobia nuestras manos y para que aprendamos poco a poco a mantener erguida la cabeza, creada a imagen y semejanza de Dios; cada vez más erguida, para que se alce hacia el cielo, donde hallará, por así decirlo, su reflejo sublime y eterno. Cuando el ser humano fue arrojado del paraíso y condenado a trabajar la tierra con el sudor de su frente, la ilimitada clemencia de Dios —que bendice incluso en el castigo— le concedió la gracia de la inteligencia para andar su penoso camino, como una especie de recuerdo del paraíso, un memorial luminoso, una pequeña gema de la corona infinita de la sabiduría divina. La bondad de Dios dio a los hombres la gracia de la razón para aliviar y reducir la maldición del trabajo. Por tanto, quienes dicen que los inventos y los descubrimientos son una maldición, y la máquina un pecado, son mentecatos y necios. En cambio, sí es pecado calificar y elogiar la invención y el descubrimiento, así como el resultado de la inteligencia indagadora y los

conocimientos del espíritu humano, de victoria; una victoria lograda por la inteligencia humana sobre la sabiduría siempre secreta de lo infinito. Frente a la sabiduría del poder que nos rige, nuestra capacidad de descubrir e inventar es como una minúscula piedrecilla comparada con una roca imponente. Pues, aunque, por ejemplo (y durante un tiempo), hemos conquistado los aires, no estamos en condiciones de volar hasta el cielo. No sólo se ha previsto que, según dice el refrán, los árboles no crezcan hasta el cielo, sino también que los hombres no puedan visitarlo jamás. Y jamás veremos a un piloto convertido en ángel. Podríamos decir incluso que, a medida que somos capaces de volar más lejos y más alto, el cielo se va apartando de la tierra. Y, aunque alcancemos la llamada estratosfera, no habremos hecho otra cosa que llevar nuestro ser terrenal a una esfera no conocida hasta ahora por ningún ser terreno. Habremos elevado, en cierto modo, la tierra, pero no habremos bajado, en absoluto, el cielo. Y aunque fuéramos capaces de trepar hasta otra esfera más alta —no sé cómo llamarla—, el cielo se nos escaparía siempre, cada vez más arriba. (Tomemos todo esto como una metáfora y digámonos que el ser de la inescrutable sabiduría de Dios consiste en seguir siendo inescrutable.) ¡Ay!, ni siquiera sabemos qué es arriba y qué abajo. ¡Somos ciegos! Y, aunque mostrando una «confianza ciega», señalamos hacia lo alto siempre que hablamos de Dios, quizá no haya, en realidad, ningún arriba. Y la necedad de quienes piensan haber descubierto el vacío del cielo por haberlo investigado mediante vuelos estratosféricos sin encontrar en él Dios alguno, sería cien veces mayor que la ceguera de los creyentes que señalan a lo alto cuando piensan en el origen y la fuente de sus creencias. ¿Qué significa arriba? ¿Y qué abajo? ¡Ay! ¡El mundo está poblado tan sólo de ciegos! ¡Y de ciegos, además, confusos! Algunos de ellos dicen ser sabios porque han hallado sus conocimientos donde los otros, los ciegos que no ansiaban conocer, habían señalado con el dedo. Y como una parte de los ciegos había afirmado que Dios estaba «arriba», otra parte marchó hacia lo «alto» y, al no ver a Dios, volvió y dijo que no existía. Sin embargo, si no lo ven, es porque están ciegos. ¡Si vieran, no necesitarían recorrer un camino que les muestran sus hermanos ciegos! ¡No se ve a Dios con los ojos del cuerpo! ¡No se le siente con las manos de carne y hueso! ¡Si nos ha otorgado sólo cinco sentidos, no ha sido sin una buena razón! De haber querido que le reconociéramos durante el tiempo de nuestra vida en la tierra, no nos habría dado cinco sentidos sino un millar. ¡Pero sólo nos ha otorgado cinco! Quizá, para que seamos incapaces de reconocerlo mientras vivimos.

Y ahora, dada nuestra arrogancia, algunos de nosotros creen deber negarlo precisamente por su impotencia para conocerlo. Así pues, nos vengamos de su rigor. Como nos priva de la gracia de conocerlo, decimos que no existe.

Somos entre los ciegos corrientes como unos ciegos especiales a los que es imposible explicar en qué se diferencia el día de la noche.

Pero ¿cómo hemos podido abusar de nuestra razón? ¿Y cómo ha sucedido que, siendo como era un don de Dios, el único y último recuerdo del paraíso perdido, nos ha llevado a una arrogancia pecaminosa y a unas ideas criminales y erróneas?

Según hemos dicho antes, utilizar la razón no tenía, en absoluto, nada de necio,

criminal o arrogante. Pero, al utilizarla, ha debido de interponerse entre nosotros y la gracia de la razón de la que participamos un poder que no hemos sido capaces de reconocer con nuestros cinco sentidos; y lo ha hecho de tal modo que la gracia se ha convertido en maldición. Mientras creíamos estar pensando con claridad y lógica se produjo una confusión, pero no como cuando se estaba construyendo la torre de Babel, sino, por decirlo así, una confusión dentro de la claridad. Claridad que tampoco se ha de comparar con la falsa claridad de un caminante en el desierto. ¡No! Lo que ocurrió fue que la propia realidad se transformó en espejismo. Y cuando llegamos a ella, no se descompuso en aire, sino que fue corpórea y palpable. Cuando caímos víctimas de aquel engaño, nuestros sentidos no estaban fatigados sino frescos y descansados. Cuando fuimos inducidos a error, no nos hallábamos, en absoluto, en un estado calificable de enfermizo o hipersensible, sino completamente natural, según nos parecía. Nuestra razón estaba incólume; nuestros sentidos, despiertos, y nuestra meta aparecía claramente ante nosotros. Incluso la alcanzamos. Pero era una patraña. Así pues, nos parecemos a unos caminantes del desierto capaces de alcanzar realmente los espejismos engañosos que los han atraído, capaces de alojarnos en casas y palacios que no existen, de calmar la sed en fuentes que no lo son, de reposar a la sombra de palmeras que no son palmeras y disfrutar del sabor de dátiles que no son tales frutos. Esos caminantes creen que su sed está calmada, pero siguen sedientos; que su vientre está repleto, pero siguen hambrientos; que tienen un techo, pero carecen de él. Así es: nuestra saciedad no ha dejado de ser hambre, nuestra patria sigue siendo la falta de un hogar, y lo que llamamos realidad, sigue siendo engaño, pues todo cuanto denominamos conocimiento es mentira. Creemos beber de manantiales rebosantes y son fuentes secas, ellas mismas sedientas.

Hollywood, el Hades del hombre moderno

Los viejos rostros se reconocían en eso: eran todos distintos, como signo de la capacidad inagotable y de la plenitud de Dios, y al mismo tiempo se parecían, pues eran conscientes de que toda multiplicidad es obra de un único creador. Esta mezcla eterna de semejanza y diferencia, ambas debidas a Dios, caracteriza los rostros antiguos.

Max Picard

(El rostro humano)

Es cierto que, por poner un pequeño ejemplo del imponente campo de nuestro progreso, podemos hablar con otros a miles de kilómetros; pero ¿podemos entendernos? ¿Nos decimos la verdad cuando interponemos entre nosotros ese prodigio consistente en hacer oír nuestra voz a miles de kilómetros? Y cuando un amigo que se encuentra en Australia, habla «por el inalámbrico», según lo llaman, con su amigo que se halla en Colombia, el «milagro técnico» de poder escucharse, ¿impide, acaso, el engaño, la falsedad y la traición en su plática? ¿No es, por cierto, más fácil mentir cuando no nos vemos cara a cara? Y, aunque algún día llegue a poder ver la cara de mi amigo en El Cairo y él la mía en París, ¿nos conoceremos mejor que cuando nuestros cuerpos estaban frente a frente en una pequeña habitación? ¿No ocurrirá, en cambio, que, llegado el caso, nos conoceremos todavía menos? ¿Puede un teléfono transformar la incapacidad de mi ojo para conocer en capacidad de conocimiento de ese mismo ojo? Al contrario, el teléfono, incluso el más perfecto, se limita a reforzar la capacidad visual del ojo —tanto si ve correcta como incorrectamente—, pero no convierte en auténtico y verdadero un ojo engañoso y mendaz. Y si el corazón falsario de un falso amigo me hablara de su amor a millones de kilómetros y a través del altavoz más potente, el así llamado milagro de la técnica no habría convertido en sinceridad la falsedad de aquel corazón, sino que, simplemente, la habría reforzado. Y aunque hemos conseguido que las sombras de la pantalla de los cines se muevan como personas vivas y hasta hablen y canten, sus movimientos, sus palabras y sus cantos no son de ningún modo auténticos y sinceros; esos milagros de la pantalla significan más bien que la realidad que tan engañosamente imitan no era nada difícil de imitar, pues no es real. En efecto, las personas reales, las vivas, habían adquirido ya tal calidad de sombras, que las de la pantalla tenían que parecer reales.

Si me encuentro alguna vez con un actor cuyo rostro y cuerpo conozco por el cine, tengo la sensación de haberme tropezado no con él en persona sino con su sombra, a pesar de ser cierto —y así me lo dice mi razón— que él es el creador de aquella sombra que conozco por la pantalla. Y sin embargo, cuando se cruza conmigo, corpóreo y vivo, se ha convertido en la sombra de su propia sombra. Si las cosas fueran como deben, es decir, si fuéramos realmente capaces de dar vida a las sombras que proyectamos sobre la pantalla con ayuda de la técnica, debería ver en el actor vivo más, incluso, que a él únicamente, una persona viva; debería ver a alguien de una riqueza tal que podría prestar a su propia sombra un hálito de vida. Así pues, el poder que condena a una persona viva —criatura de Dios y, a más abundamiento, alguien a quien ha donado la gracia de dar vida a su sombra, a quien, en cierto modo, habría vivificado y agraciado por partida doble— a aparecer como la sombra de sí mismo, es un poder tenebroso. Podemos decir, incluso, que esa persona es aún menos que su propia sombra, puesto que ésta constituye su existencia misma, mientras que él ya no se representa a sí, sino, en cierta manera, a su doble, un doble inexistente: él, ese actor, es el doble de su propia sombra a la que envía a diario a aparecer sobre la pantalla de la sala de cine. Sólo ocurre una vez, pero la más fugaz de todas las fugacidades de nuestra existencia terrena, es decir, la sombra de un suceso real, pervive para toda la eternidad. ¡Ya sería mala cosa ser el doble de uno mismo! Pero ¿qué diríamos si el doble de la propia sombra caminara, viviera, comiera, bebiera y amara entre nosotros los vivos?

Pero aún es peor. Hasta los dobles tienen que morir; llegado un día, mueren el original y su doble. Y cuando muere una persona, fenece también su sombra. Pero el actor que aparece en el cine permanece eternamente en la pantalla, la única realidad sobre la que se desarrolla su auténtica vida, siempre viva. Es decir, la que es «eterna» es su sombra o, más exactamente, su verdad (pues él mismo es sólo el doble de su sombra). Lo cual significa también que hay un tipo de personas, que no han vivido como tales, sino como sombras; y son también personas que no pueden morir. No pueden morir porque nunca han vivido. Se transformaron en sombras, se convirtieron en sombras por propia voluntad. (Se entiende que más o menos voluntariamente.) Vendieron su sombra por dinero y, al hacerlo, dijeron que no se trataba de su sombra, sino de ellos mismos. Y no vendieron su vida únicamente, sino también su muerte. Recibieron de Hollywood unos honorarios y, en cambio, su dicha se acabó. No sólo fueron una sombra durante toda su vida, sino que lo siguieron siendo también tras su muerte. Esas personas permanecen eternamente en la pantalla para la que habían vivido cuando aún estaban vivas, cuando todavía tenían la posibilidad de ser personas vivas. Y como, estando aún en vida, consideraron su sombra como si de sí mismos se tratara una vez cerrado un contrato con Hollywood, la propia muerte —y en especial ella, dadas las circunstancias— no fue tampoco un asunto del que se ocuparan. La gente cuenta, quizá, todavía con la dicha eterna. ¡Pero quien vive de ser una sombra en vida, tiene ya su propia felicidad perpetua! Está convencido —y no sin razón— de que la pantalla, para la que ha vivido como manifestación corporal, le garantiza una eternidad comprensible, racional, incluso después de muerto. El inventor del cine prometió a los seres humanos esa inmortalidad que entienden estando aún en vida. El mundo antiguo

conoció el Hades, el lugar de estancia de los muertos convertidos en sombras.

El mundo en que vivimos conoce el Hades de los vivos, es decir, el cine. Hollywood es el Hades moderno. Allí las sombras adquieren la inmortalidad ya en vida.

Los hombres «modernos» se distinguen de los antiguos sobre todo por haber introducido ya en la tierra el Hades, el reino de las sombras: el Hades del hombre moderno es Hollywood.

Así fue como los inventos, bendición del Espíritu, se convirtieron en elementos del Anticristo

Pero sería simpleza y necesidad, según hemos dicho ya claramente, maldecir los inventos y la razón, de la que proceden, pues el inventor no ha hecho más que aplicar la razón, don de Dios. Sin embargo, si al utilizar un don divino obtenemos algo perverso, el componente malo se habrá entrometido entre el momento de la invención y el de su aplicación. Y así como el oro, por ejemplo, que debería ser también un don de la naturaleza, una bendición de la tierra, se ha transformado en elemento del diablo, así también los inventos, bendición del espíritu, se han convertido en elemento del Anticristo, pues donde éste se da a conocer más claramente es en el hecho de transformar en vulgar algo que es noble en su esencia. El sentido de su existencia y sus actos es, precisamente, profanar lo sagrado, rebajar lo noble, tergiversar lo recto y afear lo bello. No contento con que se le haya concedido el poder sobre lo esencialmente vulgar —pues también eso forma parte del mundo terreno—, intenta extender su dominio sobre lo noble. Pero como lo noble, nunca se sometería a su disciplina si no dejara de serlo, lo primero que hace es convertirlo en maldad. El diablo se asemeja a un rey violento cuyo país es estéril y que, para conquistar las naciones florecientes que lo rodean, comienza transformándolas en yermos con el fin de que se asemejen a la suya. Si no las igualara con su propio país, no podrían tampoco sometersele.

Pero él, el Anticristo, es peor que ese rey violento, pues a éste se lo ve, oye, siente y padece, mientras que aquél tiene el poder de desertizar una tierra florida mientras nos ciega de tal modo que creemos que el desierto es, justamente, un jardín floreciente. Y mientras se dedica a aniquilar, creemos que construye. Cuando nos da piedras, pensamos que nos da pan. El veneno de su copa tiene para nosotros el sabor de una fuente de vida. Y a él, el príncipe de los infiernos, lo contemplamos como a un hijo del cielo y de la tierra al mismo tiempo; lo cual, mientras vivimos, nos parece ser más que si fuera tan sólo hijo del cielo. Así es como se nos presenta y nos habla: «Querían prometeros el cielo. Pero yo os doy la tierra. Teníais que creer en un Dios incomprensible; yo sin embargo os hago dioses a vosotros mismos. Creéis que el cielo es más que la tierra; ¡pero la tierra es sin duda un cielo!». Y como es propio de nuestra naturaleza anhelar continuamente convertirnos en dioses —pues nunca olvidamos nuestro origen y somos reflejos que buscan a lo largo de la vida su imagen original—, el Anticristo consigue seducirnos. De ese modo tan fácil logra transformar nuestra añoranza más noble en vulgar envidia. Pues la añoranza y la envidia

son hermanas gemelas, una bella y otra fea, que, sin embargo, pueden confundirse. Es propio de nuestra naturaleza que queramos ser dioses. Pero el Anticristo nos dice que ya lo somos. Y como también es propio de nuestra naturaleza imperfecta cansarnos y que nuestros sentidos se cieguen, aprovecha nuestras faltas y convierte en metas los hitos que se alzan en nuestro largo camino. Y nosotros le creemos, pues mientras vivimos, estamos buscando nuestra patria eterna. Sin embargo, gracias a la astucia del Anticristo, creemos haberla ya alcanzado aunque nos falte mucho para llegar. Y como nuestros pies están cansados, no nos cuesta creerle. Seguimos en un país estéril y nos imaginamos que es aquí donde se hallan las campiñas de nuestra patria.

Con qué facilidad se contenta el pobre con la pobreza, cuando se encuentra fatigado por ella, y la cree riqueza. Al cabo de diez años de vivir incomunicado en una celda, un preso condenado a cadena perpetua cree que el patio de su prisión es la libertad. Así lo creemos también nosotros en cuanto conseguimos liberar nuestras sombras de nuestros cuerpos para que puedan actuar por su cuenta como personas, pues así tendríamos el poder divino de dar vida a algo, lo cual es imposible.

¡Qué engaño! ¡No hemos dado vida a nada! ¡Sólo hemos hecho entrega, dándola a nuestra sombra, de la mayor parte de la breve vida que se nos otorgó! ¡No hemos engendrado vida; la hemos perdido! ¡No hemos creado; hemos derrochado! Y lo hemos hecho de manera culpable.

El objetivo del Anticristo es profanar un milagro por medio de otro

No es posible hablar del Anticristo si uno no se ha encontrado con él; quiero decir, si uno no se ha topado con el Anticristo en persona. Por lo que a mí respecta, se me ha presentado de manera palpable y bajo muchas formas. El Anticristo se me presenta desde mi primera juventud. Al principio me explayé hablando sobre el teatro de sombras porque fue precisamente en uno de ellos donde se encontró conmigo por vez primera.

Mi encuentro inicial con el Anticristo tuvo lugar, pues, hace muchos años, cuando era aún un niño y descubrí por primera vez el milagro de las sombras vivas. En aquel entonces llegó adonde yo vivía un gran carro tirado por fuerzas invisibles, se detuvo en un espacio abierto a las afueras de la ciudad y envió por delante una gran máquina cubierta por un pequeño toldo de tela; sobre ella había una gran tienda, también de tela, extendida y abovedada; al entrar allí, el interior de la bóveda era un cielo azul constelado con muchas estrellas de oro y plata. Era como un firmamento. Como el ojo humano no está en condiciones de captar del cielo estrellado más de lo que es capaz de representar de él una carpa espaciosa y abombada, los ojos de la gente veían allí tanto o tan poco como pueden ver en el cielo real cuando alzan la mirada en medio de la noche. La bóveda era azul, y las estrellas tan inalcanzables y a la vez tan próximas como las de verdad, pues como el hombre no es tan alto como para alcanzar la cúpula de una carpa de circo construida por sus iguales, a la persona sentada bajo la bóveda le era indiferente que fuera el cielo auténtico o uno de imitación, ya que no podía coger con sus manos ni éste ni aquél. Así pues, estaba dispuesto a creer que éste era aquél o aquél, éste. Y como la oscuridad reinante bajo la bóveda de lona y en su interior era completa, aquella persona creía estar sentada en medio de una noche de verano clara y estrellada. Se oía un traqueteo desconocido, el ronroneo, el zumbido, el cuchicheo, el susurro y el retumbar de algo desconocido. Y, si uno miraba a sus espaldas o hacia arriba, divisaba una especie de cono con muchos lados cuyo origen y, por así decirlo, seno materno, era un minúsculo orificio luminoso y cuadrado rodeado de negras paredes que crecía de manera regular y progresiva sobre las cabezas de la gente con una luz pálida ganando en plenitud y angulosidad hasta alcanzar la pantalla y cubrirla del todo, como si un río de brillo mortecino desembocara en un mar de palidez y lo iluminara con su clara lividez hasta hacerlo visible como lo que era, a saber, un mar cuadrangular. Se veían las hebras de la trama de aquel mar cuadrado, perpendicular, tendido y seco. Y el cono, aquel cono cuadrangular, zumbaba sobre

nuestras cabezas con un extraño zumbido; al verlo, uno creía saber que aquel ruido venía de allí, que los miles de millones de minúsculos átomos de polvo que se arremolinaban en él rozaban unos con otros. Eso era lo extraño para nuestros oídos, que unos corpúsculos tan diminutos de polvo y nada —aunque fueran miles de millones— pudieran producir un zumbido tan audible. Sin embargo, para impedirnos escuchar el zumbido de aquellas moléculas de polvo, una pequeña orquesta comenzó a tocar delante, bajo la pantalla, marchas y valeses y acalló, de hecho, el zumbido de las moléculas de polvo...

Y cuando sobre el mar cuadrado, perpendicular y seco aparecieron las primeras sombras vivas y los músicos tocaron marchas y valeses para acompañarlas, resonó el timbal y tintinearón los platillos, dejamos de oír el zumbido de las moléculas de polvo que pugnaban entre sí dentro del cono cuadrangular. Pero nos dimos cuenta de que, pasando por encima de nuestras cabezas y partiendo precisamente de aquel orificio cuadrado y minúsculo, el lugar donde nacía el cono polvoriento, adquirirían también su vida y su agilidad las grandes sombras vivas. Brotaban, sin duda, de aquel orificio diminuto y cuadrado, y sabían cómo permanecer invisibles al recorrer todo el cono que se iba agrandando de forma imponente hasta que, alcanzado su tamaño real y engañoso, decidían hacerse visibles justo sobre la pantalla. ¡Sí, eran sombras! Eran menos que las partículas aéreas de polvo que frotaban entre sí con tanto zumbido sus mínimos cuerpos. Aquellas sombras conseguían recorrer su camino desde el pequeño orificio cuadrado del aparato situado a nuestras espaldas hasta el mar mayor y también cuadrado situado ante nuestros ojos atravesando los miles de millones de partículas de polvo que no las percibían.

Entonces vi, por vez primera, mujeres desnudas, es decir, sombras de mujeres desnudas.

Nada más lejos de mi intención afirmar que aquél fue el instrumento de tentación del Anticristo, pues es Dios, y no el Anticristo, quien ha creado al ser humano desnudo. Y tan lejos como estamos de ver el pecado en el ser humano desnudo, igual de lejano le resulta al Anticristo el deseo de seducirnos con sólo la desnudez. No. El Anticristo no se muestra ni se delata por la desnudez, sino por la finalidad para la que se sirve tanto de la desnudez como de las prendas con que se viste el hombre.

En la pantalla apareció una princesa egipcia. Se estaba bañando desnuda en el Nilo junto con sus compañeras de juegos y sacó del agua un cestillo embadurnado de pez por dentro y por fuera. En aquel cestillo se hallaba Moisés, guía de los judíos y legislador del mundo.

El cestillo donde yacía Moisés, guía de los judíos y legislador del mundo, era diminuto, minúsculamente pequeño.

Pero los senos y los muslos de la princesa y de sus amigas bañistas eran grandes y hermosos; y aunque el legislador del mundo es más que un seno femenino, el cestillo en el que yacía desapareció al momento como tragado por el cono luminoso de polvo, y la princesa avanzó chapoteando hacia la orilla y se vio su espalda como antes se habían visto sus pechos.

Y, dado que en este mundo todo tiene su rango y su categoría, creemos que también la verdad de las cosas verdaderas se falsea y tergiversa si se usan como pretexto para otras sublimes e imponentes. Y como aquel maravilloso hallazgo del legislador de la humanidad se empleó para mostrar los bellos senos y las hermosas espaldas de las hijas de Egipto, quedó también destruida la belleza de sus senos.

Éste fue también el objetivo del Anticristo. Su propósito es siempre profanar un milagro por medio de otro. Eso nos permite igualmente reconocerlo.

Luego, nos mostraron la guerra. Era la guerra de Rusia contra Japón. Un desfile de regimientos completos. No pasaban de derecha a izquierda, o al revés, sino que venían — al principio pequeños como motas de polvo— del fondo de la pantalla, que, por supuesto, no era un fondo, iban aumentando de tamaño, se henchían y avanzaban sobre nosotros, cada vez más gigantescos. Parecía que iban a pisotear ya con sus botas claveteadas las primeras filas de espectadores; la doble fila de quienes se acercaban marchando levantaba ya sus pies macizos para posarlos sobre nuestros cuellos, y ya nos encogíamos para recibir las pisadas. Pero, entonces, desaparecieron, tal como desaparecen las sombras, pues fuera de la pantalla no tenían nada que hacer. Habían alcanzado lo máximo que pueden lograr unas sombras. Habían conseguido crecer, hincharse hasta hacerse colosos. Pero a medida que se hacían gigantescas, se volvían por igual fugaces e insignificantes, y entre la amenaza colosal de su botas claveteadas aparecía ya el tejido de la pantalla. Es verdad que las sombras se agrandaban, pero también se hacían porosas. En medio de sus cuerpos imponentes aparecían agujeros, unos orificios claros, y cuanto mayor era su amenaza, más impotentes se volvían. Se disolvió la primera doble fila, la segunda, la tercera, la cuarta, la décima. Y pronto supimos que no necesitábamos agacharnos. Pero, a continuación, una vez superado aquel espanto, nos sobrecogió otro aún mayor. Consistió en que sabíamos que los regimientos que marchaban sobre nuestras filas eran imágenes de verdaderas formaciones paralelas. En el momento en que las filmaban habían marchado así, como seres vivos. Y sólo por haber sido filmadas se habían convertido en las sombras en las que no deberían haberse convertido hasta más tarde y que realmente fueron al cabo de un rato de la toma definitiva. El espanto que nos sobrecogió al verlas consistió, pues, en que al no estar entonces acostumbrados todavía, como lo están las personas de hoy, a ver sombras o cuerpos vivientes, no supimos en aquel momento si se trataba de las sombras de los soldados caídos que marchaban allí sobre nosotros. En algún otro, en cambio, se volvió a despertar quizás el recuerdo de las imágenes bíblicas, es decir, de los pechos de las bañistas egipcias. Y como éstas habían muerto y se habían descompuesto miles de años antes, según sabía cualquier niño, la conciencia de semejante hecho confirmaba también, por así decirlo, la muerte de las sombras de los soldados.

Sin embargo, el llamado milagro técnico que se limita a asustarnos o asombrarnos, o que nos llena de orgullo por nuestro progreso, es diferente del prodigio auténtico que nos sublima o nos llena de fervoroso placer, pues sabemos que sólo puede producirse con «cosas naturales». Por tanto, nos recuperamos rápidamente del susto que provoca la sorpresa (sólo el orgullo se vuelve más vigoroso), reflexionamos y llegamos a la

conclusión de que las bañistas egipcias son contemporáneas vivas que se han quitado la ropa y han vendido la sombra de sus cuerpos desnudos por dinero, es decir, porque se les pagó como se paga a los cuerpos reales en este mundo. Si fue eso lo ocurrido con las muchachas, ¿qué pasó con los soldados? ¿No vendieron ellos sus sombras por dinero? ¿Qué injusticia fue ésa, que injusticia tan especial, incluso en medio de la injusticia de este mundo, que se ha vuelto tan obvia que poco a poco nos hemos acostumbrado a considerarla justicia? ¿No se les había dado dinero a las muchachas por una tarea, al fin y al cabo, tan sana y agradable como la de bañarse en un río? En cambio a los soldados, que marchaban hacia la muerte para convertirse en auténticas sombras, no les habían pagado ningún dinero por sus sombras. Sí, se las habían robado en el momento en que marchaban a su destino fatal, en el último momento de su vida; ¡en un momento en que no podían ni pensar en pedir dinero! Pero nosotros pagamos por ellos con nuestras entradas, es decir, para poder ver cómo iban a la muerte, tal como vimos bañarse a las egipcias desnudas. Y como los soldados no pidieron un pago por sus sombras, ¡fueron en realidad ellos quienes pagaron por las sombras de las muchachas bañistas! Y si bien el individuo del cine cometió un vulgar fraude al pretender mostrarnos el hallazgo de Moisés, cuando en realidad sólo nos presentaba un minúsculo cestillo —aunque, eso sí, unas vistosas sombras femeninas—, al menos invirtió algún dinero en este engaño; un dinero del que hasta las leyes dicen que justifica tales y cuales cosas. Pero aquel individuo no había pagado dinero alguno a los soldados que iban a la muerte. Les había robado sus sombras. En nuestro mundo, donde el dinero significa algo para la justicia, los robos se castigan. Pero el hombre que había dado vida al cine con las sombras no podía ser castigado, pues, de lo contrario, no se habrían mostrado impunemente las consecuencias de su crimen a cambio del dinero de una entrada. Si al menos hubiera robado sus sombras a los soldados que marchaban a la muerte para demostrarnos cuántas personas deben morir en este mundo por una cosa que no atañe a ninguna en particular...; ¡pero no!; les había robado las sombras, sin más; como se las había comprado a las muchachas desnudas. Sabía que somos seres humanos y nos ofrecía el placer carnal y el horror de la muerte. Sólo se interesaba por nuestro deleite, por ese placer que tiene por objeto tanto la carne del hermano y la hermana vivos como la desaparición cruel de nuestro prójimo. Abusaba de nuestra debilidad humana mediante el robo, cuando podía; y cuando no, pagando dinero. Y así confeccionaba un llamado «Programa», de manera similar a como se elabora hoy en los cines más perfeccionados de todo el mundo.

Pero ¿quién puede ser el que, ya desde el primer momento de su empleo, utiliza para tergiversar nuestra razón un fruto de la razón humana, es decir, de la gracia de Dios? ¿Cuál de los poderes que deciden nuestra existencia está dotado de tanta malignidad y fuerza como para pagar a las muchachas que se bañan y robar a los hombres que mueren? ¿Quién les arrebató a unas personas aún vivas sus sombras una hora antes de morir? ¿Se trata de un ladrón corriente? ¿No será más bien el mismo que desnuda a las muchachas por una paga y las manda al agua y, al mismo tiempo, arma a los hombres y los envía a la muerte y vende por el dinero de una entrada las sombras de unas y otros? ¿Les ha robado realmente su sombra a los soldados? ¿No es mucho más poderoso que un ladrón y que un

atracador?

¿Quién toma como pretexto para desnudar a unas pobres muchachas la milagrosa salvación del legislador del mundo? ¿Quién juega de ese modo con nuestra voluptuosidad, que anhela con igual violencia la carne floreciente y la muerte cruel? ¿Quién tergiversa de forma tan execrable la bendición de la razón? ¿Quién tiene el poder de pagar a unas muchachas que se limitan a bañarse y robar a unas sombras moribundas? Y, además, ambas cosas a la vez. ¿No habrá organizado una guerra entre Rusia y Japón, con la misma facilidad que un cuadro de muchachas desnudas? ¿No habrá elegido para cegarnos el momento preciso en que nuestra razón comenzó a realizar maravillas? Justo ese momento en que debíamos creer que ya no era posible cegarnos, pues podíamos realizar tales milagros. ¿Se puede cegar a unos dioses? ¿No nos considerábamos acaso dioses al ser capaces de aprender de los dioses el milagro y hacerlo, incluso, comprensible? Ese momento es idóneo para el Anticristo; ese momento en el que debemos tenernos por dioses, pues hacemos milagros que entendemos; y eso, a pesar de no ser dioses.

Ésa es su hora; ésa es la hora del Anticristo.

También yo fui soldado

Legó al mundo la gran guerra, la llamada Guerra Mundial, y nos hicimos soldados; también yo.

Es cosa sabida desde antiguo que el Anticristo se halla entre los soldados igual que en el resto del mundo. Soldados que, en realidad, han sido forzados a subestimar la vida y estar siempre cerca de la muerte, pues, de hecho, su padre es él, y no el emperador, y su verdadera patria es el otro mundo, incluso mientras viven. Así pues, resulta sorprendente que hasta los hijos de la muerte se dejen seducir por cosas terrenales, que vivan, ellos precisamente, del esplendor terreno y que lo amen. Aunque es raro que el mal seduzca a los soldados con las monedas contantes y sonantes que los demás introducen en sus bolsas, los seduce con otras similares, algo más grandes, que ellos sujetan sobre sus pechos. Y los seduce también con estrellas e insignias, con cintas, galones y ribetes. He visto cómo una hora antes de partir para hundirnos entre los brazos de nuestra madre, la muerte, algunos se apresuraban a lograr por medio de tretas, vilezas y artimañas de una necia ambición, y utilizando incluso la violencia física, una estrella más, una insignia o un galón para diferenciarse de los otros por semejantes cosas en el momento mismo en que todos iban a morir. El tren que nos llevaba a todos al campo de batalla estaba compuesto de distintos vagones; y en los mejores iban sentados quienes tenían más galones y mejores insignias. Antes, quiero decir, en los tiempos en que todavía debían enseñarnos a manejar las armas, teníamos que cumplir de vez en cuando diversos servicios que no ponían en peligro nuestras vidas. Cierta día fui a parar a un grupo de soldados cuya tarea era recoger por toda la ciudad el metal con el que se pensaba fabricar cañones y balas de cañón: pestillos, faroles y todo tipo de objetos domésticos de cobre, latón, níquel, hierro y acero. Se llevó al patio del cuartel un gran carro cubierto por un toldo, parecido al vehículo con que había llegado a nuestra ciudad el primer cine. Éramos veinticuatro soldados, y el número veinticinco, es decir, en realidad el primero, era el sargento. Una vez enganchados los caballos y cuando el cochero se disponía ya a tomar las riendas, se abrió de par en par el portón del cuartel y entró en el patio un gran automóvil negro con unos delicados visillos en las amplias ventanillas. Del coche salió un señor muy amable vestido de negro, con una cartera negra. Todo era en él tan respetable como bondadoso: su barba gris y en punta, su suave bigote espeso y sus cándidos ojos castaños con los que nos observaba. Del bolsillo del abrigo sacó unas pastillas de chocolate y unos paquetes de cigarrillos, y todos recibimos ambas cosas. Aunque hubiéramos sido cien o un millar, nadie se habría ido con

las manos vacías. Aquel señor era como un padre bueno y poderoso. Apenas llegaba al fondo del bolsillo, su mano, compasiva y dadivosa, tenía el poder de crear dentro de él los dones que no había traído consigo. Nos sonrió, subió al coche y nos sacó de allí. Nos parábamos donde quiera que él se detenía; entrábamos en la casas y nos llevábamos el menaje a nuestro gran carro. Una vez que hubimos vaciado muchas casas, el automóvil negro se detuvo ante una iglesia. Allí el bondadoso señor se apeó y corrió sombrero en mano escaleras arriba. Nosotros le seguimos y nos quedamos de pie, con las gorras en la mano, en la penumbra dorada de la iglesia. Vino el sacristán. El señor cuchicheó algo. Hizo un gesto y seguimos al sacristán. Llegamos a un pequeño patio contiguo a la iglesia. Había en él dos campanas, dos campanas de iglesia cubiertas de cardenillo, como un manto de seda verdiazul. Eran campanas antiguas. Así como las personas se visten de mayores con galas de plata, así también las viejas campanas obtienen la dignidad del cardenillo, un musgo de los metales, y nos recuerdan el suelo de los bosques cerrados y todo tipo de rocas, muros y piedras ancestrales. Las campanas pesaban. Y como era el primer día en que teníamos que realizar aquel trabajo, nos faltaban los medios adecuados; mientras reflexionábamos cómo transportar las campanas, vino el benévolo señor y nos dijo que primero debíamos tumbarlas para, luego, llevarlas rodando hasta el patio. Así pues, volcamos las campanas y vimos que eran huecas, les faltaba el badajo, que es su alma; eran, pues, campanas mudas y ya muertas. Dos de nosotros salimos con el sacristán y regresamos pronto con los badajos. A continuación sacamos las campanas haciéndolas rodar con las manos, aunque habría sido más fácil empujarlas con los pies. Pero no nos atrevimos. Los vasos de las campanas resonaban sobre las piedras del patio con un ruido sordo y retumbante. Luego, pasamos unas sogas por las asas, atamos el extremo superior de las sogas a los laterales del carro, alzamos desde el carro las campanas y volvimos a marcharnos con una campana muerta de iglesia a cada lado del carro. Así llegamos ante un gran edificio de ladrillo rojo en las afueras de la ciudad y entramos en una gran nave donde se hallaban ya, tirados y de pie, miles de objetos de metal del tipo que habíamos transportado y cientos de campanas, y descargamos el contenido de nuestro carro, el botín de nuestro trabajo. Los badajos fueron a parar a una gran caldera de cinc, y cuando los depositamos allí chocaron resonantes, como si hubieran recordado su condición de badajos, cuyo deber es resonar.

De las campanas se hicieron cañones. Y más tarde marché a la guerra. En el borde de una de las muchas carreteras por las que pasamos había un señor afable, de edad aún joven, vestido de cuero marrón de la cabeza a los pies, con unas grandes gafas que hacían cuerpo con su gorro de cuero. En aquel gorro de cuero faltaba algo; no sabía qué era, pero se veía claramente que faltaba algo en el gorro. Sólo mucho después supe que lo que le faltaban eran los cuernos. Aquel señor de cuero nos dio a todos chocolate y cigarrillos sacándolos de un amplio saco de cuero sostenido por dos soldados. Luego regresó corriendo al borde de la carretera y nosotros seguimos marchando por delante de él como sólo se marcha ante los generales y otras autoridades militares, mientras él daba vueltas a la manivela de una caja negra que tenía en medio un ojo redondo de cristal. Aquel ojo se tragaba todas nuestras sombras. Así fue como supe que muchos años antes se habían

comprado con chocolate y cigarrillos las sombras de los soldados rusos y japoneses. Y llegué a ver nuestras sombras sobre las pantallas de los cines de todo el país.

Y antes de Navidad, llamada también festividad del nacimiento de Cristo, llegó un automóvil negro y se detuvo justo al borde del campo de batalla sobre el que yacían los soldados muertos; del coche se apearon varios señores, uno de ellos especialmente bondadoso y respetable, que pronto nos cayó bien a todos, sobre todo por su afable barba gris. Nos habían dado descanso, lo que en el lenguaje de la guerra significa que podíamos reposar antes de comenzar de nuevo a disparar y morir. Nos colocaron no lejos del automóvil negro. Y el amable señor se dirigió a nosotros. Y lo que dijo nos gustó a todos, pues tenía una voz bondadosa y bien timbrada. Luego, mandó buscar un gran número de amplios sacos de cuero y veinte de nosotros cargamos con ellos y sacamos de su interior chocolates y cigarrillos para todos los soldados. Entre tanto, un aviador comenzó a dar vueltas sobre nuestras cabezas. Y como era un aviador de nuestros enemigos (en el lenguaje de la guerra se dice: un aviador enemigo), arrojó una bomba. Instantes después, el gran automóvil negro había desaparecido; del lugar donde se encontraba se alzaba una humareda y llegaba un mal olor. El buen señor dio media vuelta y se alejó, y con él los demás, que eran un poco más serios; vino un gran automóvil gris propiedad del general, sacó de allí a los buenos señores y ya no los volvimos a ver.

Y cuando, la noche en que nació Jesucristo, regresamos al campo de batalla, que en el lenguaje de la guerra se llamaba «trincheras», murieron muchos de nosotros con los cigarrillos y el chocolate aún en los bolsillos. Y los supervivientes sacaron aquellos presentes de los bolsillos de los caídos. Los cañones fabricados con las campanas atronaron sobre nuestras cabezas en dirección a los hombres que en el lenguaje de la guerra se denominan de manera abreviada «el enemigo».

Y, ya que hablamos de las campanas, quisiera decir que, acabada la guerra, me acordé de ellas porque era pobre y buscaba trabajo. Había trabajo en el gran edificio de ladrillos rojos donde anteriormente habíamos descargado las piezas de metal y las campanas y que se llama «arsenal». Allí nos dirigimos quienes íbamos en busca de trabajo. Y en la gran nave había por el suelo cañones enteros dañados y en pedazos. Allí estaba aquel señor afable de barba gris con sus amables ojos de color castaño oro que nos ordenó qué debíamos hacer. Cargamos en carretas de hierro las armas rotas y algunos de nosotros destrozamos con martillos las que estaban intactas. Afuera nos esperaba un carro grande cubierto con un toldo. Cargamos en él los pedazos de los cañones, y cuando el carro estuvo tan cargado que ya no tenía más capacidad, marchamos con él hasta una gran fábrica donde descargamos los restos de los cañones y las armas. El vigilante de la fábrica (que se parecía a nuestro sargento) vigiló para que se descargara todo.

—¿Qué vais a hacer con ello? —pregunté al vigilante.

—Todo tipo de objetos útiles —dijo el guarda—. ¡La guerra ha terminado, amigo mío! Ahora fabricamos pestillos, cerraduras, puertas, faroles, morteros y también campanas; sí, campanas de iglesia.

Los cañones y las campanas

Desde aquel momento, siempre que oigo el tañido de las campanas, siento como si sobre los tejados y torres de las iglesias pendieran tubos de cañones, y como si los hicieran voltear no unos dignos sacristanes o unos alegres monaguillos sino aquel de quien hablo aquí. ¿No ha conseguido ya, acaso, confundir los oídos de más de uno hasta el punto de que el estruendo de los cañones les suene agradable, e incluso dulce, y el tañido de las campanas fastidioso? ¿Y no ha proporcionado a esas personas cuyos oídos están tan trastornados la aparente justificación para tenerlos desquiciados y sentirse incluso orgullosos de ellos? Preguntemos a una de las personas de ese gran país donde los necios se llaman «ateos», antes incluso de que Dios los haya abandonado —y sólo porque piensan que el haberlo dejado a Él significa que Él los ha dejado—, qué les han hecho las campanas para retirarlas de las iglesias, y recibiremos esta respuesta: «Repican y resuenan y perturban nuestro descanso». Y si les seguimos preguntando si el sonido de las campanas es más desagradable que, por ejemplo, el ulular de las sirenas o el canto inarmónico de las multitudes en las calles con motivo de cualquier fiesta, o incluso que diez gramófonos que suenan a la vez en una sola casa de delgados tabiques, nos responderán: «En su momento no se hizo con las sirenas y los gramófonos ningún cañón con que matarnos». Continuamos preguntando: «Entonces, ¿tendríais que retirar también los pestillos y los morteros de vuestras casas?». Y nos responden: «Los pestillos y los morteros se nos quitaron con mayor o menor violencia». «Pero —les replicamos— también se actuó violentamente contra las iglesias cuando se les arrebataron sus campanas, sus lenguas doradas». Y la respuesta será: «Cuando se comenzó a disparar con los cañones, esas lenguas de oro empezaron también a sonar para anunciar, precisamente, que había llegado la hora de matar. Y era totalmente apropiado que las campanas mismas comenzaran a matar y se transformaran en cañones y proyectiles. Si mintieron una vez, ¿cómo vamos a creer que ahora dicen la verdad? Por eso, el retumbar de los cañones, el canto desafinado de la multitud, el estrépito de los aparatos y el ulular de las sirenas nos resulta más agradable que el tañido de las campanas».

Así que sigo preguntando: «Pero, también la multitud y la sirenas mienten, y el cañón miente y mata al mismo tiempo».

Y la gente responde: «No lo creemos». Ésa es la respuesta que dan, porque la gente es crédula para las novedades cuya trampa todavía no ha descubierto mientras que para lo venerado desde antiguo, y que ya les ha engañado, es muy cruel.

Al Anticristo le resulta también más fácil burlarse de lo honorable e incomprensible al poner como juez a la razón humana y halagarla a ella y a la gente. Si le decimos a una persona que es hermosa, fuerte, valiente, cordial y bondadosa, se alegrará. Si le decimos que es inteligente, se sentirá feliz. Y os creerá, sólo porque le habéis dicho que es inteligente, y además dará por supuesto que nunca podríais atreveros a engañar a alguien perspicaz.

En cuanto a nosotros, que sabemos de antemano que al Anticristo le es más fácil apestar con su aliento los maravillosos logros de nuestra razón que los objetos consagrados de nuestras creencias —aunque pueda resultarle también bastante fácil denigrar incluso a éstos—, nos estremecemos ante la plenitud del poder del que ya goza. ¿Qué importa que tenga bajo su imperio a los hijos de Edison, a los hijos de Idumea? Ha subido a los tejados de las iglesias y se sienta a horcajadas sobre sus cúpulas, saca las campanas de sus campanarios y silencia las iglesias, arranca los badajos de las campanas y las enmudece. Además, ¿no hemos visto con nuestros propios ojos cómo se colgó de la cruz pasando de un solo salto desde la cúpula de la iglesia sobre la que se había sentado, y cómo la retorció y dobló por arriba y por abajo, por la derecha y la izquierda, con la horrible fuerza de sus muslos y sus brazos?

Esto nos aterra más que su poder sobre los logros de nuestra razón, pues es aquí donde, por primera vez, ha tenido la abismal insolencia de dar a su nombre un signo visible y victorioso. Y aquí es donde, por vez primera, ha salido del anonimato en que se había ocultado. Y ha tenido la osadía de hacerse imprimir una tarjeta de visita. Para darse a conocer como quien es, es decir, el Anticristo, por medio de la anticruz.

El señor de las mil lenguas

Una vez que trasladamos todas las piezas de los cañones que antes habían sido campanas a las fábricas, donde volverían a transformarse en campanas, nos quedamos todos sin trabajo y cada cual buscó alguno en que pudiera irle mejor.

Yo iba cada mañana ante uno de los imponentes edificios donde se hacen los periódicos, los mensajeros de las mil lenguas en cuyo interior se buscan a diario personas y colocaciones bajo el título de «Bolsa de empleo», es decir, donde se negocia con el trabajo.

Y como no lo encontraba, la vanidad me impulsó a entrar en la gran casa y a no marcharme, como hacían los demás. En mi necedad pensé también que dentro de un edificio en cuyas puertas y muros se negociaba con el trabajo se traficaría aún con más trabajo y que aquella casa no querría delatar hacia fuera lo que sabía en sus profundidades.

Me presenté, pues, al dueño de aquella gran casa y le pregunté si no tendría trabajo.

Creí reconocerlo a la primera mirada. Pero no sabía dónde lo había visto anteriormente. Era un señor afable, sin barba. Y pensé que lo había conocido en otra ocasión como un hombre barbado, pero, realmente, no sabía dónde.

Tenía una voz bien timbrada y una mirada cargada de bondad. Cuando me miró, creí al punto que le había caído bien, y como me parecía tan conocido, pensé que yo también le resultaba conocido desde hacía tiempo.

Al preguntarme si quería entrar a su servicio, dije que sí, que me gustaría.

Y comencé a servirle, y así fue como me convertí en una de las mil lenguas con que el periódico habla al mundo cada mañana. Pronto vi que lo que decía mi lengua no era sólo lo que decían las demás, sino que nuestras mil lenguas se contradecían; pero que esa contradicción no era una ley insoslayable, sino que nuestras lenguas tan pronto coincidían como se desmentían: alternativamente y a cada momento.

Algunas lenguas repetían lo que había dicho la mía; pero lo hacían de otro modo, de forma que ni una ni otra tuviéramos razón. Yo no sabía ya si había dicho algo verdadero o falso, si los demás tenían o no razón; y pensaba que el mundo oye hablar a la vez a nuestras mil lenguas, por lo que comprendía que le fuera imposible oír la verdad, pero también reconocer su voz en caso de que alguien se la hiciera escuchar realmente alguna

vez.

Ahora bien, si yo era una de las mil lenguas desconcertantes que hacen irreconocible la voz de la verdad, era también culpable de la confusión del mundo. Y supe que había entrado al servicio del Anticristo, que estaba sentado allí, en aquella gran casa, como señor de las mil lenguas y era una persona afable que sonreía con ojos bondadosos. Y a veces, para que nadie pudiera reconocerlo precisamente por su afabilidad, representaba también el papel de alguien airado. E incluso en ese caso obtenía alguna ventaja, pues cuando se desvanecía su enfado y comenzaba a sonreír de nuevo y todos cuantos se hallaban a sus órdenes volvían a respirar de alivio y se calmaban, les parecía aún más benévolo y agradable y mejor y más puro que antes; y se le elogiaba y estimaba sobremanera, y la gente se consideraba feliz por estar a sus órdenes y no a las de algún otro.

Pero como poco a poco surgió en mí la sospecha de que me hallaba al servicio del Anticristo, decidí cierto día negarme a servirle. Me presenté ante él y le dije que estaba harto de sus tareas, y él también de mis servicios.

Sonrió y sacó del bolsillo una pitillera de oro, me hizo sentar y me dijo que fumara.

Entonces lo recordé y lo reconocí. ¡Cuántas veces me había ofrecido cigarrillos!

Y para estar completamente seguro de que no me engañaba, le dije:

—Señor, a veces me parece que nos conocemos desde hace tiempo y que no es la primera vez que me ofrece un cigarrillo.

—Me gustaría que nos conociéramos desde hace mucho —respondió—, pues Vd. me cae bien. Y tampoco voy a renunciar a sus servicios. Le he escogido para varias tareas importantes. Tiene que conocer el mundo y describírmelo. Le enviaré a un país extranjero donde ha estallado una revolución y parece haberse desatado el infierno. Como Vd. tiene ojo para reconocerlo, marchará allá ahora mismo.

—¡Usted tiene otro infierno mejor! —le dije.

—No —me contestó—. No conoceré el infierno hasta que haya muerto. Pero, dejemos las distintas secciones del más allá... mientras viva. Le daré dinero y Vd. irá allí y me contará lo que haya visto.

Y como en ese momento me empujó la curiosidad, como antes la vanidad, tomé el dinero y marché al país donde se había desatado el infierno.

Escribí desde él todo cuanto vi. Y lo que vi fue mucho.

Vivía en uno de esos grandes edificios que llaman «hoteles»: el hotel Excelsior, es decir, un hotel grande y excelente. Tenía dinero.

Frente a mi ventana se alzaba una iglesia antigua y venerable. Desde la ventana, situada en un piso alto, veía el campanario de la iglesia.

Y, en un momento en que en la ciudad disparaban con cañones contra los habitantes a quienes llamaban sublevados, oí el sonido de las campanas y vi también desde mi ventana

cómo se bandeaban las pesadas campanas.

Marché, pues, a la iglesia, y pregunté al sacristán que tiraba de las cuerdas por qué y para qué tocaba las campanas.

—¡Me lo ha ordenado el señor párroco! —me dijo el sacristán.

Fui a ver al párroco que estaba sentado en su cuarto leyendo la Biblia.

Se había hecho ya de noche. Sobre la mesa del párroco brillaba una lámpara bajo una pantalla verde. Oíamos el estruendo de las campanas muy cerca y el retumbar de los cañones a lo lejos.

El párroco era un hombre afable. Tenía un rostro liso y unos ojos bondadosos y una voz bien timbrada.

—No soporto oír los cañones —me dijo—. He mandado tocar las campanas mientras disparan.

—Ilustrísima —le dije—. ¿Es Vd., por casualidad, hermano de mi patrón, de quien me envía aquí? ¡Porque me parece que él habría actuado como Vd.!

—No —me dijo el párroco—. No conozco a su patrón.

Y continuó leyendo la Biblia.

Seguí al servicio de aquel señor que mandaba sobre los mensajeros de las mil lenguas que fabricaban por sí mismas las noticias. Y él me envió a un sitio y otro, en muchas direcciones, donde ocurriera algo y hubiese agitación. Y había agitación en todo el mundo.

La sedes de la paz

A partir de ahora, su amor se halla donde quiera que dominen la cultura y los libros; lo que para él divide el mundo no son países, ríos y mares, ni estamentos, razas y clases; sólo conoce ya dos categorías: la aristocracia de la cultura y el espíritu, como el mundo superior, y el populacho y la barbarie, como el inferior.

Stefan Zweig

(Erasmus de Rotterdam)

Pero también llegué a una sede de paz, a una ciudad pacífica. Se habían reunido allí los enviados de todos los pueblos inquietos de todas las partes agitadas del mundo para deliberar cómo se podría restablecer la calma en él. Es decir, no pensaban en la auténtica tranquilidad mundial sino en el estado dominante de agitación que era para ellos como una situación de paz y de sosiego. Aquellos delegados de todos los pueblos no querían traer al mundo la paz verdadera sino hacer en él tan connatural la discordia imperante que el mundo comenzara a creer que ya se hallaba en la auténtica paz, en lo cual se podía reconocer que sus espíritus estaban realmente trastornados. El Anticristo los había confundido de tal modo que mantenían la discordia y se esforzaban por consolidarla. Se parecían, pues, a esos médicos que no pueden dejar morir a un enfermo de muerte, porque se lo prohíben la conciencia y la ley, y tratan de convencerlo de que está sano sólo para que no muera. Pero el mundo se asemeja a un enfermo que imagina realmente hallarse sano tan sólo porque lo mantienen con vida. Y, por más pacífico que fuera, el lugar del que hablamos se parecía a un campo de batalla, al campo en que los médicos luchan contra la muerte, y se olía el hedor que se levanta de las consultas de los equipos médicos: aquella gente estaba, en realidad, junto al lecho del mundo mortalmente enfermo al que no se podía dejar morir. Olía, pues, a alcanfor y a yodo y, como hacen los médicos de verdad, hablaban al mundo en latín, y el enfermo sólo entendía una de cada diez palabras pronunciadas por ellos.

Llegué, por tanto, a aquella sede de paz por encargo de mi jefe, el señor de las mil lenguas, y como sabía latín averigüé también de qué hablaban los médicos. Y estaba dispuesto a comunicar todo cuanto había oído y entendido, y hasta lo escribí y lo envié a mi patrón. Pero él tomó uno de los muchos lapiceros rojos, azules y verdes que había sobre su escritorio y que no están allí para escribir sino sólo para tachar con ellos, y tachó todas las verdades de mis informes para que el mundo no supiera que estaba enfermo de

muerte y no se le dejaba morir, actuando como un pariente preocupado por el moribundo. A un moribundo no se le dice que se está muriendo, pues podría morir antes y eso significaría que los médicos son malos médicos.

Entre aquellos médicos del mundo se hallaban algunos cuyo aspecto podía hacerme creer que los había visto ya en algún lado en otra ocasión. A veces, cuando tal o cual de ellos me ofrecía un cigarrillo, creía casi que al momento siguiente me iba a ofrecer también chocolate. Pero no lo hacía, pues pensaba que, de ese modo, no podría reconocerlo. Eran los médicos más afables de todos los allí reunidos. Su bondad era tal y conocían tan bien a su enfermo que sabían con exactitud cuáles eran los miembros y partes del cuerpo del mundo más debilitados. Y con esos miembros y partes del cuerpo se comportaban con la máxima afabilidad, con más afabilidad aún que la que poseían por naturaleza.

Así, por ejemplo, en una comisión especial, deliberaron —aunque también en latín en este caso— sobre cómo se podía ayudar a los pueblos de color.

Los pueblos de color; es decir, en el lenguaje de este mundo, aquellas personas cuya piel no es blanca, sino marrón, negra, amarilla o rojiza. Y aunque debería ser claro y visible para todos que el color de la piel humana ha sido querido por Dios de la misma manera que Él ha querido el rostro y la figura de los seres humanos, éstos, sea cual sea su color, creen, sin embargo, que Dios los ha distinguido de los demás colores precisamente por ese color suyo. A pesar de que está claramente escrito que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; al hombre, no su color. Dios creó árboles y plantas grises, negros, verdosos y rojizos; y todos son árboles y plantas. Creó animales grises, marrones, rojos y amarillos, peces plateados y dorados, aguas verdosas, rojizas y azuladas, estrellas azules, verdes, de plata y de oro, nubes de todos los colores que nuestro ojo humano puede reconocer y distinguir; pero todos son nubes, estrellas, aguas, animales, peces y aves. Y si el cuervo negro pudiera hablar con la razón (y no sólo con la lengua), no mentiría al decir que el papagayo verde y rojo es un ave como él, el cuervo negro. Eso se debe a que los animales, las aguas, las nubes y las plantas no han sido entregados a la serpiente, la serpiente ancestral, el Anticristo. Pero nosotros, los seres humanos, sí; y por eso el hombre blanco dice que es más que el negro, y viceversa; mientras que cualquier persona de cualquier color consideraría una insensatez que le dijeran que una habitación verde es mejor que otra azul o roja. Digo que es mejor, y no, por ejemplo, que a éste o a aquél le gusta más; que las hojas rojas del otoño son mejores que las verdes de la primavera, no que gustan más.

Y en vez de dar gracias a Dios por haber creado al hombre a su imagen y semejanza y haberlo hecho de todos los colores, con esa generosidad que alabamos en Él, los hombres niegan a Dios precisamente al decir que no ha hecho a todos a su imagen y semejanza. No sabemos cuál fue el color de Adán, el primer ser humano. Pero como en el Génesis tiene un sentido preciso no sólo cada palabra, sino también cada omisión, debemos suponer que si Dios hubiese preferido un color determinado, se habría mencionado el color de la piel de Adán. Sin embargo, de la misma manera que no se dice una palabra sobre la lengua

materna, la raza o la nacionalidad del primer ser humano, del que todos descendemos, tampoco se habla de su color. Hay que suponer más bien que él, el origen de la humanidad, llevó en sí el fundamento de todas las lenguas, de todas las razas, de todos los pueblos, de todos los colores de piel. Y Adán fue la corona de la creación. El propio Dios se tomó cinco largos días de tiempo para crearlo. Y no fueron, sin duda, de esos breves días nuestros días humanos que van de la salida a la puesta del sol, sino imponentes espacios de tiempo según el cómputo temporal de la eternidad y no del calendario. Esa larga reflexión de Dios nos concedió, pues, un honor difícilmente imaginable. Son muchas las diferencias que nos separan a los seres humanos de los animales. Pero la más importante es precisamente que Dios aguardara cinco días para crear al hombre y que sólo le soplara su aliento a él, es decir, al hombre, y no a un hombre de tal o cual color. Ése es también el único orgullo permitido que nos es dado sentir y que no puede llamarse pecado. Pero pecaremos por partida doble si trastocamos el orgullo justificado de ser seres humanos en el infame de ser hombres blancos, negros, marrones o rojos. Y del mismo modo que en nuestro mundo cotidiano se considera despreciable que un muchacho envilecido reniegue de su abuelo, debería ser pecado mortal y objeto de denuncia pública que alguien renegara de Adán, el padre originario de todos nosotros. Al obrar así, se reniega del propio Dios, con quien estamos unidos ante todo por aquel divino hálito que dio vida a Adán.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Por tanto, pecamos contra Él cuando nos burlamos o menospreciamos la curvada nariz del judío, los ojos oblicuos del mongol, la boca grande del negro. Al ser hombres todos ellos, deberá encontrarse en el rostro incomprensible y sublime de Dios cualquier rasgo y color particular de todas las razas humanas. Si injuriamos la nariz del judío o la boca del negro o los ojos del mongol o la palidez del hombre blanco estaremos injuriando la nariz, los ojos, la boca y el color de Dios. Estaremos ultrajando también su aliento, el que concedió al primer hombre, pues en ese aliento se contenían ya todas las virtudes de los hombres futuros. En él se hallaba el maravilloso canto del negro, el ingenio y el ardor de los mongoles, la nobleza de los indios americanos, la inteligencia de los judíos, etc.

En aquella comisión para la gente de color vi, sin embargo, que no sólo los poderosos se mostraban arrogantes con los impotentes, sino también que éstos se defendían de los poderosos con igual arrogancia. Y como en este tiempo en que vivimos los hombres de color blanco son más poderosos que los de otros colores, los hombres blancos que aún tenían conciencia se esforzaron por la liberación de los hombres de color. Pero el Anticristo moraba entre éstos, igual que entre aquéllos. E hizo que los hombres de color que aún no habían sido liberados y debían trabajar como esclavos para los blancos imitaran las costumbres, los vicios y las pretensiones de los blancos...

Y los marrones, los negros y los amarillos vivieron separados, y comieron y bebieron aparte. Los marrones se sentían orgullosos de su color marrón, los negros del negro y los amarillos del amarillo. Y se vio claramente que no se consideraban ante todo seres humanos, sino seres humanos de color. Y en sus discursos y resoluciones no pidieron

sobre todo aquella libertad que caracteriza propiamente la dignidad humana, sino más bien aquellas otras libertades deshonrosas que sólo el poder se reserva para sí. Lo que exigían y repetían constantemente era lo siguiente: «Queremos ser señores en nuestro país». Sí, querían ser señores, y nada más. Y en su país. En vez de decir: queremos ser seres humanos en todos los países del mundo, decían querer ser señores en su país. En eso reconocí que también entre ellos actuaba el Anticristo.

Se lo dije a uno de ellos, a un hombre de ojos bondadosos y de voz bien timbrada. Era de la India. Y me dijo:

—Como habéis venido a nosotros con violencia y engaño y nos habéis traído el alcohol y la sífilis, mientras que nosotros no hemos ido a vosotros con engaño y violencia, a fin de defendernos de vosotros debemos hablar con las palabras que nos habéis enseñado, y golpear con las armas que portáis.

Le repliqué que si bien había dicho muchas necesidades en un par de frases, había demostrado su gran necesidad sólo con una, en realidad con una pequeña palabra, es decir, con la palabra «vosotros». Pues así como yo, por desgracia, no había visto su país, tampoco podía tener nada en contra de que considerara el mío como suyo. Yo también tenía al suyo por mío. Y de haber llevado a él alguna enfermedad o alguna perfidia, también podría haber contraído enfermedades y perfidias originarias precisamente de allí, pues todos poseemos una mezcla de virtud y pecado. Y puesto que todos los seres humanos se componen por igual de virtud y pecado, de fuerza y debilidad, de bondad y maldad, de enfermedad y salud, no veo la razón de que cada país se sienta tan celoso de las debilidades, perfidias y enfermedades que, según imagina, son las suyas propias y peculiares. Pero en cuanto a mí, y en relación a este momento en que conversábamos como habla una persona con otra, le pregunté si estaba hablando conmigo o con el color de mi piel. En efecto, me hablaba de vosotros aunque yo sólo era uno.

A esto replicó que se había acostumbrado a hacerlo así porque precisamente los hombres de mi color habían comenzado a hablar de vosotros a los del suyo.

—Supongamos —le dije— una determinada ciudad, y que en esa ciudad vive un gran número de asesinos. ¿Diría Vd. a cada uno de sus habitantes: «vosotros, los asesinos», y «entre vosotros, los asesinos»? He leído —seguí diciéndole— que en su país hay muchos sabios. ¿Habría de decir a cada una de las personas de su país «vosotros, los sabios»?

—Raras veces me he encontrado con personas como Vd. —me dijo para halagarme.

Y en eso le reconocí, y le dije que se parecía como un gemelo a mi jefe, el sabio señor de las mil lenguas. Y luego añadí sin rodeos:

—El Anticristo recorre también su país. Y eso es peor que la sífilis.

Pareció no entenderlo y se calló. Pero como estaba interesado en apaciguarme, se atuvo totalmente al estilo del Anticristo y no buscó un objeto que pudiera agradarnos a ambos, sino otro que creía que me haría odiarle. Y dijo:

—Lo peor son los mestizos.

—No —le respondí—, lo peor son quienes piensan y hablan así. Pues todos somos seres humanos, y cuando los seres humanos se juntan, es natural y es voluntad de Dios que entre ellos ocurra todo lo que puede suceder entre personas. Pueden hablarse, pueden odiarse, pueden amarse y pueden acostarse juntos. El amor entre un hombre rojo y una mujer amarilla es algo natural. Pues si la naturaleza no hubiera querido que existiera ese amor, le habría impedido dar frutos. Y como de ese amor salen niños, éstos no son mejores ni peores que otros. Sin embargo, cuando se aman dos mujeres o dos hombres de igual color, este proceder es antinatural, por más que esas personas deban, quizás, obedecer a la especial constitución de sus cuerpos. Pues lo cierto es que en la creación hay muchos casos que no se someten a sus leyes generales, sino que son peculiares, especiales y raras. No tenemos derecho alguno a condenarlas. Pero tampoco a creerlas naturales. Es como si quisiéramos considerar a los ciegos de nacimiento tan videntes como quienes ven, sólo porque la naturaleza, y no un accidente, los ha hecho ciegos. Pero en este mundo en que el Anticristo ciega incluso a quienes ven, hay quienes dicen que un amor antinatural entre dos hombres es mejor y más noble que el amor natural entre un hombre blanco y una mujer amarilla. Esto es doble pecado, pues una persona decrepita debe sobrellevar sus achaques con humildad y un paralítico no debe prescribir a los sanos la manera de andar. Conozco a alguien que tiene relaciones sexuales con cabras, pero no da la mano a un chino.

Otro que me había oído hablar así se acercó a mí y dijo que podía entender cuanto yo pensaba, pues era natural de un país muy lejano, de Japón, pero también él estaba al servicio de un señor de mil lenguas. Y al igual que yo, él iba también a todas partes del mundo donde hubiera disturbios.

—Soy más viejo que Vd. —dijo—. Le aconsejo que no hable nunca como acaba de hacerlo. En realidad, en su tierra, en la nuestra y en todos los países habitados hay otras preocupaciones. Ha habido un gran alboroto por cuestiones raciales, pero sólo para que no se oigan los grandes gritos de los torturados de todas las razas dentro de cada una de ellas. A los pobres y los apaleados les es indiferente el color de la piel. Quien no tiene qué comer siente hambre. El que ha sido golpeado mucho tiempo sangra. Las personas instruidas que dicen: «Queremos ser señores de nuestro país», ¡lo son ya! Sólo querrían desterrar de esos países a quienes son señores junto a ellos. Sólo los señores acuden a las conferencias, además de nosotros, que hemos sido enviados aquí por los señores. No tiene sentido apasionarse. Fíjese en mí; yo era alguien que decía la verdad. Nunca fui capaz de decir una mentira. Sólo miento desde que me contrataron y se me pagó para transmitir la verdad. Y Ud. acabará haciendo como yo. Pero si se niega a mentir, encontrará que sus verdades han sido tergiversadas de tal modo que preferirá haber dicho Vd. mismo las mentiras. ¡Que le vaya bien! —se despidió, y se marchó.

La tierra roja

Erasmus amó muchas cosas que nosotros amamos: la poesía y la filosofía, los libros y las obras de arte, las lenguas y los pueblos y a toda la humanidad, sin distinción... Y sólo odió de veras una cosa en la tierra: el fanatismo.

Stefan Zweig

(Erasmus de Rotterdam)

Luego marché al país donde me dijeron que no había ya gritos de ejércitos ni personas maltratadas; allí la gente se esforzaba por hacer que brillara la verdad, la justicia y la razón; allí se había vencido al oro, el metal del Anticristo; y allí observaban el natural respeto por la vida del individuo y consideraban sagradas todas y cada una de esas vidas.

Llegué, pues, a la capital de aquel país. Se trata de una ciudad antigua, hermosa y extensa, con muchos cientos de viejas iglesias. Si se contempla la ciudad desde un punto elevado, se divisan las cúpulas verdes y abombadas entre tejados planos y puntiagudos como gigantescas piedras preciosas esparcidas. Cada siglo parece haber legado a la ciudad una de esas piedras preciosas.

Visité varias de aquellas cúpulas e iglesias coronadas por ellas y vi que en muchas iglesias no se rezaba ya y que las campanas habían sido retiradas de los campanarios, así como las cruces de las cúpulas y de los muros interiores.

—Hemos liquidado a Dios —me decían unos y otros—. ¡Todos deberían imitarnos! Como Vd. mismo puede ver, no hemos eliminado sólo la riqueza, el oro, el emperador y el verdugo, sino que hemos barrido también el cielo de toda la basura amontonada allí con el correr de la historia. Ahora, la tierra está limpia y el cielo vacío.

Y así era. Habían echado mano de dos escobas, una para limpiar la tierra y la otra para limpiar el cielo. Y hasta les pusieron nombre. Una se llamaba «revolución». La otra, «razón humana».

Pero aún había muchos en este país que estaban en desacuerdo con ambas escobas o con una.

Algunos de ellos podían creer, por cierto, que la tierra había sido limpiada, pues estaba al alcance de sus ojos.

Pero como no podían ver el cielo, desconfiaban de la escoba llamada «razón humana».

—Si desconfiáis de vuestra propia razón —decían los escoberos— es porque andáis muy escasos de ella.

A lo que aquéllos respondían:

—Quizá confiáis tanto en la razón por ser vosotros mismos quienes no andáis demasiado sobrados de razón. Tal vez tengáis, incluso, más que nosotros, pero es posible que además de la razón humana haya otra divina. Y que hasta vuestra propia razón —aun siendo tan grande— no baste, como la nuestra, que es escasa, para reconocer a la divina. Vosotros creéis saber. Pero nosotros creemos.

—Pues, aunque estuvierais en lo cierto —replicaban quienes manejaban las escobas— y aunque hubiera realmente una razón divina por encima de la nuestra, que es humana, no deberíamos reconocerla. Acordaos de que todos nuestros opresores apelaban a esa razón divina no reconocible y que nos oprimían en su nombre.

—Lo admitimos —respondieron los creyentes de más inteligencia—. Fue un pecado de los opresores declarar insolentes que sólo ellos, y no nosotros, podían reconocer las intenciones de la divina voluntad. Si la hubieran reconocido de verdad, habría sido un doble pecado oprimirnos apelando a su conocimiento. Pues, por pocas cosas que sepamos, todo creyente sabe que Dios no quiere la opresión. Además, fuimos necios al creer que nuestros poderosos opresores sabían más que nosotros acerca de los propósitos divinos. Ésa fue nuestra culpa. Lo admitimos.

—Pero la vuestra es negar algo de lo que no sabéis si existe o no. ¿Sabéis, por ejemplo, de dónde viene el ser humano y a dónde va? ¿Sabéis qué había antes de vuestro nacimiento y qué habrá después de vuestra muerte? ¿Habéis hablado ya con algún muerto o con alguien que aún no haya nacido?

Los portadores de las escobas nos dijeron:

—Aunque pudiéramos hablar con nonatos o muertos, no lo haríamos. Tenemos demasiado que hacer con la miseria de los vivos. No disponemos de tanto tiempo como vosotros. Nos atenemos a la frase: «La religión es el opio del pueblo».

—Bien —dijeron los creyentes inteligentes— si no tenéis tiempo, esperaremos, pues nosotros sí que lo tenemos. Tenemos tiempo hasta el fin de los tiempos.

Y los creyentes se fueron a rezar.

Pero no los dejaron en paz. Fue curioso, en efecto, que aquellos mismos que, según decían, no disponían de tiempo para hablar con los muertos, incluso aunque pudieran, encontrasen no obstante tiempo suficiente para molestar a los fieles. Sobre la imagen de la madre de Dios, expuesta ante una de las entradas al palacio de los escoberos, escribieron la frase de su profeta: «La religión es el opio del pueblo».

¡Vaya frase! Necia, como todas las que tienen la fuerza de seducir los oídos de la gente a la manera de una melodía pegadiza. Y tan alejada de la sabiduría como una música callejera. Se le podría dar la vuelta como se puede cantar cualquier canción callejera de

atrás hacia adelante sin alterar su sentido musical. En esa frase, las palabras no tienen su significado original sino otro traslaticio. Igual que los sonidos de una canción de moda. Podríamos cambiar el sentido de esta frase por su contrario y sonaría igual de halagadora para un oído frívolo. Podríamos decir, por ejemplo: la incredulidad es el opio del pueblo. O, en función de los gustos: el opio es la religión de los ricos; o también: los ricos son el opio de la religión; o igualmente: los poderosos —es decir, los poderosos del momento, y no la religión— son el opio del pueblo. ¿Palabras de un filósofo? ¡En absoluto! El sonsonete de un parlamentario, ¡eso es lo que son!

Ése fue el sonsonete que escribieron sobre la imagen de la madre de Dios. Y, sin embargo, mucha gente rezaba cada día ante su imagen. Era como si pidieran a la madre de Dios perdón por el sonsonete que le habían endosado. Y como en aquel país no había ningún rico, quienes se arrodillaban y rezaban allí ante la madre de Dios eran personas pobres. Pobres de nacimiento o nuevos pobres; en cualquier caso, pobres. Pueblo, por tanto. Y en su aparente impotencia ante el poder del sonsonete pegadizo, la madre de Dios mostraba dignidad, pues era perceptible su impotencia y poseía el poder aparentemente enclenque de atraer a unos pobres despreciados, es decir, ¡al pueblo! No prometía nada, no hacía milagros, no pronunciaba discursos, era objeto de burla y hubo personas que le fueron fieles y se dejaron menospreciar con ella.

Todos eran pobres. Y como, en efecto —pues debemos ser justos—, en aquel país se hacía todo lo posible para el pueblo, dadas las circunstancias, me pregunté por qué seguían rezando aquellos pobres. ¿Qué podía arrastrarles hacia un poder desconocido para ellos si veían que los poderes que les eran conocidos estaban dispuestos a ayudarles? Debía de tratarse de carencias acerca de las cuales no es posible hablar con las autoridades conocidas y visibles. A una madre se le murió su hijo, y los médicos del hospital fueron impotentes contra la muerte. Entonces el médico le dio opio de verdad para que no sufriera. Eso fue todo cuanto pudo hacer. Una mujer quería un hijo y la naturaleza, en su misterio, no se lo daba. Otra más no quiso tener el hijo que llevaba en sus entrañas y le dolía no haber querido traerlo al mundo. Un hombre lloraba por su hermano muerto que el orden perfeccionado de este mundo no le pudo devolver. Y otros rezaban simplemente porque su corazón ya no podía más. Sin más motivos. Pues aunque los barrenderos habían limpiado la tierra de todo tipo de basura, no era posible vaciar los corazones humanos de las congojas inexplicables de que está lleno a veces sin una razón reconocible. Y aunque los barrenderos hubieran podido calmar el hambre y la sed, dar a techo a cuantos tenían que pasar la noche al raso, camas y medicinas a los enfermos, muletas a los inválidos y perros de guía a los ciegos —y tal era, sin duda, su intención—, aún quedarían corazones que querían algo distinto, aquello justamente que no se puede obtener de los poderes terrenales. Hay quienes prefieren el amor injusto a la justicia sin amor. Y algunos que quieren ser golpeados y amados.

Y que no son felices si no los quieren y les pegan.

Pues entre lo que constituye la felicidad previsible del ser humano y lo que constituye su felicidad imprevisible existe un gran espacio que no es posible cubrir con normas

razonables. Estamos hechos de carne y espíritu. Si un gato se contenta con comer sólo leche y mantequilla, una persona no está ni muchos menos satisfecha con haber comido y bebido. Y aunque le hayamos dado libros y llevado al teatro y hayamos satisfecho su curiosidad de conocimientos terrenales, habrá un momento en que, como el niño que nunca ha dejado de ser, preguntará: «¿Por qué, por qué?».

No hay respuesta a todas sus preguntas. Y tampoco la hay cuando pregunta: «Padre, ¿por qué me has abandonado?».

Hasta entonces se había mantenido al pueblo en la ceguera. Pero, en aquel país, todos pensaban que esas preguntas dejarían de existir por sí solas si se daba respuesta suficiente a las que se podía contestar de momento.

Y comenzaron a proponer a los habitantes del país todas las preguntas que ya tenían una respuesta provisional, aunque no sintieran deseo alguno de plantearlas.

Se enseñó, pues, a la gente a formular preguntas, pero sólo las que ya tenían de antemano una respuesta.

Sin embargo, aquellas para las que no había respuesta se dejaron también sin contestar, por más que se plantearan.

Como el pueblo de ese país era crédulo por naturaleza y como muchos años antes de la revolución se le había mantenido en la ignorancia y la ceguera con la misma violencia con que, después de ella, se comenzó a obligarle a adquirir conocimiento y cultura, se consiguió también superar con los llamados milagros naturales los sobrenaturales que estaba habituado a creer.

Las personas de aquel país eran gente infantil. Podían convencerles de que los santos del cielo se preocupaban por una vaca enferma o un ternero inválido.

Pero ahora enviaban veterinarios para tratar las vacas enfermas y se demostraba que un veterinario corriente era más poderoso que un santo.

En el sur del país, en las aldeas, la gente creía, por ejemplo, que san Elías fabricaba los truenos, los rayos y la lluvia.

Y cuando los campos necesitaban un chaparrón, la gente rezaba a san Elías.

Los gobernantes que habían barrido el cielo decidieron demostrar a los aldeanos el día de la fiesta de aquel santo que no hay santo que fabrique las tormentas. Ese preciso día llegaron a las aldeas unos especialistas con grandes aparatos. Y se mostró a la gente cómo se forman según las leyes de la física el trueno, el rayo y las tormentas.

Pero, al ver aquella pobre gente que unos hombres hacían tormentas por medio de aparatos, dejaron de creer (desde luego, no todos a la vez) en el poder de san Elías.

En cambio, comenzaron a creer en el de los aparatos y en el poder sobrenatural de las personas. Y como era un verano seco y los campos necesitaban un aguacero, los campesinos pidieron a aquellos hombres instruidos una tormenta de verdad.

Y aquellos hombres cultos les dijeron que los aparatos eran demasiado pequeños para unos campos tan extensos. Debían esperar a que se construyeran los aparatos grandes.

La respuesta, o pretexto, era tan astuta que sentí ganas de hablar con unos hombres tan inteligentes.

Les dije que ellos mismos debían percatarse de que habían mentido.

—¡Claro que hemos mentido! —respondieron—. Porque tenemos que eliminar a san Elías, incluso aunque nos cueste una mentira, pues de san Elías al zar no hay más que un paso.

Entonces les pregunté si creían que el zar había apoyado al santo, o el santo al zar. Y por qué no era posible comprender un aparato y venerar a un santo. Y si los santos eran enemigos de la física. Y si no sabían que es connatural al ser humano sustituir por otro nuevo cualquier santo que le sea arrebatado. Y si la llamada fe ciega en el santo era menos valiosa que la fe ciega en una persona.

Pero los eruditos respondieron que su deseo no era una fe ciega.

—Sin embargo, hay algo peor —les dije yo—. El conocimiento ciego. Sólo disponemos de dos ojos, pero en el mundo hay tanto que ver que deberíamos tener mil. Y con nuestros dos míseros ojos nos resulta imposible percibir todas esas cosas. Tampoco podemos decir, por eso mismo, que lo sabemos todo y que podemos aprender perfectamente cualquier cosa. Y así como es erróneo cerrar voluntariamente los ojos para no ver más, también es equivocado considerarse clarividente. Ninguno de nosotros ha visto a san Elías. Pero no sabemos si no lo hemos visto porque no existe o porque no somos capaces de verlo.

Aquellos señores se echaron a reír; tenían otros asuntos de los que preocuparse, y no de mí. Dijeron que les gustaría volver a conversar conmigo tras haber eliminado del mundo las demás preocupaciones.

Y como las mías eran, en el fondo, las mismas de los campesinos, sé que aquellos señores no pensaban con lógica. Además, es más fácil convencer a los crédulos con un aparato razonable que disputar con creyentes.

Al fundador de su mundo, llamado Lenin, lo depositaron en una urna de cristal tras haber fallecido. Embalsamaron su cadáver y le inyectaron parafina en las mejillas para que pareciera incólume durante décadas, como un vivo dormido, no como un muerto. Colocaron el ataúd transparente en medio del patio dentro de cuyos muros administran el legado del muerto. Y cualquier miembro del pueblo y todos los invitados del país pudieron contemplar a aquel difunto, cuyo aspecto es el de un vivo durmiente.

Muchas personas infantiles creen que realmente duerme y que descansa sólo por un tiempo.

Si uno se pregunta para qué y con qué motivo embalsamaron al muerto y lo colocaron en una especie de escaparate solemne, no tardará en llegar a la conclusión de que había

numerosas razones para ello y que se persiguieron muchos objetivos. Se quiso arrancar a la eternidad al menos un fragmento de lo que le pertenece. Y como todavía no es posible vencer a la muerte, se quiso al menos el triunfo del cadáver cuya ley es la corrupción, no la conservación. Es como una amenaza presuntuosa y al mismo tiempo, por supuesto, infantil frente la muerte, a la que hemos mostrado que, a pesar de todo, podemos conservar a su víctima como una especie de joya que ya no nos ponemos.

Uno de los objetivos más importantes era evidenciar esto de manera visible.

—Tú nos lo has arrebatado —dijeron los barrenderos a la muerte— pero nosotros te demostraremos que lo conservamos. Y así revelaremos al mundo entero cuál fue su aspecto mientras vivía.

Si hubieran podido escuchar la respuesta de la muerte, habrían oído más o menos esto:

—Vuestra amenaza es infantil; vuestro orgullo, necio. Mi tarea no es llevarme su aspecto de esta tierra, sino lo que fue su vida y lo que vosotros amabais: su aliento. Se ha apagado como una lámpara; me he llevado la mecha y el aceite; podéis conservar el recipiente; a mí ya no me importa. ¡Cuánto amasteis su llama y su luz!

»¿Qué hacéis ahora, tan ufanos, con su exigua vasija?

»Ya he apagado muchas grandes luces a las que se elevaron monumentos. ¡Es más inteligente que lo que hacéis vosotros! En efecto, un monumento no miente, sino que confirma la ley con la que actúo. Y, precisamente, al confirmarme me vence, pues, por más barato que sea, un monumento es el signo del recuerdo que los vivos tienen de los muertos y un medio impotente, pero respetuoso, de hacer revivir a los muertos de modo terrenal, insuficiente pero piadoso. Vosotros, sin embargo, no hacéis que los muertos resuciten, sino que sus cadáveres perduren. Impedís su descomposición. ¿Por qué un cadáver no habría de convertirse en polvo y en ceniza? ¿Está hecho acaso el ser humano de cera y parafina para que haya de convertirse en cera y parafina? Y si tanto respeto tenéis al muerto, según decís, ¿no veis que no hay que exponerlo como expone un barbero sus bustos de cera empelucados? ¿Qué estáis haciendo tan ufanos contra mí, contra la muerte? No me habéis arrebatado nada; os habéis quitado a vosotros mismos la dignidad; la vuestra y también la de vuestro difunto».

Pero, según he dicho, era imposible que los escoberos oyeran la voz de la muerte.

Además, tampoco les habló. Lo dijo para sí, llena de compasión.

Cerca de la ciudad vivía un hombre justo y me aconsejaron que fuera a visitarle. Era, sin duda, uno de los treinta y seis justos de quienes está escrito que depende la conservación del mundo y que, ignorados por los seres humanos en lo que atañe a su significado e importancia, y considerados sólo en el cielo, viven dispersos por la tierra y saben interpretar el lenguaje de los animales, el canto de las aves y hasta la mudez de los peces.

Fui, pues, a ver a aquel hombre justo.

Vivía austeramente, pero tan solitario que la estrechez de su habitación no era tal, sino que parecía un espacio abierto. Lo rodeaba el fasto regio de la soledad y en ella se perdía toda la indigencia terrenal como una mota de polvo en medio de un viento anchuroso y fuerte.

Lo habían tratado injustamente, pues está escrito que el justo ha de sufrir.

Pero el justo es en eso como Dios, y le fue concedida aquella gracia para que fuera no sólo una imagen de Dios, como todos nosotros, sino, además, una imagen sublime de su creador: el justo no es jamás injusto, ni siquiera con los injustos como tú y como yo. Y sólo por eso, porque no somos en realidad capaces de reconocer a un justo, decimos que perdona a sus enemigos.

El justo del que hablo aquí había sido arrojado al calabozo. Y habían dicho de él que quería destruir la libertad del pueblo. De él, que odia a los esclavos y ama a los libres, y vivía para que hubiera sólo gente libres y no esclavos.

Precisamente en el hecho de que se reconociera su justicia y se le arrojara al calabozo so pretexto de injusticia, se veía que era uno de los treinta y seis justos.

Por eso soportó también la prisión, el hambre y los golpes con la dignidad del justo. También en la cárcel estuvo solo. Siempre lo rodeaba la fuerte coraza de la soledad que es más fuerte que el hierro.

Y entre los golpes destinados a él y él mismo se interponía la coraza de la soledad; de tal modo que a veces llegó casi a desear sentir de verdad con más dolor los golpes. Con aquel hombre hablé. Le dije que en aquel país grande y hermoso veía el signo del Anticristo y que temía que fuera allí el único en triunfar.

—Sin embargo, no ha triunfado —dijo el hombre justo—. Sólo ha dejado aquí y allá las huellas de sus dedos malvados tan hondamente como para creer que todas las obras nuevas son obra de sus manos. Pero no es cierto. Sólo llevan la huella de sus dedos con que las ha marcado. Pero aún hay algo más que Vd. no puede ver —continuó el justo— por ser un recién llegado a nuestra tierra. El Anticristo no comenzó con la nueva época de este país, sino hace ya años, es decir, en los viejos tiempos. Astuto como es, empezó seduciendo no a los rebeldes sino, ante todo y sobre todo, a los guardianes de lo antiguo. No a quienes deseaban una renovación, sino a los llamados a mantener lo viejo. Al principio se alojó en las iglesias y, luego, en las casas de los señores. Pues su método es ése y en ello se le puede conocer sin equívoco; y es un error, un error del mundo, creer que se le reconoce por incitar e instigar a los humillados y esclavizados. Eso sería una necedad, y el Anticristo es astuto. No empuja a rebelarse a la gente oprimida, sino que seduce a los señores para que opriman. No hace rebeldes, sino tiranos. Y una vez que ha introducido la tiranía, sabe que la rebelión llegará por sí sola. De ese modo gana por partida doble, pues, en cierta manera, fuerza a los justos, que de otro modo se le resistirían, a ponerse a su servicio. No convence, por ejemplo, a los siervos para que sean señores, sino que comienza esclavizando a éstos. Luego —una vez que han entrado a su servicio—, los fuerza a someter a esclavitud a los impotentes, los pobres, los laboriosos,

los humildes y los justos. A continuación, los pobres y modestos se indignan espontáneamente contra la violencia; y los inteligentes y los justos se ven obligados a indignarse contra la necesidad y la injusticia y son quienes ponen las armas en manos de los pobres. Y así deben hacerlo, pues son justos.

Por tanto, es falso decir al mundo que el Anticristo guía a los indignados. Al contrario, seduce a los guardianes de lo establecido. Por su naturaleza no le resulta tan fácil acercarse a quienes sufren como a los poderosos. Pues el que sufre está siempre mejor armado contra el mal que el que domina, manda y disfruta. El mundo se fundamenta en la justicia. Y ésa es la peculiar artimaña del Anticristo: saber disfrazarse con la máscara del indignado para que sus adversarios no lo reconozcan enseguida y lo busquen entre sus filas, cuando, en realidad, está haciendo estragos en las de los señores.

Está escrito que el justo ha de sufrir. Es verdad que quienes sufren no son justos por principio; pero, si algún día tuviera la tarea de buscar gente justa, la buscaría en las filas infinitas de la gente sufriente. A ellos se les ha concedido antes que a nadie recomponer la justicia de este mundo. Y mientras se esfuerzan por rehacer la justicia trastocada por el Anticristo y sus esclavos, los señores, han de soportar además la sospecha de que les guía el Anticristo. En eso precisamente reconozco que son justos, en que padecen por partida doble. Sufren bajo los golpes de los injustos y bajo el reproche de los justos.

—Pero no quieren reconocer a Dios —dije yo— y afirman ser dioses ellos mismos.

—Nunca han conocido a Dios —respondió el hombre justo—. Entre Dios y ellos se había interpuesto un poder humano; y de la misma manera que el Anticristo había comenzado transformando a los señores en tiranos antes de empujar a las víctimas a la rebelión, así también hizo a los sacerdotes mentirosos antes de empujar a los creyentes a negar a Dios. Y como los sacerdotes habían renegado de Dios, los negadores de Dios —o, como se llaman a sí mismos, los ateos— no niegan a Dios, sino la falsa imagen de Dios que les han transmitido.

¿No les han dicho acaso que Dios quiere el asesinato, la injusticia, los tiranos, el oro y el látigo? ¿Y —lo que es peor— que, aun así, es el Dios del amor? Y los intermediarios de Dios, ¿no han hecho sonar las campanas, esos testigos de oro de la fe, para celebrar la hora en que se abrieron las negras fauces de los cañones, las bocas de la muerte?

—Han colocado —dije— sobre la imagen de la madre de Dios, ante quien rezan a diario cientos de personas, estas palabras: «La religión es el opio del pueblo». ¡Vaya frase!

—Una frase falsaria y estúpida —dijo el justo—. Pero ¿acaso es peor que la frase que está en boca de nuestros sacerdotes: «La fe es miel para el pueblo»? Es sólo el eco mentiroso de esta frase mendaz. No se pueden gritar mentiras al mundo y esperar que el eco repita la verdad.

¡Así es, amigo mío! El fruto podrido cae del árbol, la hoja mustia se seca, la fuente muerta se agota, la nube vacía no suelta lluvia, el viento sin fuerza no provoca tormentas, en el corazón vacuo no hay bondad y nunca el mentiroso dice la verdad. Un trono bien

asentado no soporta un emperador débil; un señor convertido en esclavo del diablo no puede seguir siéndolo ni los súbditos de tal señor ser ya súbditos suyos. El esclavo de un demonio no puede gobernar.

Quien niega al señor es el intermediario mentiroso de Dios, y no el creyente engañado. Los primeros seducidos por el Anticristo fueron los intermediarios de Dios. Sólo luego vinieron los ateos, aparecidos de manera espontánea.

E incluso quien se dice ateo no está, ni mucho menos, sin Dios. Quien niega a Dios, el renegado de Dios, es peor que el que se llama ateo. Si alguien me dice que no cree en Dios, me siento triste por él. Pero si alguien me dice que cree en Dios y que la injusticia es justicia, le maldigo.

Nuestros compatriotas —siguió diciendo el justo— niegan la existencia de Dios, pero no reniegan de él. Es sin duda pecado decir que Dios no existe, pero aún lo es más —pues el pecado tiene, como el infierno, innumerables grados— falsearlo y engañar a la gente con su imagen falseada. En eso está el pecado.

Entonces me despedí del hombre justo y recorrí el país.

Vi que habían construido casas nuevas y nuevos monumentos, fábricas, hospitales, teatros y cines, nuevas escuelas, institutos y universidades para gente mayor que no sabía leer ni escribir.

Se trabajaba en las fábricas, se vivía en las casas, se sanaba y moría en los hospitales, se representaba en los teatros, se enseñaba y aprendía en las escuelas.

Y por todas partes, incluso donde no lo ponía por escrito, se hacía sentir una frase, tan necia como aquella que dice que la religión es el opio del pueblo. Me refiero a la frase: «La educación es poder».

Tampoco en esta frase tienen las palabras su significado original, sino un sentido traslaticio. En función de los gustos, podríamos decir: la educación es debilidad; o también: la educación debilita o fortalece, según los casos.

Pero como ya había estado con el hombre justo, me esforcé por mirar un poco con sus ojos justos y me di cuenta de que era imposible que no aparecieran unas frases tan necias como aquéllas pues quienes habían sido tanto tiempo impotentes y habían carecido de toda educación creían que la educación, o tal o cual cosa que a ellos les hubiera faltado durante tanto tiempo, era lo que daba y mantenía el poder de los poderosos.

Aunque, en realidad, esa frase era ya falsa por el simple hecho de que los poderosos no tienen educación alguna sino que, al contrario, son más bien incultos.

También es infantil hacer apetecible la educación diciéndole a la gente que confiere poder.

Así es como prometemos neciamente dulces a los niños para que obedezcan y sean diligentes. Pero al actuar de esa manera los confundimos y despertamos en ellos la idea de que la obediencia y la laboriosidad no llevan el pago en sí mismas sino que producen otra

recompensa destinada a la lengua y el paladar, que nada tienen que ver, sin embargo, con la obediencia y el trabajo. Así pues, debido a esta estúpida frase, la gente, impotente durante tanto tiempo, cree como los niños que la educación produce un pago distinto de ella misma, de la educación.

Por lo demás, prometer el poder a los seres humanos podría ser, simplemente, una ingeniosidad del Anticristo.

Si no fuera una ocurrencia del Anticristo, la frase podría haber dicho: la educación nos hace más justos de lo que somos. (Pues el mundo está construido sobre la justicia, no sobre el poder.) Al haber prometido a la gente, igual que a los niños, el dulce veneno del poder, la gente comenzó a imaginar con todo empeño algo de lo que sólo los niños son capaces. Pero como la materia del aprendizaje y el saber que llamamos educación no contiene absolutamente la verdad definitiva sino sólo otra que será superada y contradicha en todo momento, la buena gente aprende entremezcladas verdad y falsedad. Y lo que aprendieron con mayor rapidez fue a confundir ambas.

En efecto, los conocimientos humanos no son verdades divinas sino sólo caminos hacia ellas. Algunos son tortuosos; otros, rectos; unos llevan a las metas; los otros al extravío. Pero cuando no se especifican esas metas, que son la verdad y la justicia, sino que se dice que la meta es el poder, el hombre no sabe si está caminando por una senda tortuosa o recta.

La gente, por tanto, se extravía en este país, a pesar de aprender con tanta diligencia. Quienes no sabían todavía leer y escribir, leen y escriben día y noche con empeño. Ahora bien, lo decisivo no es poder descifrar y dibujar las letras sino qué letras se descifran y dibujan y cuál es el sentido que producen. Si producen un sentido falso o de calidad baja, el resultado es peor que si la gente no hubiera llegado a aprenderlas. En tal caso, la educación no es realmente poder (ni siquiera eso) sino impotencia y esclavitud. Y el Anticristo hace que los seres humanos aprendan las letras y promete el poder sólo para que sean aún más impotentes.

La gente de este país, no obstante, se siente muy orgullosa de todos los conocimientos alcanzados hasta ahora por el mundo humano. En esos conocimientos ven la verdad. Y aunque aprenden que un conocimiento de ayer es refutado por el de hoy, creen sin embargo firmemente en los conocimientos actuales; como si ya no hubiera un mañana y un pasado mañana. Por eso tienen más respeto a una máquina de ayer que a una verdad que pueda llegar mañana o pasado mañana.

Muestran una auténtica veneración hacia las máquinas, como algunos pueblos veneran a los ídolos; lo mismo que esos pueblos, que sin embargo han visto cómo sus ídolos han sido hechos de oro o de madera por manos humanas. Y, no obstante, veneran a los ídolos.

Se venera al constructor de las máquinas y a las máquinas; del mismo modo que los hijos de Israel veneraron a Aarón y, no obstante, bailaron en torno al becerro de oro que le habían visto fabricar con sus propias manos.

En efecto, si se enseña a la gente que Dios no existe, la gente se fabrica ídolos.

Es exactamente lo mismo que hace cinco mil años: cuando Moisés, que anunciaba al Dios de la zarza, desapareció por un período de cuarenta días en la cumbre del Sinaí, los hijos de Israel pidieron el becerro de oro.

Y si les quitan a san Elías, bailarán en torno al aparato de física.

Y si no marchan en procesión, bailarán alrededor del tractor.

Lejos de nosotros vilipendiar al tractor y alabar al buey.

Pues, según dijimos al principio, la maldición de Dios de trabajar la tierra con el sudor de nuestra frente se vio mitigada por la gracia de la razón que nos hizo inventar el tractor con el que labramos la tierra.

Sin embargo, tenemos tan pocos motivos para sentirnos orgullosos del tractor como de los bueyes. Quizá hubo un tiempo en que los necios rezaban al arado y a su inventor. El buey, el arado y el tractor nos los ha dado Dios. Sólo a Él debemos adorar.

Pero si se consideran méritos humanos sus dones y sus gracias, o peor aún, pruebas contrarias a su existencia, será porque lo manda el Anticristo.

El aparato de física con el que podemos imitar el trueno y el rayo es también un regalo de Dios, lo mismo que los truenos y los rayos auténticos. Pues Él nos ha dado la razón con la que hemos inventado el aparato.

El trueno y el rayo, la bendición de la lluvia y los cereales, los frutos en los árboles, el espanto del granizo, en una palabra, la vida y la muerte, nos los otorga ese poder a quien damos el nombre de «Señor».

Él nos da también la inteligencia para perfeccionar sus bendiciones y mitigar su maldición.

En vez de alabarle por ello creemos reconocer su inexistencia precisamente al ver los resultados de su gracia.

Nos parecemos, pues, a aquel mendigo y pedigüeño que recibió una vez de un rico una limosna que dio frutos más tarde e hizo rico al mendigo. Entonces, dijo éste: «El rico no me ha dado ninguna limosna. Yo solo me he hecho rico».

No conozco otra clase de ricos.

En este país se esfuerzan por restablecer la dignidad de todas las personas. En eso reconocí el dominio del Anticristo también en esta tierra donde se hacen esfuerzos por restablecer sin diferencias la dignidad de todos.

Ahora bien, no es posible hacer valer la dignidad del hombre, imagen y semejanza de Dios, allí donde esa dignidad se considera mérito del ser humano y no una gracia. Y aunque en este país se construyan casas tan altas como las de Norteamérica y se erija un nuevo Hollywood —un HolleWut, «la furia del infierno», como podríamos decir en

alemán— que constituya la felicidad de los actores, y miles de nuevas fábricas y hospitales, y de escuelas grandes y pequeñas, la gente no vivirá tranquila en las casas, ninguna sombra llegará a ser dichosa, no se producirán en las fábricas mercancías que nos hagan felices, no se salvará en los hospitales a los moribundos y no se hará sabios en las escuelas a los estudiantes... sin la gracia, sin lo que llamamos «gracia».

La patria de las sombras

En el rostro humano del presente no ha crecido nada, todo ha sido arrancado o sacado de cuajo de su superficie; y hasta su existencia nos causa extrañeza.

Lo móvil, lo rápido, lo provisional, lo fugaz del rostro actual se ha transformado en mecánico; ése es el rostro del cine. El cine sólo se pudo inventar por la existencia del rostro actual. Ante la monumentalidad del rostro humano de épocas pasadas, los movimientos sobre la pantalla cinematográfica no se habrían aventurado jamás a resumirse en una imagen similar a un rostro. Los movimientos se habrían desintegrado y disuelto ante tal monumentalidad.

Max Picard

(El rostro humano)

Marché al país donde las casas son tan altas que rascan el cielo. Por eso se les llama «rascacielos».

La tierra es grande y extensa, pero cara. Por eso, la gente del país no construye una casa junto a otra, sino una sobre otra, ya que allí el aire no cuesta todavía nada.

Así pues, la gente prefiere rascar los cielos que amoldarse a la tierra.

De ahí les viene su arrogancia.

En este país, si una persona tiene la piel de color negro o amarillo, no puede tomar asiento en una habitación con otra de color blanco.

En este país hay miles de iglesias, pero en esas iglesias los servicios divinos sirven para recaudar dinero. La gente saca a colación a Dios como quien habla de un tío rico y distinguido que aumenta nuestro crédito cuando decimos que somos sus sobrinos.

Así, algunos hombres de este país no son hijos sino sobrinos de Dios; los sobrinos herederos de Dios. Los pobres le piden dinero, y los ricos aún más.

Y, a veces, Dios actúa en este país como si fuera un tío que nos deja una herencia. Da dinero a algunos pobres, y más dinero a algunos ricos.

Multiplica las chimeneas de las fábricas y las limosnas de los mendigos y endurece a veces los corazones de los duros y quiebra en ocasiones los corazones de los débiles; y da a quienes tienen algo, y quita a quienes no tienen absolutamente nada.

Ésas son sus peculiares leyes en aquel país. La dignidad de las personas se fundamenta en el poder. La libertad se alza en forma de estatua ante las puertas del país: ha sido abandonada allí y se ha quedado de piedra.

Llegué a Hollywood, al lugar donde impera el infierno, es decir, donde los hombres son dobles de sus propias sombras. Hollywood es el origen de todas las sombras del mundo, el Hades que vende por dinero sus sombras, las sombras de los vivos y los muertos, a todas las pantallas del mundo. Allí se reúnen los portadores de sombras útiles, las venden por dinero y se sienten y son considerados dichosos en función de la importancia de sus sombras.

Los jóvenes vivientes de todo el mundo que ven estas sombras adoptan el porte, la expresión, la figura y la actitud de las mismas. Ésa es la razón de que encontremos a veces en las calles a hombres y mujeres, a personas vivas, que no son ni siquiera dobles de sus sombras, como los actores de cine, sino aún menos: dobles de sombras ajenas.

Es, pues, un Hades que no sólo envía sus sombras al mundo exterior sino que hace también de los vivos del mundo exterior, que no venden sus sombras, dobles de las sombras del Hades.

Eso es Hollywood.

El infierno se agita furioso. Allí corretean los empresarios de los actores de las sombras, los comerciantes de sombras, los intermediarios de sombras, los arreglistas de sombras llamados «directores», los conjuradores de sombras y los distribuidores de sombras. Y hay algunos que venden su voz a la sombra de otro que habla una lengua distinta. También vi allí, es decir, en las fábricas que compran las sombras, a una veintena de personas sentadas cada una ante un teléfono. Y cada dos o tres minutos suenan varios aparatos y los hombres toman el auricular y dicen: *Nothing*; que significa: no hay nada que hacer.

Y es que durante todo el día llama a la fábrica de sombras gente que querría vender la suya. Y al ser tantos los que ofrecen su sombra, la fábrica ha contratado a veinte individuos que dicen no. Y cada tres minutos dicen: *Nothing*, durante todo el día.

No dicen nada más.

Tal es el número de quienes anhelan en aquel país vender su sombra.

Y no son, desde luego, poseedores de sombras corrientes, como tú y como yo, sino de sombras notables. Uno es un gigante; el otro, un jorobado; el tercero, un enano; el cuarto tiene el rostro de un caballo o un burro; el quinto es capaz de trepar como un mono; el sexto baila sobre zancos; el séptimo, sobre una cuerda; etc. Otros son dobles de hombres famosos, utilizables de vez en cuando en obras históricas y, por tanto, dobles por partida doble y triple. No son sólo los dobles de sus propias sombras sino también de sombras ajenas que, curiosamente, son también las suyas. Algunos se parecen a Napoleón o a César. Y venden la sombra de sus narices, que no son sus propias narices sino las de muertos famosos. Si en este momento no se necesitan esas narices, aquellos individuos

que dicen no le darán su respuesta. Pero si se necesita justamente una de esas sombras de nariz, la respuesta la darán quienes dicen sí, que están sentados en otra habitación, también ante unos teléfonos. En las plazas y calles de esta ciudad se alzan varios monumentos de hombres famosos, lo mismo que en otras ciudades. Pero en todas las ciudades del mundo, los monumentos no tienen más misión que testimoniar la fama de quienes representan. En ésta, en cambio, algunos monumentos tienen la función de anunciar y elogiar diversos productos. Varias personalidades famosas de piedra y mármol o de metal y bronce beben, por ejemplo, de una taza un café caro y sabroso, o chupan caramelos para la ronquera. Y mientras en esta ciudad se arrebató a las personas vivas su sombra junto con su vitalidad y se convierte al dueño originario de la sombra en sombra de esa sombra, se dota a los monumentos muertos de las necesidades de las personas vivas; así, en realidad, podríamos decir que en esta ciudad poblada de meras sombras sólo son personas los monumentos; de mal gusto, desde luego, pero, en cualquier caso, personas.

Y del mismo modo que las personas son sombras y los monumentos personas, las plantas de esta ciudad son también monumentos. Las palmeras de Hollywood, por ejemplo, no crecen en el suelo donde parecen hundir sus raíces, sino que están simplemente enterradas en él, igual que monumentos. Son plantas que, en vez de raíces, tienen cimientos. Pero mientras los monumentos suelen quedarse durante largo tiempo en el sitio donde fueron colocados, no ocurre lo mismo con las palmeras, pues las personas dedicadas a alquilarlas llevan los árboles a este o aquel jardín, y mientras los árboles se parecen a los monumentos por su propiedad de ser empotrados en el suelo, se asemejan también a las sombras por su característica de cambiar de emplazamiento. Así se ha conseguido que uno de los seres más estables de la tierra, el árbol, sea casi tan fugaz como el más fugaz de los fenómenos del mundo, es decir, la sombra. Además, estas palmeras tiene que proyectar también de vez en cuando sus sombras sobre la pantalla. Y como pueden desplazarse de un lado a otro, según acabamos de ver, se puede decir tanto de ellas como de las personas que son igualmente dobles de sus sombras. Y hasta la sombra natural que, por sus propiedades de árbol, se debe proyectar, se convierte también en doble de su sombra.

En esta fábrica se compran asimismo para utilizarlas en situaciones adecuadas sombras de nubes y sombras de sombras de nubes. A veces llegan hombres y mujeres que han conseguido captar nubes en montañas de difícil acceso o en otras regiones peligrosas. Esa gente vende a la fábrica las sombras de las nubes a un precio determinado.

Y de la misma manera que la vida se transforma en sombras, se hace otro tanto con la muerte. En efecto, hay películas en que las sombras tienen que morir. Y si ya es muy difícil vivir según exigen las leyes peculiares del mundo de las sombras, todavía lo es más morir de acuerdo con sus leyes. Jamás de los jamases resulta tan difícil la más difícil de las muertes auténticas.

He visto, en efecto, cómo el dueño de las sombras hizo morir diecinueve veces a la doble de una bella sombra antes de declarar su muerte auténtica y verdadera. Aquel señor le pedía que hiciera morir su sombra no sólo con belleza sino también con vanidad. Para

ello, la hermosa doble de la sombra de las piernas se tumbó y dejó al descubierto las suyas, pues el señor de las sombras seguía siendo el mismo que muchos años antes, cuando yo era aún niño, había mostrado a las bañistas egipcias y a los soldados muertos estimulando así nuestra voluptuosidad, que tiene por objeto tanto la crueldad de la muerte como la carne floreciente. En esta ciudad se siente interés tanto por la muerte como por el nacimiento. Cuando nace un niño, despierta en la madre la esperanza de que se convierta en una sombra aceptable y bien pagada.

A veces, en efecto, ocurre que un bebé ha de proyectar su minúscula sombra y su voz en la pantalla.

En esta ciudad viven también muchos piadosos adoradores de sombras. Y como no les basta con limitarse a rezar a las sombras, sus pensamientos y sus actos están dirigidos a ver, hablar, abrazar y vitorear a los dobles de las sombras veneradas. Estos adoradores ignoran que los autores de la sombras no son más que dobles. Creen que los actores siguen siendo dueños de sí mismos y de sus sombras. Y de la misma manera que algunos de quienes creen en los libros y la literatura anhelan ver cómo viven y aman los autores de sus obras amadas, así también los adoradores de las sombras querrían ver, oír y tocar a los actores supuestamente vivos. Sin embargo, sólo se encuentran con las sombras de sombras famosas y queridas.

Pero también esas sombras de las sombras queridas y famosas se imaginan vivir como los demás seres humanos. Y la veneración de sus adoradores los mantiene en esta ficción hasta el punto de que uno de esos dobles de su amada sombra será muy infeliz si hoy no le saludan como ayer y alguien saluda a su colega con más cordialidad que a él.

Esta vanidad y esta envidia podrían casi hacernos creer que las sombras de las sombras son algo parecido a las personas.

Pero, en otras circunstancias, nos convencemos de que son completamente diferentes.

Hemos visto, por ejemplo, que a las mujeres que habían quedado embarazadas se les prohibió seguir vendiendo sus sombras, por lo que dejaron la fábrica de sombras sin decir palabra. Les parecía completamente natural.

En efecto, cuando en los espectáculos cinematográficos se muestra a mujeres embarazadas se recurre precisamente a mujeres no embarazadas que se colocan un cojín bajo la ropa y sobre el vientre. Y así como se prefieren las palmeras artificiales y desplazables a las auténticas y con raíces, también se prefiere un relleno antes que un vientre materno bendecido.

Pero lo maravilloso es que la doble de una sombra sigue teniendo la capacidad natural de quedar a veces embarazada, quizá por el abrazo de un doble de su respectiva sombra.

Vemos aquí la inconmensurable bondad de Dios.

Su inconmensurable bondad reintegra la sombra femenina a la vida de mujer. Pero justamente por eso, es decir, por haberse transformado en persona viva por el doble

milagro de la maternidad ocurrido en ella, no puede ya representar ningún papel en el mundo de las sombras (en el verdadero sentido de esta expresión). Y se la expulsa de las puertas de la fábrica de sombras. Por eso, aprovechando la circunstancia, queremos recordar que en todos los países del mundo llamados «civilizados», las leyes de los hombres y de las religiones prohíben abortar el fruto que se desarrolla en sus vientres.

Si tuviéramos el poder de emitir leyes en nombre del derecho divino o humano, prohibiríamos las fábricas de sombras de Hollywood sólo porque obligan a las mujeres a expulsar de sus vientres bendecidos el fruto que germina en ellos.

Algo que nos maravilla en grado sumo es que los legisladores religiosos y terrenales no conozcan o no se percaten de las leyes inhumanas de las fábricas de sombras.

De hecho, en todos los países del mundo civilizado se encierra a una mendiga hambrienta que arroje fuera la bendición de su vientre.

Sin embargo, no se encierra a un fabricante de sombras que expulse a las mujeres con el vientre bendito.

Dios ve todo esto y juzgará también a los legisladores, lo mismo que a los fabricantes de sombras. Pero no a la mendiga.

El Señor no ha de juzgar a los pobres. A diferencia de los legisladores terrenales, no juzgará, en absoluto, a los pobres que penetran en las casas, en casas ajenas.

Ese tipo de pobres los hemos visto igualmente en Hollywood. También los pobres venden allí sus sombras. Sólo que los pobres no reciben allí ese nombre sino el de «extras».

Ocurre a veces que para tal o cual obra se necesita todo un pueblo de sombras para que habite, por ejemplo, un espléndido palacio.

Sin embargo, este pueblo no podrá vivir en el palacio como tal, sino sólo como sombra de un pueblo, como pueblo de sombras.

Pero, una vez que han vendido su sombra, no se les permite vivir en el palacio.

Algunos de los pobres que en Hollywood se llaman «extras» no hallan a veces un alojamiento para pasar la noche.

Y aunque han vendido sus sombras para que ellas puedan dormir en los palacios, ellos mismos, como productores o dobles de su sombra, no podrán pernoctar en esos palacios.

Ya no son legionarios romanos ni esclavos nubios, no son caballeros armados, jenízaros ni cruzados. Son sólo pobres sin techo. En esta ciudad se les llama «extras».

También la verdad es aquí una sombra. Una vez que hube visto esta ciudad, supe que, en realidad, ella —y sólo ella— era la auténtica capital de este gran país. Y ya no tuve ganas de ver otras de sus ciudades y pueblos.

Es cierto que el jefe supremo del país vivía en otra ciudad.

Es cierto que los ricos y los atareados vivían en otra distinta; pero Hollywood era la capital de la nación. Esta ciudad —ya lo sabía— no era sólo la capital del país, sino la capital del mundo entero, pues es la capital de las sombras y son sombras lo que rige el mundo.

Todas las sombras residen en Hollywood. En efecto, cuando dejé esta ciudad y llegué a otra, mis ojos no daban ya fe a la realidad de las cosas y las personas de las demás ciudades.

Si contemplaba un rascacielos, creía que sólo había sido levantado para una semana, para proyectar su sombra sobre la pantalla, para una obra determinada en la que iba bien un rascacielos.

Y, de hecho, me dijeron que aquel edificio iba a ser derruido y que otro más acababa de ser levantado hacía una semana.

Las casas del país son ágiles y efímeras como sombras y más efímeras aún que las nubes del cielo que rascan.

También se derriban los monumentos, pues la gente no necesita recuerdos. En aquellas tierras vimos así mismo hombres bondadosos, pero eran hombres sin tiempo.

Y de la misma manera que las sombras no necesitan ya espacio, el hombre de aquel país no tiene tiempo.

Pero la bondad necesita tiempo y espacio.

También la verdad es una sombra en este país.

Las leyes de la verdad se proclaman desde la capital de las sombras.

Es la verdad de las sombras, y no la de los seres humanos.

Sin embargo, también en este país encontré a un hombre justo. Me exhortó a tener paciencia y no ser tan apresurado como las sombras de las que yo hablaba mal.

—Este país —dijo el justo— llegará quizás a entregar a otros todas sus sombras y rascacielos y tal vez alcance la vida y la verdad. Quizás algún día se tendrá aquí tiempo y se construirán casas pequeñas, se amará a todas las personas de cualquier color y condición, se odiará la fugacidad y se despreciará el dinero. Este país es un joven heredero de países más viejos. Y esos herederos han heredado antes de que murieran los viejos. Una vez que yazgan bajo tierra, es posible que los jóvenes se conviertan en unos herederos espléndidos. ¡Deberá Vd. tener paciencia!

Pero yo, que no soy un hombre justo, no tengo la virtud de la paciencia.

Soy una persona débil y temo al Anticristo.

Bajo la tierra

Estuve también en muchos otros países por encargo del señor que mandaba sobre las mil lenguas.

Penetré ochocientos metros bajo tierra y vi hombres que yacían de espaldas ocho horas al día, ocho horas diarias, a ochocientos metros bajo tierra. Con sus manos arrancaban a golpes sobre sus cabezas el carbón que se extiende bajo la tierra.

Estaban amenazados por gases venenosos, por el desprendimiento de piedras, por rocas que de pronto se venían abajo ante la salida. Y muchos trabajadores sufrieron también esa muerte.

El propio Dios fue quien hizo que el carbón creciera bajo tierra para calentarnos, para curarnos, para impulsar nuestras máquinas y sostener las obras de nuestra razón.

Pero conocí a hombres que negociaban con el carbón.

Y éstos no estaban tumbados de espaldas ocho horas diarias a ochocientos metros bajo tierra.

Ahora bien, es indudable que Dios les ha dado el espíritu de negociar, como a otro la fuerza y la resistencia para estar tumbado de espaldas y arrancar el carbón sobre su propio cuerpo.

Por tanto, el hombre que negocia con carbón no es menos ante Dios que el que lo extrae.

Ante Dios, diríamos que no es menos. Pero ante los hombres sí lo es, pues trabaja menos y sin tanto esfuerzo, y gana más dinero.

En efecto, la justicia de los hombres no es tan perfecta como la de Dios. Los hombres se fijan en el grado de esfuerzo y de ganancia.

Cada media hora, un montacargas bajaba a la gente a ochocientos metros de profundidad. Una vez que se ha penetrado bajo tierra a una distancia de ochocientos metros de la luz del mundo, no sólo se pierde esa luz sino que, además, se siente añoranza, se tiene nostalgia del cielo.

No hemos sido creados como hámsters, tritones, topos o gusanos, sino como personas; la tierra bajo nuestros pies y el cielo sobre nuestras cabezas.

Hemos sido creados para caminar erguidos sobre dos piernas, no sobre cuatro pies. Nuestros brazos y manos no están hechos para pisar la tierra sino para trabajar, abrazar al prójimo amado y extenderlos hacia el cielo. También nos diferenciamos de los animales en que somos los únicos entre todos los seres de la creación con capacidad para tender al cielo nuestros brazos y manos.

Nos diferenciamos de los animales en eso y también en que Adán, padre de todos nosotros, recibió un hálito de Dios. Es como si pudiéramos tender los brazos hacia el cielo porque añoramos la imagen original de aquel de quien somos reflejo.

Pero si descendemos bajo tierra, no podemos extender ya los brazos hacia el cielo. Ya no podemos hacer de pie, con nuestros cuerpos, el signo de la redención, la señal de la cruz. En efecto, la cruz no es sólo un instrumento de martirio en el que padeció el redentor de la humanidad. La cruz es, en primer lugar, la representación más simple del ser humano con los brazos extendidos, los pies dirigidos a la tierra y la cabeza al cielo. Todo hombre sobre la tierra que extiende sus brazos cuando está necesitado, forma una cruz. Es como si se liberara de su necesidad por la señal de la cruz que no hace sino que representa con su propia persona.

Pero uno no puede ponerse de pie a ochocientos metros bajo tierra. Tampoco es posible extender los brazos. Uno reptar como un animal a cuatro patas a través de pasadizos oscuros y estrechos. El agua gotea de las paredes. Las manos y los pies atrapan agua y barro. El aire húmedo paraliza los pulmones y corta la respiración.

Y vemos que no hemos sido hechos para prescindir del cielo. Sí, en cuanto hemos descendido bajo la superficie de la tierra sabemos que sólo podemos vivir de verdad cuando el cielo se curva sobre nuestras cabezas.

Por eso, los mineros llaman «cielo» a la pesada cubierta interior que gravita sobre ellos con ochocientos metros de espesor.

A los hombres les resulta tan difícil prescindir del cielo que llaman también «cielo» a una gruesa capa de tierra de ochocientos metros.

Sólo la palabra los consuela de la pérdida del cielo auténtico.

Así es como los emigrantes que dejan su patria y buscan una nueva en tierras lejanas llaman con los nombres de sus antiguos pueblos y ciudades a las ciudades y pueblos que fundan.

Pero nuestra verdadera patria es el cielo, y en esta tierra somos sólo huéspedes.

Y ni siquiera bajo tierra, tras haber descendido ochocientos metros, dejamos los hombres de sentir el cielo como una patria; ésa es la razón de que algunos llamen cielo a la negra cubierta que hay sobre sus cabezas. En esta palabra ponen toda la dulzura azul del auténtico cielo, como alguien que ha dejado su patria y canta para sí un canto de su tierra, y toda la dulzura de la patria se encierra en ese canto.

Pero esas personas que llaman «cielo» a la cubierta que se tiende sobre ellos deben

trabajarla con martillos, cinceles y taladros. Se tumban de espaldas y perforan agujeros en su cielo precario. Y extraen carbón de él. A veces ese cielo se hunde sobre la gente y la sepulta bajo su negro ímpetu. Y, sin embargo, siguen llamándolo «cielo».

El hombre que me había conducido abajo me enseñó su casa. Era domingo. El hombre era viejo. Desde hacía treinta años bajaba cada día al seno de la tierra, ochocientos metros y aún más. Cada domingo iba a su casa y se ocupaba de su huerto y sus hijos. Tenía seis. Cinco veces había sido sepultado bajo tierra y salvado. De todos los compañeros de su juventud no quedaba ninguno con vida. Todos habían sido sepultados y muertos por el cielo negro e implacable.

—¿Y a qué se dedican sus seis hijos? —le pregunté.

—Todos son mineros —me respondió—. Mi abuelo murió asfixiado en la mina; y mi padre. También yo me asfixiaré allí, y quizá mis hijos. Aunque tal vez, también, conozcan el tiempo en que se construyan galerías mayores y más seguras. Pero entonces, el carbón no merecerá la pena, pues los precios son muy bajos. Y los ingenieros, caros. Cuando se construyan galerías con la mayor seguridad posible, no se podrá ganar suficiente dinero con el carbón. Entonces cerrarán los pozos y no tendremos nada que comer.

—¿Y qué es —le pregunté— lo que le lleva a incluir la vida de sus antepasados, la suya propia y la de sus hijos en el precio del carbón que ellos mismos no venden? ¿Por qué considera Vd. el carbón más importante que la vida?

—No fui yo quien lo dijo —respondió el hombre—. El propio carbón es quien lo dice. Somos prisioneros del carbón. Si no se vende, moriremos todos. Pero si se vende a buen precio, sólo morirá alguno que otro, pero no todos a la vez. Por eso incluimos el precio de nuestras vidas en el del carbón, del mismo modo que lo hacen nuestros patronos, quienes nos dan el pan. Nosotros calculamos exactamente igual que ellos.

—¿No ama Vd. la vida? —le pregunté.

—En cierta ocasión vi un libro —me dijo— en el que aparecían los barcos de la Antigüedad llamados «trirremes» y donde se leía sobre ellos. Esos barcos eran impulsados a remo por esclavos atados todos a su asiento con sólo un brazo libre, el del remo. De vez en cuando, un cómitre con látigo pasaba entre las filas de los esclavos remeros. Y cuando uno de ellos se cansaba y movía el remo con demasiada indolencia, recibía un latigazo.

»Sin embargo, aquellos remeros amaban su vida tanto como el patrón del barco, o quizá más aún. Y remaban con todas sus fuerzas para eludir un acantilado, una roca o una tormenta, aunque, propiamente, no habrían tenido nada que perder de haber llevado el barco contra una roca o un acantilado en medio de una tormenta.

»Pero, señor mío, allí estaba en primer lugar el látigo del cómitre, y luego el de la voluntad de vivir y el del miedo a la muerte: tres látigos.

»Por eso, los esclavos salvaban el barco, la vida de su patrón y la suya propia. Por eso, porque la vida del barco era la suya.

»Y también yo, también nosotros amamos la vida».

Y me despedí del minero.

El hombre en la jaula

El señor de las mil lenguas me envió también a ver fábricas y escuelas, a todo cuanto fuera nuevo y prometiese propagar la agitación y tuviera una inquietud innata y antinatural.

Vi, pues, cómo se construyen casas de cristal y acero y metal cromado, y no de ladrillos y piedra. Vi que cada clase de persona se construye la casa a su medida. Y en eso conocí que los hombres cambian más deprisa que los demás seres. Los pájaros construyen su nido, las arañas tejen su red y los hámsters hacen sus cavidades, los zorros sus madrigueras y las hormigas sus hormigueros siempre de igual manera desde la creación del mundo. Pero los seres humanos vivieron primero en cuevas, más tarde en chozas, luego en casas y ahora en jaulas. En jaulas de cristal y acero.

«¡Que entre el sol!» dicen. Una frase tan necia como aquellas de las que ya hablamos: «La religión es el opio del pueblo», y «La educación es poder».

Uno no se siente encerrado en una cueva, en una choza, en una casa. Pero sí en una jaula. Es como si el hombre, al tiempo, más o menos, de comenzar a alzarse por los aires como un pájaro y sentirse libre de todas las ataduras de la tierra, hubiera sido también condenado con el deseo de sentir esa desgracia de que a veces son víctimas las aves: vivir en una jaula.

El hombre se siente a resguardo en una cueva, en una choza, en una casa de piedra y ladrillo. Pero en una jaula, el ser humano está preso.

El nuevo hombre, es decir, aquel en quien ha comenzado a actuar el Anticristo, dice: «¡Que entre el sol!», como si no fuera capaz de dejar su casa siempre que le apetezca disfrutarlo.

Pero si el hombre se construye voluntariamente una jaula es porque en él anida ya el sentimiento de ser, en realidad, un prisionero. Y lo será aunque tenga una llave para entrar en sus modernas jaulas.

Pero ¿quién lo mantiene preso y le hace encerrarse, al parecer voluntariamente, en una jaula?

El Anticristo es quien lo mantiene preso.

La cueva, la choza, la casa de ladrillo y piedra protegen de la tormenta, el rayo, el

ardor del sol y cualquier tipo de enemigo y peligro. Pero las nuevas casas de cristal y metal permanecen abiertas, aun cuando sus puertas y ventanas estén cerradas. Están al mismo tiempo abiertas y cerradas, justamente como sólo las jaulas pueden estarlo.

En casas así no hay silencio y soledad. En ellas hace ruido incluso esa cosa muda que es la luz.

Hasta un pez podría ponerse allí a gritar, y a parlotear un sordomudo. Mientras que el hombre, a quien se ha dado el don del habla —eso es precisamente el hálito de Dios— deberá enmudecer en esas casas si quiere decir a su prójimo algo humano.

Y así como el hombre aventaja al animal por el don del habla, también tiene la ventaja del silencio, el secreto y el pudor. En estas casas sutiles llenas de luz y aire no hay silencio, sino, a lo sumo, mudez; no hay secreto, sino retraimiento y represión; no hay pudor, sino, a lo más, vergüenza.

Al entrar en una de esas casas de vidrio, necedad y metal cromado, vemos que las habitaciones están contiguas como lo están las jaulas en los zoológicos, en las llamadas «pajareras» de los parques de animales.

Y las personas que tienen que vivir en tales casas son como animales y como gente sin techo al mismo tiempo. Pernoctan en la calle. Aún peor; la calle pernocta en sus viviendas. Es como si cada cual pasara la noche en casa del vecino.

La ternura de la pareja en la cama es tan visible como los arrullos de los pájaros en la jaula.

Podríamos decir que el sol que penetra en ellas saca todo a la luz del día.

Las personas que tienen por tarea construir tales casas dicen que son prácticas y sanas. Además, según ellos, los hombres deben vivir unos con otros. Y nada humano debería ser ajeno a los seres humanos.

Pero a estos constructores de viviendas les resulta ajeno todo lo humano. La soledad, el silencio y el secreto son tan importantes para el hombre como la salud, el sol y el aire. Es cierto que vivir en comunidad con sus semejantes forma parte de la naturaleza humana. Pero el hombre sólo soporta esa comunidad cuando puede estar también a solas, pues en eso consiste la esencia del ser humano: desear estar solo y con sus semejantes. Está escrito que no es bueno que el hombre esté solo.

Pero el hombre, imagen de Dios, posee también una de las características divinas: la capacidad de estar solo y con otros. Sí, añora la soledad, igual que siente nostalgia del cielo, pues ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, es decir, de acuerdo con sus características.

No puede vivir en la comunidad si no se satisface su nostalgia. En vez de ser útil a la comunidad, la trastornará.

Sólo en el momento del peligro —por ejemplo, en la guerra— puede el hombre soportar la comunidad continua con sus semejantes; y únicamente por la proximidad de la

muerte, que convierte a todos en solitarios pues se lleva consigo a cada uno en particular, por más que pueda arrebatarnos a miles en un mismo momento.

Pero en las casas de las que hablamos, los hombres no viven en presencia de la muerte inmediata. Y añoran la soledad.

Sin embargo, los inventores y constructores de estas casas nos dicen: «Ante todo, debemos dar a los pobres cobijo y no cosas superfluas. Y la soledad es algo superfluo».

Pero, justamente si esas casas van a estar destinadas a los pobres, debería pensarse que una de las peores maldiciones de la pobreza es que el pobre no puede estar solo. Sería mejor que pasara hambre de vez en cuando a no tener jamás la posibilidad de partir su pan a solas.

A veces se halla mejor solo y a la intemperie en medio de la noche que junto a otros bajo techado.

Pues, de la misma manera que no es bueno que el hombre esté solo, también es malo que se vea obligado a convivir con otros.

Pero esto no lo saben los inventores y constructores de las nuevas casas. Así pues, los hombres viven hoy en día como pájaros. Pueden volar, pero viven en jaulas.

La bendición de la tierra: Petróleo, potasa y veneno

Fui a un lugar con pozos de petróleo. Y desde allí escribí al poderosísimo señor de las mil lenguas:

Poderosísimo señor de las mil lenguas: Me encuentro en uno de los países más interesantes con pozos famosos de petróleo. Están situados al pie de las montañas y su centro es una ciudad muy curiosa. En este lugar se extrae petróleo desde mediados del siglo XIX. Las negras torres de madera de las perforaciones se alzan en una región de unos quince kilómetros cuadrados.

Si las comparo con las torres de perforación de otros países, de aquellos que llevan en su rostro la maldición de la infecundidad, que parece compensar la bendición oculta en su interior, me parecen menos terribles y, hasta cierto punto, menos peligrosas para el suelo. Aquí, en esta ciudad, el sol es moderado, quedan aún bosques que retroceden sólo indecisos ante las torres y más parecen rodearlas pacíficamente que huir de ellas con ánimo hostil. La mirada puede desviarse de las torres empalmadas entre sí y resbalar hacia las verdes colinas.

Pero hay polvo, un polvo blanco y extraordinariamente denso. Es como si no fuera el producto del desecho de los residuos y restos físicos, sino un elemento aparte, como el agua, el fuego y la tierra, y como si estuviera menos emparentado con éstos que, por ejemplo, con el viento, ante el que se arremolina formando espesos velos. Se halla sobre la calle como harina o como tiza y cubre todos los vehículos y a todos los viandantes, como si estuviera dotado de instinto o voluntad. Cuando el sol quema, mantiene una especial relación con él, como si tuviera la misión de culminar su tarea. Y si llueve, se transforma en una masa gris ceniza, húmeda y pegajosa, que fluye hasta las cavidades más diminutas formando un charco verdoso.

Aquí es, pues, donde se extrae petróleo. Esta ciudad era un pueblo hace sólo unas décadas. Hoy viven en ella alrededor de treinta mil personas. Una única calle —de seis kilómetros aproximadamente— une tres barrios, sin que se pueda ver dónde acaba uno y dónde comienza el otro. Pegada a las casas y a lo largo de ellas corre una pasarela de madera sustentada por pilotes cortos y robustos. Es imposible construir aceras porque unos tubos tendidos debajo de la calle llevan el petróleo a la estación. La diferencia de nivel entre la pasarela y la calzada, pero también

respecto de las pequeñas casas, es notable, y el peatón llega a la altura de los tejados o los supera y mira hacia las ventanas al sesgo. Todas las casas son de madera. Sólo de vez en cuando, una más grande de ladrillo encalada de blanco y de aire petrificado interrumpe la triste hilera de las viviendas ladeadas, en descomposición y quebradizas. Todas se levantaron de la noche a la mañana, en un momento en que empezó a fluir el torrente de buscadores de petróleo. Es como si estas tablas no las hubieran ensamblado apresuradamente manos humanas; parece más bien que el aliento de la codicia humana ha unido de forma casual materiales casuales, pues ni uno solo de estos hogares efímeros parece destinado a albergar a personas dormidas, sino a mantener y acentuar el insomnio de una gente excitada. Los ha atraído aquí el olor rancio del petróleo, un hedor prodigioso.

El imprevisible sinsentido, incluso geológico, de las leyes del subsuelo incrementó la tensión de los perforadores hasta el deleite. Y la inmediata y constante posibilidad de estar separado de miles de millones de oro por apenas trescientos metros debió de provocar un arrebató más fuerte que la embriaguez de la posesión. Y aunque todos se hallaban expuestos a la imprevisibilidad de una lotería, de un juego de ruleta, en ningún caso se produjo ese fatalismo de la espera que preludia lentamente la decepción. Aquí, junto a los pozos de petróleo, todos se entregaron más bien a la locura de pensar que podrían forzar el destino por medio del trabajo, y su afán de cazadores incrementó el triste resultado hasta el desastre que ya no pudieron soportar.

La mano poderosa del grande y de las «sociedades» liberó a los pequeños dueños de los pozos del insoportable vaivén entre la esperanza y el desánimo. Aquéllos podían comprar de una vez muchos terrenos y mantenerse al acecho de los caprichos de los elementos del subsuelo con relativo sosiego, que es una virtud viril de la riqueza. Entre estos poderosos a quienes nada costaba la paciencia y que podían hacer una rápida siembra de millones para luego cosecharlos despacio se interpusieron otros más mediocres, los especuladores de terrenos y otros más con su mediocre crédito y su audacia mediocre para el riesgo y redujeron aún en mayor grado las oportunidades de los pequeños aventureros, que fueron renunciando poco a poco a sus sueños pero conservaron sus cabañas.

Algunos escribieron sus nombres encima de las puertas y comenzaron a comerciar con jabón, cordones, cebollas y cuero. Regresaron de las tormentosas y trágicas regiones de los cazadores de fortuna a la triste modestia del tendero. Las cabañas construidas para pasar unos meses se mantuvieron, en cambio, largos años y estabilizaron su precariedad y su provisionalidad hasta adquirir carácter pintoresco. Recuerdan a los cuadros colocados en los estudios cinematográficos y las primitivas ilustraciones de las portadas de los libros de relatos y alucinaciones californianas. A mí, que conozco más de una región industrial, me parece que no hay otro lugar donde la sobriedad de los negocios presente unos rasgos fisiognómicos tan fantásticos. Aquí, el capitalismo se ha desbordado en

expresionismo.

Este lugar va a conservar, al parecer, su apariencia fantástica. En efecto, la ciudad se desplaza y no sólo, ni mucho menos, en sentido metafórico. Mientras los viejos pozos se van secando, se abren otros nuevos, y la calle polvorienta avanza siguiendo al petróleo.

Empuja por delante sus casuchas, serpentea curvándose y se extiende diligentemente en función de los antojos del petróleo.

Me resulta casi imposible liberarme de la idea de que esa calle llegará a ser interminable, una franja larga, blanca y polvorienta que recorrerá colinas y valles, curvada y recta, provisional y, sin embargo, estable; precaria como la felicidad humana y duradera como la avidez del hombre.

Debo confesarle que la visión de esta gran ciudad, formada principalmente por una larga calle, me hizo olvidar las leyes reales de su ordenamiento social. Por unas horas, las especulaciones y la pasión del lucro me parecieron elementales y casi misteriosas. Los rostros grotescos perfilados aquí por la codicia, la atmósfera constantemente tensa en la que pueden producirse cada día las inquietantes catástrofes que ocurren de la noche a la mañana despertaron más mi interés por los destinos aptos para la literatura que por los cotidianos. La realidad de que también aquí debía de haber obreros y empleados, contratos salariales y parados desaparecía a menudo tras la calidad novelesca de los individuos. La fantasía era más vivaz que la conciencia.

En cualquier caso, los trabajadores del petróleo viven en condiciones incomparablemente mejores que los de las minas. Se trata también de obreros cualificados, pero las condiciones de trabajo son relativamente favorables. La gente trabaja en un espacio que aunque no esté aireado se halla cerca del aire, y el hedor del petróleo no es en absoluto tan ingrato y hasta podría ser saludable para los pulmones.

Al profano en la materia, todos los instrumentos de perforación le parecen decepcionantemente primitivos. Las barrenas están accionadas por motores. Un hombre da vueltas constantemente en círculo en torno a una especie de depósito sosteniendo en la mano una barra de hierro colocada en posición horizontal. Su movimiento y su actividad son, en realidad, difíciles, por más sencillos que puedan parecer. Los expertos dicen que el arte del obrero consiste en sentir en la mano el grado y tipo de dificultad de la perforación o, por mejor decir, la menor o mayor resistencia de la piedra. La mano del obrero debe tener, por tanto, una sensibilidad táctil muy desarrollada y sustituir en parte la función del ojo, que para nada interviene en la extracción del petróleo. Si el orificio de perforación se obtura accidentalmente por haber caído en su interior algún objeto, un gran tornillo, por ejemplo, se recurre a medios apropiados e imaginativos para extraer el obstáculo, a instrumentos de una gran capacidad de retención y agarre que palpan en la

oscuridad. Sus esfuerzos recuerdan al intento de volver a extraer un tapón caído dentro de un recipiente ciego y de cuello estrecho. En esa tarea se invierten horas y meses y se pierde dinero.

¡Dinero, dinero, muchísimo dinero! Piense que una perforación de hasta mil quinientos metros cuesta unos noventa mil dólares. Se trata de una lotería para gente que, en realidad, no la necesita: bancos y consorcios y multimillonarios americanos. Los beneficiarios de esta felicidad que les brota de la tierra han perdido ya, en realidad, el órgano que nos hace capaces de sentirnos felices por una ganancia material. Hay cierta contradicción entre la manera fabulosa de regalar tesoros propia de la tierra y la posesión de acciones de los petroleros y la calma estoica con que deben aguardar el milagro. Estos pobres excavadores de tesoros se hallan muy lejos del escenario de los milagros de la naturaleza, en las grandes ciudades de Occidente, y esa lejanía y el hecho de que sean poderosos e invisibles, casi impersonales, les confiere el esplendor de unos dioses que mediante un secreto carisma dirigen a ingenieros y trabajadores.

La mayor parte de los pozos son propiedad de instituciones financieras extranjeras. La mano de obra se paga desde una especie de cajas misteriosamente llenas. Las acciones se negocian y las transacciones se llevan a cabo en algún lugar lejano, en las grandes bolsas internacionales, de acuerdo con leyes no indagadas. Los astrónomos conocen mejor la aparición y muerte de los cuerpos celestes en el universo que los administradores y los directores de los pozos el cambio de sus dueños. Los pequeños empleados se tienen que limitar a permanecer quietos y temblar cuando llega a sus oídos el eco de las grandes tormentas desencadenadas en los mercados mundiales. Estos días, por ejemplo, se han vendido a un consorcio occidental tres grandes empresas. En uno de los mercados mundiales se celebró una pequeña reunión. Tres o cuatro señores sacaron sus estilográficas y garabatearon sus nombres al pie de unos contratos. Y aquí, en esta región petrolífera, quinientos empleados se quedaron sin pan y el hambre acechó a través de los cristales de sus ventanas: ya está llamando a sus puertas porque el señor de los mil pozos de petróleo ha pronunciado una frasecilla: ¡Hay que centralizar!

Los escépticos dicen saber que los nuevos dueños sólo proyectan una maniobra bolsista, limitándose a vender acciones a precios elevados, y no la explotación de los pozos.

Y los trabajadores vuelven a casa con la moderada seguridad con que regresan del campo los agricultores, y es como si llevaran guadañas al hombro, igual que las llevaron sus abuelos. Junto a las aguas turbias hay unos pobres tipos que recogen en bidones petróleo perdido. Son pequeños colegas del gran Dreyfus de París. No tienen acciones sino sólo unos cubos. Venden el petróleo encontrado en cantidades minúsculas para iluminar así sus chozas provisionales construidas con tablas. Eso es todo cuanto les ha concedido la pródiga naturaleza. Sus cabañas aparecen inclinadas, abatidas y marrones al resplandor del sol. Parece que quisieran

apretujarse y empequeñecerse aún más hasta desaparecer por completo. Quizá mañana habrán dejado de existir.

Espero haber podido transmitirle un indicio de la atmósfera reinante en esta California del Este. Se la he descrito para mostrarle que no estoy decidido a enviar desde esta tierra informaciones exclusivamente idílicas.

Quedo a su disposición.

Suyo, J. R.

Luego fui a una región donde se fabrican sustancias tóxicas. Estos venenos pueden matar. Pero como en esta tierra todo tiene dos caras, esos mismos venenos pueden alimentar. A uno de ellos lo llaman amoníaco. Con él se abona la tierra y se mata a los enemigos de la patria.

Otro de esos venenos se llama potasa.

En aquella región había un pueblo al que, cierto día, llegaron unos ingenieros bien formados. Examinaron los campos y los prados y descubrieron que de la tierra de aquel pueblo se podía extraer mucha potasa.

Regresaron a la fábrica de productos tóxicos e informaron a los señores de los mil venenos de la existencia de potasa en aquel pueblo.

A continuación, los señores de los mil venenos enviaron a unos inteligentes comerciantes que no dijeron nada sobre la potasa a los dueños de los campos y los prados. Simplemente les ofrecieron dinero, muchísimo dinero, por sus campos y prados.

Los campesinos amaban sus campos y sus prados, pero aún más el dinero.

Así que vendieron campos y praderas a los señores de los mil venenos y consiguieron incluso poder vivir diez años más en sus casas, sobre su tierra.

Pero eso ocurrió un año antes de la gran guerra llamada Guerra Mundial.

Cuando estalló la guerra hubo necesidad de potasa y amoníaco no sólo para fertilizar la tierra, sino también para sepultar en ella a los enemigos de la patria y convertirlos también a ellos en fértil abono. Así pues, aunque todavía no habían transcurrido los diez años —pero ¿qué vale el derecho de la paz ante el de la guerra?— arrebataron a los agricultores campos y praderas y lo que había debajo: la potasa.

Llegó una máquina gigantesca llamada excavadora, una máquina infernal que engulle tierra y destruye todo cuanto crece y vive sobre el suelo. Y esa máquina destruyó las casas y las granjas, los pajares y los establos, los campos y los prados.

En aquel pueblo se alzaba también una iglesia en medio de un cementerio. Los campesinos dijeron que no querían entregar los muertos y la iglesia, por más potasa que hubiera junto a los huesos de los muertos, pues no habían vendido el cementerio a los señores de los mil venenos.

Entonces los señores de los mil venenos pagaron dinero y más dinero. Desenterraron a los muertos, tumba por tumba, y llevaron sus restos al pueblo más cercano, donde no había potasa bajo tierra. Cierta día, los habitantes de la aldea se reunieron en la iglesia para despedirse de ella.

Mientras rezaban en su interior y celebraban esa despedida, la excavadora había comenzado ya a remover la tierra. El tejado de la iglesia se derrumbó, junto con las campanas; murieron igualmente cuatrocientas personas y la cruz cayó dentro del pozo de potasa. Con las campanas se hicieron cañones; y con los cuatrocientos muertos, amoníaco. Y con el amoníaco se envenenó a los enemigos.

Fui a ese pueblo, que ya no es un pueblo sino una gran explotación de potasa y amoníaco a cielo abierto.

El aire hedía a peste y descomposición.

Un hombre de edad avanzada, el vigilante, que había conocido aún el pueblo con vida y cuyo rostro estaba ya marcado por la muerte, me dijo:

—A veces pienso en el viejo pueblo. Pero el hecho de su muerte no me dolería tanto de seguir existiendo los huéspedes celestes de la aldea, pues en cuanto comenzó a oler a amoníaco, los pájaros desaparecieron. Bajo este cielo no se oyen ya los trinos de la alondra. Las golondrinas no construyen sus nidos en esta tierra. Por no hablar de las cigüeñas. Pero es que hasta los cuervos y los grajos evitan nuestra comarca en invierno. Sí, se han alejado incluso los gorriones. No he oído el canto de ningún pájaro desde hace veinte años. Si tuviera dinero, me iría lejos para escuchar el canto de algún ave antes de morir.

Así habló el anciano. Y en el aire hedía a peste y química.

En aquel lugar se fabrica también un veneno llamado nitroglicerina. Con él se puede hacer saltar por los aires casas, ciudades y rocas. Pero si aún queda algo de esa nitroglicerina, se envía a la fábrica cercana donde se elaboran seda y derivados. Allí se hacen medias para mujeres; de allí llegan las medias que llevaba la doble de la bella sombra que murió diecinueve veces en Hollywood y mostró al morir sus muslos envueltos en nitroglicerina.

Los gases tóxicos son solo nubecillas

Y el poderosísimo señor de las mil lenguas me dijo:

—Vaya a ver los cuadros bélicos que pinta la gente para no olvidar la guerra en tiempo de paz.

Y yo le escribí:

Poderosísimo señor de las mil lenguas: Los antiguos cuadros de batallas no son terribles, sino conmovedores. El rojo sangre que debería predominar en ellos se ha transformado en un rojo ladrillo, un poco zanahoria. Las banderas desgarradas ondean anunciando la contienda. Es cierto que están rajadas por sables, rotas a lanzazos, agujereadas por las balas. Pero el mero hecho de que, siendo unos objetos delicados de tela y seda, hubieran podido enfrentarse a las armas corrientes y sobrevivir a muchas batallas confirma la impresión de que, antiguamente, las guerras eran en realidad más inofensivas de lo que se describe en los libros de historia. No se puede negar la presencia de un gran número de caídos. Pero su muerte no parece definitiva. Todavía tienen tiempo de morir con una maldición en los labios o con una bendición para la causa por la que han combatido. Es evidente que, en el momento de morir, ven con total claridad que van a resucitar para la alegre vida de la guerra o bien contemplan ya la sección militar del cielo a donde van a ir.

¡No hay por qué extrañarse! Los enemigos suelen ser infieles: turcos, jenízaros, tártaros; en el fondo, tal vez, monoteístas, pero sólo por algún fundamental malentendido. Así lo demuestran sus espadas curvadas. Las de quienes luchan en nuestro campo —en el lado cristiano— son rectas (simbolizan el carácter de los combatientes), con una empuñadura con la que en cualquier momento se puede construir una cruz. Mientras los jenízaros, los tártaros o los sarracenos prefieren caballos pequeños, ágiles y alazanes, los héroes occidentales cabalgan sobre caballos blancos que recuerdan el color de la blanca paloma del Grial. Los grandes héroes son salvados en el último momento por los soldados de tropa. El salvador suele caer casi siempre mortalmente herido. Pero ya sospechamos que sus descendientes conservarán la vida en cuanto el gran héroe cure de sus heridas.

La batalla suele librarse en la llanura, cuya configuración aparece resaltada por las colinas circundantes. Sobre esas colinas se sitúan los personajes más ilustres,

aquellos en cuyo nombre se combate. Tras las colinas, invisibles, se alzan probablemente sus blancas tiendas en las que acampan cortesanas de negros cabellos que ansían la victoria. Si la batalla se desarrolla desfavorablemente, aquellos en cuyo nombre se libra son los primeros en dar media vuelta y marchar hacia las tiendas de campaña, que deberán ser abandonadas a toda prisa. En cualquier caso, el vencido tiene aún tiempo de abrazar brevemente a su amada.

A veces, la colina —y lo que hay tras ella— no es abandonada a tiempo. Entonces los vencedores se lanzan cuesta arriba desde la cómoda llanura y los primeros en llegar a lo alto hacen una señal a quienes aún están abajo. Las señas representan en la guerra un gran papel. Los combatientes se hacen unos a otros señas de victoria, de gloria o de muerte. Vemos claramente que quienes las hacen conocen con toda exactitud su carácter de ejemplo y que ellos van a pasar a la posteridad como un modelo. La causa por la que luchan y hacen señas es una buena causa. La posteridad lo sabe y no abriga ninguna duda.

El cielo es azul; el sol, cálido y amarillo; el polvo, blanco. Las gargantas de los combatientes están secas, el espectador siente la sed con sólo contemplar el combate. Las diversas heridas provocarán fiebre y aumentarán la sed. Nos gustaría llevar un recipiente de agua fresca y ayudar a la gente que cumple con su penoso deber bajo el ardor del sol. Querríamos reconfortar a los guerreros. ¡Imposible! ¡No hay fuentes cerca y, sobre todo, no tenemos vasijas a mano! Nos consolamos pensando que beberán una vez terminada la batalla.

La batalla concluye al caer la noche. Sabemos que el espacio del día iluminado por el sol es de unas doce horas. En cuanto el sol se oculta tras una de las colinas dispuestas allí para él, las trompetas tocan a retirada aunque la batalla no esté aún decidida. La hoz de la luna asciende lentamente por el horizonte y recuerda las espadas de los enemigos. Los guerreros ilesos se entregan al sueño. Y los heridos comienzan a gemir.

No hay nada más terrible que el hecho de que la última guerra comienza a ser ya objeto de esta idílica pintura de la guerra. ¡Apenas hace diez años que acabó! Esto ocurre sobre todo en los países vencedores, que imaginan haber triunfado más o menos como los caballeros de la cristiandad vencían en otros tiempos a los paganos. Los gases tóxicos parecen preciosas nubecillas de un exterminio que garantiza la resurrección.

Los cañoncitos escupen un amable fuegucillo. Los avioncitos ronronean presurosos por el aire encantador. Los pequeños héroes escriben conmovedoras postalitas a sus cariñitos. Los asaltos son un tema especialmente predilecto. ¡Como en tiempos de los sarracenos! Se lanzan ataques a la bayoneta contra colinas tomadas. Los soldados se enredan con sus vísceras en la alambrada. ¡Y hacen señales! ¡Señales de victoria, de gloria o de muerte!

Y nosotros seguimos viviendo. Nosotros, sarracenos y cristianos.

Y vemos cómo nos pintan, cómo pintan a nuestros padres y a nuestros hermanos menores. Ruedan películas con nosotros y pintan cuadros de guerra para colgarlos en sus pareditas. Para que nuestros nietos vuelvan a sentir el mismo placer. Retratan nuestras vísceras ante nuestros propios ojos aún con vida. Ya están embelleciendo nuestra muerte. Ya convierten nuestros montones de cadáveres en colinas de mandos del ejército. Apenas han pasado diez años. ¡Diez añitos! Ya están reconstruyendo, ¡ya han comenzado de nuevo! ¡Y pintan cuadros...!

Pero el rojo que emplean —¡ése es nuestro único y mísero consuelo!— no adquirirá jamás los matices pacíficos del color del ladrillo. Será rojo, rojo como la sangre y el fuego. Nuestra sangre, nuestro fuego. Los colores de hoy tienen una sustancia diferente. Están mezclados con sangre. Y nuestra muerte fue la última muerte que aún se va a tergiversar en un idilio. La muerte de nuestros pintores será distinta y ya no podrá pintarse. Morirán asfixiados, en casa, en su taller, ¡con la paleta en la izquierda y el pincel en su derecha mentirosa! Así es, poderosísimo señor de las mil lenguas, como yo veo los cuadros de guerra.

P.D. ¿Adónde debo ir ahora, poderosísimo señor de las mil lenguas?

Devotamente suyo, J. R.

Suya es la venganza

El señor de las mil lenguas me envió a visitar el pueblo disperso entre todos los pueblos de la tierra; es decir, el de los judíos.

Está escrito que este pueblo se dispersará entre todos los pueblos de la tierra. No tiene pues un país propio. Si uno quiere visitar este pueblo no sabe a dónde dirigirse. Hay judíos entre nosotros por todas partes. ¿Adónde tendríamos que ir para ver sólo judíos?

El señor de las mil lenguas me dijo: «Vaya Vd. allí donde los judíos viven en comunidad, apretujados en pueblos o pequeñas ciudades».

Así que fui adonde estaban los judíos.

Y encontré allí personas que eran judías, es decir, a las que todo el mundo de alrededor llamaba judíos. Pero no vi ninguna diferencia entre ellos y el resto de la gente, a no ser por ciertas costumbres de la vida cotidiana y religiosa.

Así que escribí la siguiente carta al señor de las mil lenguas:

Poderosísimo señor de las mil lenguas: Al igual que tuve ya el honor de decirle cara a cara que no me sentía en condiciones de seguir a su servicio, me permito comunicarle hoy que no soy capaz de considerar a los judíos, a quienes me ha enviado, como un pueblo especial entre los demás pueblos de la tierra.

Aprovechando la ocasión le repito, poderosísimo señor de las mil lenguas, que no estoy en absoluto en condiciones de diferenciar a unos pueblos determinados de otros y enviarle informes concretos sobre pueblos particulares de manera que el pueblo al que Vd. pertenece pueda creer que tal o cual pueblo es diferente y raro.

Considero raros, pero también comprensibles por igual, a todos los pueblos del mundo.

Mantengo absolutamente la opinión de que los seres humanos son, ante todo, seres humanos. Y mientras no se diga en todo el mundo, en todas las lenguas de esta tierra, la verdad indiscutible de que todos los seres humanos se parecen entre sí más de lo que se diferencian, considero un pecado dar a conocer las diferencias entre los distintos pueblos antes que sus semejanzas y su igualdad.

Es cierto que hay diferencias entre razas y pueblos.

Pero, en primer lugar, esas diferencias no son tan grandes como las existentes entre los individuos particulares pertenecientes a una misma raza o a un mismo pueblo.

En segundo lugar, estas diferencias son mucho menores que las semejanzas y las igualdades que unen a unos con otros los pueblos y las razas, por lo que creo que sería injusto con el propio Dios y cometería un pecado mortal si quisiera resaltar la peculiaridad de un determinado pueblo y no su semejanza con los demás.

En efecto, todos los pueblos descienden de Adán, a quien Dios concedió su aliento de vida.

Y si tratara de forma diferente a los hijos de Adán, estaría diciendo que Dios no infundió un solo aliento sino varios para crear hombres diferentes.

Y ante todo, veo en cada ser humano la imagen de Dios.

Atentamente.

Suyo, Joseph Roth

Y el señor de las mil lenguas me respondió lo siguiente:

Querido amigo: Al escribirme, no me hable de Vd. ni de otras cosas que ya conozco.

Observe a los judíos con sus propios ojos. Es lo único que le pido.

Su señor de las mil lenguas.

Así que comencé a visitar a los judíos.

Y vi, ante todo, que se les consideraba un pueblo muy peculiar sobre todo porque ellos habían concebido antes que nadie la idea de que los pueblos de la tierra, de toda la tierra, son hijos iguales de Dios.

Precisamente por haber sido ellos los primeros en afirmar que todos los hombres de todos los pueblos son hijos iguales de Dios se dijo entonces que ellos, los judíos, se consideraban unos hijos de Dios peculiares.

Pues eso es lo que ocurre en este mundo donde reina temporalmente el Anticristo: que a las personas que dicen querer el bien se les acusa del mal.

Los antiguos judíos decían ser el pueblo elegido de Dios.

Pero ¿con qué fin lo decían?

Con el fin de engendrar al Redentor, a Jesucristo, que murió en la cruz por todos los hombres del mundo.

En realidad, la soberbia de los judíos era humildad.

De hecho no fueron elegidos sólo porque —según sabemos— el Redentor del mundo

nació del seno de los judíos, sino también por haber traído al mundo al único hijo del hombre del que no es soberbia sentirse orgulloso. Y por el hecho de haber sido ellos mismos quienes crucificaron al fruto de su vientre, se humillaron y hasta expiaron lo que se llamaba falsamente su soberbia.

Sabían que les había sido dada una corona. Pero ellos la pisotearon.

No sólo engendraron al Redentor, sino que además renegaron de él. Fueron, realmente, el pueblo elegido de Dios. Su elección fue doble y no únicamente por su corazón empedernido y por no haber admitido que el hijo de Dios era el Redentor del mundo.

Los judíos fueron elegidos por partida doble. En primer lugar porque de ellos salió Jesucristo; y en segundo, por haberlo negado. Los judíos fueron escogidos por haber engendrado al Redentor y por haber hecho que lo fuera al renegar de él.

Forjaron la redención del mundo tanto con sus virtudes como con sus pecados.

Cargaron voluntariamente con el peso de los pecados, como hace a veces un padre que no quiere participar en la fama de su hijo.

Por eso, quien cree en Jesucristo y odia, desprecia o simplemente menosprecia a los judíos, su seno terrenal, es hermano del Anticristo.

Los paganos honran incluso aquellos lugares donde sus santos y profetas mostraron sus debilidades humanas.

Pero los falsos cristianos desprecian, odian o menosprecian el seno de su salvación, es decir, a los judíos.

Pues los judíos son el seno terrenal de Jesucristo.

Quien no aprecia a los judíos tampoco siente aprecio por Jesucristo.

El cristiano aprecia a los judíos.

Quien los desprecia o los menosprecia no es cristiano y se burla del propio Dios ya que, si los judíos fueron escogidos para causar la muerte de Cristo, confirmaron con ello la alianza de Dios con Abraham, la alianza con que comenzó la redención de este mundo.

Y si Dios eligió a los judíos no sólo para engendrar a Jesucristo sino también para negarlo, fue porque Él mismo castigó a los hijos de Israel con la ceguera.

Y Él es también quien tiene derecho a seguir castigándolos, sólo Él. Suya es la venganza, y suyo es también el objeto de su venganza.

Pero aquel que por su cuenta quiere vengarse de los judíos en nombre de Dios como si fuera su representante, por así decirlo, yerra y comete un pecado mortal.

Y quien, considerando que está bautizado y los judíos no, quiere tomar venganza de los judíos, cuando la venganza es de Dios y de nadie más, es doblemente pecador, pues se arroga por la gracia del bautismo la autoridad para ejercer venganza. De ese modo delata que sigue viviendo el pagano que lleva en sí, ese pagano que no merece la gracia del

bautismo.

Quien odia a los judíos es un pagano, y no un cristiano.

Quien es capaz de odiar —a quienquiera que sea— es un pagano y no un cristiano. Y quien cree ser cristiano porque no es judío, es doble y triplemente pagano. ¡Que sea expulsado de la comunidad de los cristianos!

Y si la Iglesia no lo expulsa, lo expulsará Dios mismo.

Los judíos que vi en los pueblos y pequeñas ciudades del este de Europa no se diferenciaban de los demás hombres por su carácter y su naturaleza.

Quiero decir que no vi en ellos rasgos peculiares, fuera del que ya conocemos, es decir, que los judíos de sexo masculino están circuncidados.

Vi campesinos judíos, artesanos judíos, comerciantes judíos, soldados judíos, artistas judíos, pobres y ricos judíos, judíos nobles y judíos corrientes, judíos saciados y judíos hambrientos, judíos ricos y pobres.

Y vi en torno a ellos a otros seres humanos que no eran judíos y que decían: «Pobres, ricos, saciados, hambrientos, soldados y artistas, comerciantes y artesanos son todos judíos. No creen en Jesucristo».

—No creen en Jesucristo —les dije yo—. Pero vosotros sois aún peores, pues creéis en un falso Jesucristo creado a vuestra imagen y semejanza.

Sois injustos.

Por tanto, tenéis un falso Cristo. Estáis sedientos de sangre y de venganza. Y os habéis fabricado un Jesucristo vengativo y sanguinario. Os bautizaron, pero no sois cristianos. Tenéis, sin duda, la gracia del bautismo. Pero sólo será eficaz después de vuestra muerte. Mientras viváis en la tierra os comportaréis como paganos. Pues veo que los judíos no bautizados trabajan, pasan hambre, ganan dinero, engañan y son honrados lo mismo que vosotros. Aman y odian; engendran y dan a luz; practican la música y todo tipo de artes diversas: hay entre ellos zapateros y sastres, exactamente igual que entre vosotros.

—Pero ellos son más listos que nosotros —decía la gente.

—Pues —aunque fueran más listos que vosotros —dije— eso no significaría únicamente que les envidiáis su inteligencia —y la envidia es un pecado—, sino también que cultiváis la suya precisamente al oprimirlos.

»Vuestra envidia parece, así pues, tan imponente que no sólo os contentáis con alimentarla con los objetos de esa envidia que tenéis al alcance de la mano, sino que estaríais dispuestos a proporcionarle constantemente nuevo pábulo.

»Quizá los judíos serían aún más estúpidos que vosotros si les hubierais dado alguna vez la posibilidad de ser tan necios como sois y vivir, no obstante, como vivís vosotros; pero nunca lo habéis intentado.

»Ahora bien, como los tratáis injustamente y llegáis incluso a oprimirlos, estáis alimentando su inteligencia; y también el objeto de vuestra envidia.

»Estáis poseídos por el Anticristo.

Eso dije a la gente.

Pero ellos respondieron:

—¿Cómo vamos a estar poseídos por el Anticristo, si lo combatimos entre los judíos, los únicos entre quienes se siente como uno más, como en su casa?

Yo les contesté:

—El Anticristo no se siente en su casa entre los judíos sino entre vosotros. Y no sólo entre vosotros, sino en cada uno de vosotros. Vosotros mismos sois el Anticristo. Y no sólo odiáis, sino que hacéis al objeto de vuestro odio todavía peor de lo que es, justamente para poder odiarlo aún más.

»No veo ninguna diferencia entre vosotros y los judíos que viven con vosotros, fuera de que el Salvador nació del seno de los judíos.

»Y si supiera que envidiáis a los judíos por haber sido el seno del Redentor, lo tomaría a bien.

»Pero no es así.

»Les envidiáis porque consiguen bienes terrenales. Ésa es la verdad.

»Queréis para vosotros todos los bienes de la tierra. El Anticristo está entre vosotros y dentro de vosotros.

Seguí adelante entre el pueblo de los judíos, y todo cuanto vi confirmó mi convicción de que entre ellos había buenos y malos, del mismo modo como su fe les prescribe días de fiesta y días corrientes.

Y en una pequeña ciudad presencié uno de sus días festivos, uno de los principales: el de la reconciliación o de la expiación, que los judíos llaman «Yom Kippur».

Pero el Yom Kippur no es un día de reconciliación sino de expiación, un día penoso, pues sus veinticuatro horas contienen una penitencia de veinticuatro años.

Comienza en la víspera, a las cuatro de la tarde. En una ciudad con una mayoría de habitantes judíos se siente la mayor de las fiestas como una fuerte tormenta sufrida en alta mar a bordo de un débil barco.

Las calles se oscurecen de repente al apagarse la luz de los cirios de todas las ventanas y cerrarse las tiendas deprisa y con una precipitación medrosa; y ese cierre se realiza al mismo tiempo tan a cal y canto que podríamos creer que no se van a abrir hasta el día del juicio final.

Era una despedida general de todo lo mundano, de los negocios, de la alegría, de la naturaleza y de la comida, de la calle y la familia, de amigos y conocidos. Personas que

dos horas antes paseaban con la ropa de cada día y su expresión corriente, caminaban por las calles presurosos y transformados hacia la casa de oración, vestidos de agobiante seda negra y del blanco aterrador de sus sudarios, con calcetines blancos y pantuflas sueltas, la cabeza inclinada y la levita para el rezo bajo el brazo. Y el gran silencio, cuyo efecto se multiplicaba por cien en una ciudad que era por lo demás casi oriental por su bullicio, pesaba incluso sobre la vivacidad de los niños.

Todos los padres impartían ahora la bendición a sus hijos. Todas las mujeres lloraban ante los candelabros de plata. Todos los amigos se abrazaban. Todos los enemigos pedían el perdón. El coro de los ángeles tocaba las trompetas del día del juicio. Pronto Yavé abriría el gran libro en que están anotados los pecados, las culpas y los destinos de aquel año. Ardían luminarias para todos los difuntos. Y otras para los vivos. Los muertos estaban a sólo un paso de este mundo, y un paso separaba también del más allá a los vivos.

Dio comienzo la gran oración. El gran ayuno había empezado hacía ya una hora. Cientos, decenas de miles de velas ardían unas junto a otras y en filas sucesivas, se torcían y fundían entre sí formando grandes llamas. De miles de ventanas salía el grito de la plegaria interrumpido por melodías calladas, blandas, del más allá, remedo del canto del cielo.

La gente estaba de pie hombro con hombro en todas las casas de oración. Algunos se arrojaban al suelo, permanecían en él largo rato, se alzaban, se sentaban sobre losas de piedra y escabeles, se acuclillaban y se incorporaban bruscamente de un salto, balanceaban el tronco, se desplazaban sin cesar de adelante hacia atrás en un pequeño espacio; edificios completos, centinelas estáticos de la oración, estaban llenos de sudarios blancos, de seres vivos que no pertenecían a este mundo, de muertos vivientes; ni una gota humedecía los labios secos ni refrescaba las gargantas de las que salían tantos gritos lastimeros, no hacia el mundo sino hacia el más allá. Era terrible saber que en la ciudad nadie comería ni bebería ni aquel día ni el siguiente. Todos se habían transformado en espíritus, con las cualidades de los espíritus. Cada pequeño tendero era un superhombre, pues aquel día deseaba llegar hasta Dios. Todos tendían sus manos para atraparlo por la orla de sus ropas. Todos, sin distinción: los ricos eran tan pobres como los pobres, pues nadie tenía nada que comer. Todos eran pecadores y todos rezaban. Los sobrecogía un arrebato, se tambaleaban, desvariaban, musitaban, se hacían daño, cantaban, exclamaban, lloraban, pesadas lágrimas corrían sobre las barbas ancianas, y el hambre había desaparecido ante el dolor del alma y la eternidad de las melodías que escuchaban oídos extasiados.

Pregunté a la gente que vivía en torno a los judíos y los odiaba o menospreciaba si no se habían percatado de su temor a Dios y su piedad.

Y uno de los justos a quienes pregunté, y que era judío, dijo:

—No crea a los malvados que viven a nuestro alrededor y quieren aniquilarnos, pero tampoco crea a los mentirosos y malvados presentes entre nosotros. En nuestras filas hay hipócritas, y cuando el ser humano es perseguido por el odio y la desgracia no mejora sino

que se vuelve todavía peor. Algunos temen el castigo de Dios; por eso rezan. Y otros querrían seducirle para que les recompense, por eso rezan. Algunos se aferran a la vida y temen ser borrados este año del libro de los vivos; tienen miedo a la muerte y por eso rezan. Y conozco a algunos que, en cuanto se oiga el sonido del *shofar*, el cuerno que anuncia el final del día de la expiación, correrán hacia sus mesas bien dispuestas, como habían corrido el día de antes a la mesa de Dios. Pues son hombres y piden beber y comer. Pero hay aún otros que corren mucho más deprisa hacia sus perversos negocios y malos pensamientos, más deprisa que hacia las mesas dispuestas, pues creen haber aplacado a Dios con un día de ayuno y expiación para que, según se dice, cierre los ojos ante sus malditas acciones. Así, entre los antiguos judíos, nuestros antepasados, hubo algunos que creían que con una ovejita o un corderillo adquirirían el derecho a ser pecadores. Su deseo no es reconciliarse con Dios; lo que quieren de Él, bendito sea su nombre, es sobornarlo. Pero son más malditos que quienes le niegan, pues se construyen un Dios a su imagen que no es ni siquiera un Dios de figura humana, sino demoníaca. Y éste es el mayor de los pecados: rogar a Dios para que sea indulgente con la injusticia. ¡Que Él nos guarde de eso!

»Pero también la vanidad y el orgullo se encuentran como en casa en nuestro pueblo. En cierta ocasión me vi obligado por todo tipo de circunstancias desgraciadas a pasar nuestro día de expiación en una lejana ciudad de Europa occidental. Y como los judíos de aquella ciudad me reconocieron como hombre con fama de piadoso, me pidieron que pronunciara ante ellos algunas oraciones, y así lo hice. También ellos rezaron en una sala grande y hermosa cuyas paredes tenían todo tipo de adornos, cuadros y estatuas. Y como la fe nos prohíbe realizar cuadros y estatuas, pues está escrito que no se ha de hacer ninguna imagen de la figura de Dios invisible, alabado sea su nombre, les pregunté de dónde habían llegado a una casa de Dios aquellos cuadros y estatuas.

»Y entonces me dijeron que aquella sala no era propiamente una casa de oración sino que se había alquilado tan sólo para la gran fiesta, pues los judíos de aquella gran ciudad de Occidente no rezaban a diario o cada sábado, como nuestros judíos, sino sólo en las grandes festividades, por lo que no merecía la pena pagar una casa de Dios propia.

»—Cierto, cierto —dije yo— pues se puede rezar al Señor en todas partes; cualquier lugar donde nos dirijamos a Él se santifica. Pero hay que invocarle cada día; y no debemos ahorrar si necesitamos una casa para Él, para su gloria.

»—Aquí, en nuestra tierra —dijo el otro—, la gente es distinta. Los negocios, ya ve Vd., los negocios nos quitan mucho tiempo. ¡Y hay que ganar dinero! ¡Ah, si no existiera el dinero! —dijo aquel hombre dando un suspiro y alzando los ojos al cielo, como si suplicara a Dios que lo suprimiese.

»—Si no existiera el dinero —le dije yo— lo volveríais a inventar.

»—¡No! —exclamó—, que Dios nos guarde de semejantes pensamientos.

»Así que lo dejé y seguí rezando.

»Pero al anoecer, cuando sonó el *shofar* y los hombres salieron de aquel edificio, vi

ante la entrada dos grandes paneles de colores y, junto a la puerta, una taquilla. Tras la taquilla vi a una muchacha hermosa y maquillada que vendía entradas a la gente. Muchos de los hermanos en la fe que habían rezado conmigo fueron donde la chica y compraron entradas. Dijeron que iban a comer algo y volverían enseguida. Y así fue. Fueron a algún restaurante, bebieron y comieron y regresaron para disfrutar en la misma habitación donde tres horas antes habían rezado y ayunado, y hasta en los mismos asientos, del espectáculo de sombras que corrían presurosas de un lado para otro sobre la pantalla. Y como el hombre con quien había hablado antes me invitó a su casa al día siguiente, fui allí y entré en una rica vivienda. Vi que Dios le había dado la prosperidad y también lo respeté por ello. Le pregunté cuáles eran sus negocios, a lo que él sonrió y dijo:

»—Soy dueño del gran teatro de las sombras donde ayer rezó Vd. Soy el primero en comprar las mejores películas del mundo. En mi sala hay asiento para más de 1500 personas. El espacio está bien aireado. En los días cálidos de verano dispone de refrigeración, pues tengo una cámara frigorífica bajo el suelo y unos cien ventiladores. Pero en las grandes festividades alquilo la sala para los oficios divinos. ¡Y si no fuera por el dinero, no la alquilaría sino que la dejaría gratis!

»Entonces me di cuenta de que estaba tratando con el mal en persona. Había rezado y comido en su casa. Pero le dejé en ese mismo momento.

»—Y sin embargo —concluyó el judío justo— era un hombre completamente agradable. Tenía una mirada bondadosa y una voz bien timbrada.»

Eso fue lo que me contó el judío justo.

Entonces me di cuenta de que el Anticristo puede vivir también en medio de los judíos, como en todo el mundo. Y reside ya en las casas de Dios, tal como cabalga sobre las cúpulas y las cruces de las iglesias.

El Dios de hierro

Recibí un mensaje del señor de las mil lenguas para que volviera a su lado lo antes posible.

Había visitado ya, decía, muchos pueblos y ciudades; tenía que descansar, ver mi propio país según me apeteciese.

Así que visité mi propio país, es decir, el país de mi señor de las mil lenguas.

Se halla en el centro de Europa, entre el Este y el Oeste; y es un país curioso. Es decir, muchos de sus habitantes me parecen curiosos. Algunos de ellos se ufanaban de haber sido elegidos por Dios. Y cuando pregunté a uno con qué fin pudo Dios haberles elegido, me dijo:

—Para dar al mundo el orden correcto, la luz de nuestros pensamientos, la riqueza de nuestra lengua, las verdades que nuestros sabios descubren casi a diario.

—Todos los hombres y pueblos del mundo entero —le repliqué— pueden llegar a todo eso que Vd. dice. Dios no ha escogido nunca a nadie para que realice hazañas terrenales, ni siquiera para servir al cielo. De haberlo hecho así habría sido un Dios bien raro.

—Y lo es —contestó el hombre—. Porque, efectivamente, es nuestro Dios. Nuestro propio Dios. El Dios de nuestro pueblo. El Dios a quien todos veneran es el Dios del amor, una criatura lamentable. Pero el nuestro es fuerte. Es el Dios del poder. Ha hecho que se forme el hierro. Es nuestro Dios de hierro.

—Ustedes no veneran al becerro de oro —le dije— sino al de hierro.

—Nosotros no veneramos —dijo él—, nosotros luchamos; ésa es nuestra oración.

—Entonces, ¿Vds. no luchan sólo contra los demás pueblos —le pregunté— sino también contra el Dios de los demás pueblos?

—Sí —me respondió— nunca hemos sido vencidos.

—En tal caso —dije yo— podéis seguir luchando, pues estáis derrotados antes incluso de que la lucha haya comenzado.

Él no me entendió y me dejó sin despedirse.

Y cuando salí de su casa, vi a un hombre ante su puerta que llevaba la señal de la cruz

en la prenda que le cubría la cabeza, sobre la frente y en el brazo derecho. Pero no era una cruz corriente sino quebrada y doblada a la derecha y a la izquierda y en los extremos superior e inferior. Parecía como si el hombre hubiera roto en un primer momento intencionadamente la sagrada señal de la cruz y luego se hubiese olvidado de cómo recomponerla. Era también como si la propia cruz sufriera algún dolor de tan encogida y doblada como estaba. Y como sentí piedad por el hombre y la cruz, le dije:

—Estimado señor, no lleva Vd. bien la cruz. ¿Me permite que le enseñe qué aspecto debe tener?

—No —me respondió— mi cruz es la correcta. Con este signo venceremos, y no con ése al que Vd. se refiere.

—Se equivoca —le repliqué.

Entonces, el hombre me asestó en la cabeza un golpe que me derribó, y durante un rato estuve tumbado como muerto.

Unas personas compasivas me levantaron y me llevaron a un hospital.

Y cuando después de mucho tiempo recobré el conocimiento, volví a escribir lo siguiente al señor de las mil lenguas:

Poderosísimo señor de las mil lenguas: No puedo visitar su país, pues me golpean en la cabeza y caigo como muerto.

Pero esto no me impediría ver el país mientras tenga la esperanza de recobrar la salud.

Hay, sin embargo, otra cosa que me lo impide: el que en su país tengan dioses distintos del único Dios. Estuve en un país donde se afirmaba que Dios no existe. Y en otro donde la gente decía que era el tío que les había nombrado sus herederos. Y entre pueblos paganos que mantenían la existencia de muchos dioses a la vez. Pero jamás había visto todavía un país cuyas gentes ruegan y desprecian a Dios al mismo tiempo. Y donde no sólo no siguen al hijo de Dios sino que lo odian; y no sólo lo odian sino que lo desprecian, al igual que su muerte, su amor y su humildad, pues han retorcido su cruz y dicen que es la cruz verdadera y auténtica y que no está retorcida o curvada. Dicen también que su Dios es de hierro. Y yo sé que en el Apocalipsis de san Juan está escrito que los servidores del Anticristo llevarán una señal en la frente y en la mano derecha. En este país, la gente lleva ya esa señal. Están preparando el fin del mundo y yo no soy capaz de hablar de ellos con justicia, pues me golpean la cabeza. Donde se niega a Dios pude llegar un día en que se le reconozca. Donde se confunde o desconoce a Dios, podría aún llegar a revelarse. Pero donde se blasfema y se venera a Dios a un mismo tiempo, sólo se revela el Anticristo. Cuando los hijos de Israel adoraron al becerro de oro, no se habían proclamado todavía los diez mandamientos. Pero ahora, cuando los hijos de su país adoran al becerro de hierro, los mandamientos tienen ya cinco mil años de vigencia y hace dos mil que brilla la cruz sobre el mundo. Despídame del trabajo,

poderosísimo señor de las mil lenguas.

Su respuesta decía así:

Con fecha de hoy (fecha del matasellos) queda Vd. despedido del trabajo.

Es Vd. una lengua recalcitrante. Ya he encontrado otra nueva y barata.

Ha comenzado mi tiempo, nuestro tiempo.

Ya no necesito tratarle con cortesía.

Concluyo con la verdad:

¡Heil Anticristo!

Firmado: El señor de las mil lenguas.

El hombre teme al hombre

Dejé el país del señor de las mil lenguas y marché a otros, más allá de sus fronteras.
Me detuve en una de esas casas llamadas «hoteles».

Llegaban allí todo tipo de personas que me conocían de cuando era una de las mil lenguas.

Vinieron un rico, un pobre, un piadoso, un ateo, un judío, un antisemita, un pagano, un cristiano, un representante del señor de las mil sombras, uno que anhelaba la revolución en el mundo y otro que deseaba que éste se mantuviera tal cual es, uno que quería la paz y otro que quería la guerra.

Y unos vinieron a preguntarme, otros a sonsacarme y los terceros a seducirme. Y el Anticristo hablaba por boca de todos.

Así pues, permanecí —y todavía sigo hoy— en la casa de huéspedes.

Son muchas las personas que vienen a verme; y todos y cada uno creen que yo creo en él y en sus palabras. Sin embargo, el miedo al Anticristo me guarda de las falsas palabras de mis invitados, pero también de las sinceras.

Pues a veces creen hablar con sinceridad; pero por su boca habla el Anticristo.

Ellos no lo saben. Y yo les comprendo. De la misma manera que yo, siendo soldado, vendí una vez mi sombra al Anticristo sin saberlo, le venden ellos sus palabras ignorándolo, y de sus bocas no salen sólo las palabras sino las sombras de las palabras transformadas por el Anticristo.

A veces vienen juntos, el fuerte y el débil, el rico y el pobre y todos los demás.

Y se dan la mano. Pero se odian.

Querrían matarse, pero hablan entre sí. Y sus palabras están tan llenas de falsedad y veneno que es peor que si se mataran.

Hablan al mismo tiempo en tono amable y asesino. Es el lenguaje del Anticristo, es su lengua materna.

El lenguaje del Anticristo se ha convertido en la lengua materna de los seres humanos.

En vez de sentir temor al Anticristo, se tienen miedo unos a otros. El pobre teme al

rico y viceversa; el judío al antisemita y viceversa; y lo mismo todos los demás.

Pues así como el amor y la justicia provienen de la falta de temor, así el odio nace del temor, igual que la injusticia.

Pero el temor es hijo del Anticristo. Me refiero al temor del ser humano a sus semejantes.

El león no teme al león, ni el tigre al tigre, ni el cordero al cordero, ni el buey al buey, ni el cuervo al cuervo, ni la carpa a la carpa, si uno no amenaza al otro. Para que surja el temor entre seres de la misma especie se requiere una hostilidad entre ambos por algún motivo concreto.

Pero el ser humano teme al ser humano sin motivo; sí, el miedo del hombre al hombre no es consecuencia sino causa de sus hostilidades y sus guerras. Los animales temen al ser humano. Le temen aún más que a otros animales que son sus enemigos natos. El carnívoro cuadrúpedo más fuerte teme el veneno de la serpiente. Pero las serpientes y los carnívoros temen por igual al ser humano.

Así, temido por todos los seres de la creación, el hombre pudo ser realmente su señor.

Pero como el ser humano tiene también miedo a sus semejantes, deja de ser el señor omnímodo de la creación.

Si el hombre no temiera a sus semejantes no tendría miedo ni siquiera al tentador, al demonio, al Anticristo.

El Anticristo siembra en los corazones de los hombres el temor al ser humano para no convertirse él mismo en alguien impotente.

Siembra el temor y de esa semilla nace la discordia.

Y de la misma manera que un hombre teme a otro, así también un pueblo siente temor de otro.

No obstante, dentro de cada pueblo, cualquiera de sus miembros teme a cualquier otro.

Y en cuanto el temor de cada miembro singular de un pueblo hacia la totalidad del pueblo vecino es mayor que el mutuo entre los miembros del pueblo propio, surge la guerra.

El soldado que marcha a la guerra teme a su superior, pero el superior y el soldado temen ambos todavía más al enemigo, es decir, al otro pueblo.

Por eso, mientras exista el temor del hombre hacia el hombre nunca habrá paz en el mundo.

Y tampoco habrá en el mundo auténtico temor a Dios mientras el hombre tema más al hombre que al propio Dios.

Sí, el Anticristo siembra el temor del hombre entre sus semejantes para que el hombre no llegue a temer a Dios.

Temer a Dios significa amarle no sólo a Él sino también a los seres humanos. Y temer a los seres humanos significa odiarlo y estar alejado de Dios y próximo al Anticristo.

Tal es el estado en que se halla el mundo actual.

Estamos más lejos que nunca de la hora en que el animal de presa pastará en paz junto con el doméstico.

Ni siquiera el ser humano pasta pacíficamente con el ser humano.

Todos los animales de la creación temen al hombre.

Pero hoy en día, el hombre teme al hombre más aún que todos los animales de la creación.

Pues el hombre conoce el terror hacia sus semejantes mejor que las fieras.

Ha llegado, pues, el momento en que el hombre, según está escrito, es peor que un animal depredador.

El tentador

Se me acercó un falso justo y me dijo:

—Vengo del país donde vive el señor de las mil lenguas a quien serviste.

—¿No va a volver Vd. allí? —le pregunté—. ¡En el país hay escasez de obras justas!

—Me han desterrado —dijo el falso justo— y a otros conmigo. Los justos son golpeados y sufren injusticia en todos los países del mundo. Pero en éste se los expulsa. Han puesto la injusticia en el trono del derecho y quitan a la Justicia la venda que cubre sus ojos.

—¿Eso significa que, por fin, le han devuelto la vista? —pregunté—.

—No —respondió el justo—. No le quitan la venda de los ojos para que vea, aunque también eso estaría mal, pues la esencia de la Justicia es juzgar sin ver. Sus manos delicadas, que miden y sopesan, son más seguras que los ojos. No tiene que emplear la vara de medir de los ojos, no debe juzgar a ojo sino que ha de utilizar la medida de las manos. En cuanto la Justicia es capaz de ver, deja de ser Justicia. Se atiene a la ley, de la que está escrito que fue proclamada ¡pero no mostrada! Sin embargo, los injustos no han quitado la venda de los ojos de la Justicia para darle la vista. Se la han quitado para cegarla; le han vaciado los ojos.

»Después de eso, los justos dejaron el país.

»Sin embargo —continuó el justo— no podemos abandonar la justicia y nos esforzamos por hacer justicia al país que ha cegado a la justicia.

»He reflexionado mucho sobre por qué la gente ha vaciado los ojos a la justicia. Y creo haber hallado la razón: más que malvada, la gente era necia. Desconocían desde el primer momento la esencia de la justicia. Tenían miedo desde el primer momento a que, algún día, la justicia se quitara la venda de los ojos y viera. Y como los necios son impacientes, se le adelantaron. Y al ver la mirada de la justicia, sintieron terror y le clavaron sus puñales. Son unos pobres necios.»

—¿Y qué debo hacer ahora? —le pregunté al justo.

—Ser justo incluso con ese país —respondió—. Por eso he venido a verle.

—Me inclino ante la justicia —dije— pero no puedo ser un justo. Soy un ser humano;

tengo miedo al Anticristo y quiero vengarme de él. El Señor mismo decidirá un día acerca de mi bienaventuranza. Respeto a los justos, pero no soy lo bastante grande como para comprenderlos. Soy un ser humano. Temo el mal. Y lo odio.

Entonces el falso justo me dejó, enojado conmigo.

Y al preguntarle por qué se enojaba conmigo más que con los injustos que lo habían desterrado y habían cegado a la Justicia, se despertó en mí la sospecha de que el Anticristo trabajaba también y hozaba en el falso justo.

Confieso que desde aquel encuentro temo también a los justos, a los demasiado justos y, sobre todo, a quienes quieren entenderlo todo y a quienes creen poder perdonarlo todo.

Existen, sin duda, ese tipo de justos. Pero las personas capaces de odiar y amar y quienes odian el odio y aman el amor son mis iguales.

Temo, por tanto, que el Anticristo se oculte también tras alguien demasiado justo, tras un falso justo.

Vino a verme un hombre que se llamaba a sí mismo injusto. Me habló con orgullo y dijo:

—Soy simplemente uno de los muchos millones de injustos, un injusto anónimo, pero me siento orgulloso de ello. Dentro de poco seré aún más anónimo, pues el número de los injustos aumenta cada hora y pronto seremos miles de millones de injustos, incontables como las hormigas.

»También yo vengo del país del señor de las mil lenguas a cuyo servicio trabajó Vd.

»Y vengo precisamente porque he visto que mi enemigo, nuestro enemigo, el justo, acaba de visitarle.

»Lo que le ha dicho es mentira e injusticia. Vengo para decirle la verdad.»

Yo le respondí:

—Si Ud. mismo dice que es injusto, ¿por qué acusa a un justo de injusticia?

A lo que dijo el injusto:

—En eso consiste la mutación del mundo que Vd. parece desconocer. Ahora las cosas son de tal modo que los injustos tienen razón y los justos, sinrazón. Por eso quería comunicarle que Vd. mismo será injusto si da la razón al justo.

»Piense que en el mundo hay tan sólo treinta y seis justos, pero millones de injustos; y pronto serán miles de millones. ¿Cómo pueden tener razón treinta y seis pobres individuos contra miles de millones? ¿Y sería justo que treinta y seis personas tuvieran razón contra miles de millones?»

—La justicia es justicia —repliqué— y la injusticia injusticia; y el número no tiene nada que ver con ello.

—¿Y quién ha impuesto el derecho —preguntó el injusto— sino el número? Muchos

miles de personas reconocieron un día que esto era la ley y aquello la injusticia, y desde aquella fecha existen ambas.

—No —dije yo— la ley y el derecho los ha otorgado siempre un individuo; por ejemplo, Licurgo, Moisés, Mahoma y Jesucristo. Dios no escoge a miles de portavoces a la vez sino sólo a individuos; y en eso reconocemos precisamente que el derecho y la justicia son divinos. El número resuelve, por ejemplo, la elección de una reina de la belleza, según la actual costumbre de elegir las, pero no decide acerca de la diosa de la justicia. Siempre puede haber quienes digan que la reina de la belleza no les parece lo bastante hermosa, pues sobre esa elección ha decidido el número. Y siempre que la decisión depende sólo del número hay otros, pocos o muchos, con distinta opinión. Pero allí donde decide Dios no hay posibilidad de réplica. La belleza es cuestión de gusto; la justicia, no. Pero donde la justicia se decide por número, reina la injusticia.

—¡Pero también los individuos pueden equivocarse! —dijo el injusto.

—Cuando se equivocan —respondí yo— su ley es puro arbitrio. Y pudiera ser que miles, millones y hasta miles de millones consideren su arbitrariedad como derecho y ley. Pero esos miles, millones y miles de millones sólo otorgan su reconocimiento a la arbitrariedad porque se disfraza de derecho.

»Es cierto que Dios sólo proclama el derecho a través de individuos. Pero ese derecho está vivo en todos los seres humanos sin distinción. Antes de promulgarse no saben cuál será su nombre ni su aspecto, pero ya le han preparado la cama y tienen cierta idea de cómo va a ser ese huésped que esperan.

»Ahora bien, por desgracia debo darle a Vd., sin duda, la con razón respecto a lo que está ocurriendo en el mundo: se espera a un huésped llamado así y asá, y llega otro que lleva tal nombre y se le recibe porque el ser humano no es un adivino. Pero los falsificadores se llaman siempre a sí mismos verificadores; los ladrones, honrados; los asesinos, amantes. Quien quiera hacer pasar una mentira por verdad se llamará amante de la verdad. El asesino llega de noche y pide entrar con dulces palabras. El injusto habla de justicia —tal como lo hace Vd. conmigo—. ¿Por qué no dice que su injusticia es injusta? ¿Por qué la llama justa? ¿Por qué no dice que el número es poder y no derecho? ¡Porque quiere seducirme!

—Es Vd. injusto conmigo —dijo el injusto— pues una de las exigencias de la Justicia es que decida el número. Así, la Justicia exige que cuando, por ejemplo, diez personas no tienen una única opinión, decida una votación entre las diez. Y si siete votan a favor y tres en contra, los tres seguirán a los siete.

—Sí —dije yo— cuando se juntan diez personas inteligentes y justas, la votación es un método justo. Pero cuando nueve necios se reúnen con un inteligente, éste, que es uno, tiene razón, y los nueve necios se equivocan. Sólo se puede votar entre iguales. Y así como no se pueden sumar dos manzanas y cuatro peces, tampoco se pueden contar con justicia los votos de dos sabios y cuatro necios. Es cierto que dos y cuatro dan siempre seis. Pero sólo cuando los números 2 y 4 representan el mismo tipo de objetos, animales o

personas.

—En tal caso, ¿tendrían razón treinta y seis frente a mil millones? —preguntó el injusto.

—Sin duda —le dije— contra mil millones puede tener razón incluso un individuo.

—¡Entonces, va a sentir Vd. el poder de miles de millones! —dijo amenazante el injusto.

—¡Y luego, todos esos miles de millones, el poder del derecho! —dije yo.

Y se marchó con aire de discordia; como no podía ser menos.

A continuación vino a verme un débil; era uno de esos que son hoy en día las víctimas más débiles de los poderosos, es decir, un judío.

—Vengo a verle —comenzó— porque acabo de ver salir por su puerta al injusto, mi enemigo. Debo decirle que los poderosos son injustos. Atormentan a los débiles. Dicen que la mayoría tiene el derecho y la justicia.

»Lesionan y desprecian no sólo el derecho de la hospitalidad sino también el de la humanidad.

»El propio derecho de hospitalidad era ya una vergüenza para la humanidad.

»En efecto, ¿qué mundo es éste en que un derecho especial debe fijar quién es el anfitrión y quién el huésped? ¿No nos ha dado Dios las casas? Y quien no la ha recibido de Dios, ¿no tiene derecho a habitar la casa del prójimo, que también es de Dios? Pero aceptemos que sea así, que quien tiene una casa disfrute del orgullo de poseerla y del de conceder hospitalidad. También nosotros, los judíos, tuvimos en otros tiempos una casa. Pero en nuestros libros estaba escrito que el forastero ha de ser en nuestra casa como un familiar. Y todos nos ateníamos a este mandamiento. Y hasta lo transmitimos a los forasteros, que aprendieron de nosotros —aunque lo olvidaron enseguida— que es mucho mejor dar hospitalidad que disfrutarla.

»Ahora, sin embargo, dicen que no somos dignos de sus casas.

»Pero ¿es que son tuyas las casas y las tierras? ¿Y es acaso el hombre un árbol como para no poder desplazarse de un lugar a otro? ¿No se trasplantan incluso los árboles para crecer en países ajenos? ¿Y desde qué momento comienza un pueblo a considerar propia esta o aquella tierra? ¿No ha arrebatado todo pueblo su tierra a otro pueblo? ¿La ha comprado? Si robo la propiedad de mi prójimo, ¿será mía una vez transcurridos diez, cien o mil años? Y si el anterior dueño de la tierra se presenta al cabo de un tiempo, ¿tengo derecho a expulsarlo? Sólo quien ha dado tiene el derecho a quitar. Y como es el propio Dios quien ha dado tierras a los pueblos y a nosotros no nos ha concedido ninguna, ¿no es Él mismo quien nos envía a los países que le pertenecen a Él y sólo a Él? ¿Acaso hemos pecado más que los dueños de los países? Suponiendo que realmente hubiera anfitriones y huéspedes —y que Dios no fuera el único anfitrión ni los hombres sus huéspedes—, ¿hemos cometido más faltas que los anfitriones? ¿Y es que no son las faltas faltas y la

virtud virtud, al margen de que sea éste o aquél quien cometa las faltas o tenga la virtud?

—Dios repartió las casas —dije— y también la carencia de patria. Él nos concedió la justicia y también la injusticia. La razón y la necesidad. Quien tiene, como Vd., inteligencia y, no obstante, pide justicia en la tierra, actúa injustamente. Si Vd. poseyera un país, ¿recibiría a las personas que acudiesen a Vd. por carecer de él sin pedirles, por ejemplo, más virtud que a quienes fueran de los suyos? Y si Vd. cree que Dios ha concedido las casas y los países, sabrá también que sólo Él dio la ley a su pueblo. Sólo Él ha hecho débiles a los judíos. Y sólo Él ha hecho injustos a los hombres. ¿Y porque Vd. ha sufrido tanta injusticia quiere también seguir causándola? Si ve que se hace injusticia a los judíos, ¿le duele sólo la injusticia o siente doblemente el dolor porque es un judío quien la padece?

—Ambas cosas —dijo el débil.

—Si es así —repliqué yo— podría suceder que algún día fuera Vd. cruel, pues lleva en su interior el germen de la injusticia. ¿Y con qué razones viene Vd. aquí a acusar al injusto?

Entonces, el débil me dejó con un suspiro que sonó a maldición. Suspiraba y maldecía al mismo tiempo.

En eso reconocí que también sobre él, el débil, mandaba el Anticristo.

Pero la maldición procedía del Anticristo.

La gente que odia a los judíos me envió a continuación a uno de los suyos.

—Soy un odiador de los judíos —me dijo—. Me llamo antisemita. Los judíos apestan el mundo con su aliento, sus negocios, su espíritu, sus libros, sus cantos, sus imágenes y su fe. Son sanguinarios y sedientos de oro. Ansían el poder y la venganza.

—No puedo replicar nada a todo eso —dije yo—. He visto a muchos malvados. Pero su maldad era maldad humana, pues el hombre es débil y tiende al mal. Y su propia malignidad terrena no era más que una pizca (a veces unas pizcas) mezclada con aquella maldad que reconozco como la malicia propia del Anticristo.

»Pero por su boca, señor antisemita, habla exclusivamente la maldad del Anticristo, pues Vd. vive del odio conocido por todas las personas de este mundo, pero que no todas ejercitan: el odio a los judíos.

»Usted está lleno de este odio, y sólo de él. Y le cuesta aún menos que a los demás fanáticos difundir su odio entre la gente ya que, como he dicho, encuentra en todas las personas de este mundo la chispa centelleante de ese odio concreto.

»Fíjese: todos los demás odiadores deben esforzarse, al menos, en encender un fuego propio en los corazones de los seres humanos.

»Pero Vd. propaga la hoguera del odio más común y presente ya como un rescoldo en la mayoría de la gente.

»No se parece Vd., pues, a un incendiario corriente que se toma el esfuerzo de llevar la yesca al pajar y a la aldea, buscar la mecha y prepararla.

»Usted es un incendiario comodón. Inicia un incendio donde ya brilla una chispa.

»Usted no es incendiario por un amor personal y humano hacia las llamas. Usted es auxiliar del Anticristo.

»Él es quien aviva las chispas. Y Vd. está a su lado, a su servicio, empleado como incendiario. No trabaja por encargo de su propia maldad sino por encargo de la poderosa maldad del Anticristo.

»He visto a muchos malos. Pero en cada uno de ellos existía esa caballerosidad, esa cualidad humana de la que aún podía surgir la justicia, aunque hubiera muerto en él el amor y la bondad. Pero eso en Ud. es imposible

»Hay débiles malos que odian a los fuertes malos y personas malas, buenas y débiles.

»Pero quien odia sólo a aquellos contra quienes brilla la chispa del odio en toda la gente es peor que un odiador corriente: es el odiador sin caballerosidad.

»En efecto, los judíos son odiados por los fieles y los ateos, los opresores y los oprimidos, los sanos y los enfermos, los ricos y los pobres, y, según la expresión actual, los capitalistas y los proletarios, por quienes dicen que todos los hombres son iguales y por los otros, los que afirman que los seres humanos no son todos iguales, por los blancos y por los de color.

»Suponiendo que me apeteciera odiar, buscaría a otros que no fueran los judíos. Además, el dato curioso de que nadie, sin excepción, quiere a los judíos —aunque no los odie— debería hacerle reconocer que es Dios mismo quien les ha castigado con el odio de la gente.

»Sólo Dios tiene derecho a castigar a los judíos. Pero Dios mismo odia a los hombres que odian a los judíos.

»Es cierto que el Anticristo obra y vive también entre los judíos. Pero quien les odia sólo a ellos hace que no se odie todo lo demás, todo aquello de lo que se ha adueñado el Anticristo.

»Hay aún otra cosa por la que reconozco que el Anticristo impera sobre los antisemitas: el haber sido escogidos para que no se noten todas las demás maldades que provoca.

»El Anticristo trabaja como un prestidigitador: mientras agita la varita mágica con la derecha tiene ya en la izquierda el prodigio que, según él, habría provocado con la varita mágica.

»Usted, antisemita, es la mano derecha y la varita mágica del Anticristo. Usted hace que no se perciba toda la maldad del Anticristo mientras su mano izquierda nos está presentando a los judíos como por arte de magia.

»Usted es el paño mágico y el mantel engañoso de la mesa del Anticristo.»

A continuación, el antisemita se marchó. Estaba enojado contra mí. Pero yo me sentí orgulloso de que así fuera.

El Anticristo sedujo todavía a otro justo para que viniera a verme y me demostrara que también él, alguien a quien yo tenía que creer, comprendía a los antisemitas.

Dijo que los judíos habían hecho tales y cuales maldades. Y que era necesario comprender.

Al oírle, le dije que no competía a los hombres comprender el mal cuando lo explicaba un malvado. Ahora bien, como es el malvado llamado «antisemita» quien explica la maldad de los judíos, no se podía comprender al antisemita.

A fin de cuentas, le dije a aquel justo, creía que la frase supuestamente noble según la cual comprenderlo todo significa perdonarlo todo había sido acuñada por el propio Anticristo.

—Comprenderlo todo y perdonarlo todo —comenté— es asunto de Dios. Y del mismo modo que el Anticristo ha hecho creer al ser humano que poseía otras características divinas, así ha ocurrido con esta de ser capaz de entenderlo y perdonarlo todo.

»Por ejemplo, el hombre puede volar. Pero un día se caerá.

»No es un ángel. (No se caen los ángeles; ni siquiera los pájaros.)

»El hombre puede también pensar que lo entiende todo. Pero, de pronto, se cae desde lo alto de su razón.

»Su razón es frágil como un aeroplano. No puede comprender nada ni perdonar nada.

»Eso es cosa de Dios y de los treinta y seis justos.

»Pero no nos es posible reconocerlos.

»Y si llegáramos a reconocer a uno de ellos, quién sabe si no sería borrado en ese mismo momento del número de los treinta y seis, como si hubiera muerto.

Y aquel falso justo se enfadó también conmigo y me dejó.

Luego, el Anticristo envió a otro hombre que vino y me dijo:

—Amo a la patria. Permítame presentarme: me llamo «patriota». En mi patria puede ocurrir cualquier maldad; puede sucederme incluso a mí. Pero la amo.

—Si en su patria ocurren cosas malas —repliqué— y Vd. la ama, entonces no ama Ud. a su patria sino al mal.

»Si en algún lugar sucede algo bueno, amaré el país donde eso ocurre.

»“Mi patria está donde está el bien”. Lo cual no significa que mi patria está donde quiera que me vaya bien.

»El sentido de la frase es el siguiente: donde se hace el bien, allí está mi patria. Y una patria que no obra bien no es una patria.

»Ante todo, somos hijos de Dios. Y sólo Dios es nuestra patria.

»Él nos ha dado piernas y pies no sólo para que en todas sus tierras nos sintamos como en casa sino también para poder abandonar una patria donde se da el mal. Nuestra patria no está donde se da el mal.

»Dios nos ha dado los pies para eso, para que podamos abandonar una patria donde ocurren cosas malas.

»Pero quien se queda en una patria donde se peca contra Dios no merece tener pies. No merece llamar a Dios su patria. Dios es nuestra única patria. En su sublime seno no puede suceder nada malo, sino sólo amor y justicia. Fuera de su sublime seno no nos ha dado más patria que el Paraíso; y aquí, la tierra entera. Toda la tierra es provisionalmente nuestra patria. Pero nuestra patria verdadera es el seno eterno de Dios.»

Y también el patriota me dejó enojado.

A continuación, me enviaron a un hombre piadoso, un hombre de la Santa Iglesia que llevaba un hábito marrón, un cordón en torno al cuerpo y una gran cruz.

—¡Alabado sea Jesucristo! —dijo.

—¡Por siempre, amén! —respondí yo.

—Veo —comenzó diciendo— cómo lucha Vd. contra el Anticristo. Quiero ayudarle. Vengo de Roma, de la ciudad santa. Soy uno de los más humildes servidores del Santo Padre. Pero tengo el honor de estar a menudo en su santa vecindad. En cierta ocasión vi sobre la sede de Pedro a alguien en lugar del Santo Padre.

El monje calló durante un rato. Luego repitió:

—¡A alguien completamente distinto!

También yo callé durante un largo rato. Luego dije:

—Está escrito que llegará un tiempo en que el Anticristo se sentará en la sede de Pedro recubierto con todos los signos de la dignidad del Santo Padre. Dígame, ¿ha llegado ya ese momento?

—No lo sé —contestó el fraile—. Sólo soy uno de los últimos servidores del palacio del Santo Padre. Pero cierto día vi que el Santo Padre se había dormido. Se durmió sólo unas pocas horas. Pero durante ese tiempo hubo otro sentado en su excelso trono. Y, justo durante esas horas, llegaron los enviados de varios países paganos para hacer las paces con la Santa Iglesia.

»Fueron tres países, tres países distintos. Pero los enviados de cada uno de ellos dijeron casi lo mismo. Los primeros hablaron así:

»—Damos a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Tú, Santo Padre,

sólo tienes que decir sí, y dejaremos que se rece en las iglesias y se alabe el nombre del Salvador. Pero a cambio, Santo Padre, te pedimos que bendigas a nuestro emperador.

»Los enviados de los países se arrodillaron; el Santo Padre ocupaba su trono y en torno a él se hallaban de pie los cardenales, todos con los ornamentos prescritos.

»Todos tenían al Santo Padre por el Santo Padre. Sólo yo sabía que el Santo Padre se había dormido.

»Y me extrañó que estuviera sentado en la cátedra de Pedro y que hablara tan amablemente con los enviados de los paganos.

»Uno de ellos añadió:

»—Sólo queremos conquistar la mitad del mundo, Santo Padre, ¡no el mundo entero! En otros tiempos, medio mundo perteneció a Roma, ¿por qué no iba a pertenecernos a nosotros? Somos sus herederos.

»Sólo queremos disparar, Santo Padre, unos poquitos disparos.

»No queremos nada más, Santo Padre, que acuchillar —unas poquitas cuchilladas, Santo Padre— y portar puñales, necesarios cuando se quiere apuñalar.

»Pero también prometemos rezar, Santo Padre, también rezar.

»¡Te honraremos, Santo Padre! Tendrás un automóvil de la mejor marca de nuestro país. Y un aparato llamado «teléfono», hecho de oro y marfil. Y todos los Edison, todos los hijos de Idumea, te consagrarán sus inventos. Y te pasearemos por todo el mundo, Santo Padre, en trenes y automóviles especiales. Y observaremos todos los días festivos y enseñaremos a los niños dos días por semana los mandamientos del Salvador; pero también siete veces por semana, sólo siete, les enseñaremos a disparar y acuchillar.

»Y el enviado del segundo país dijo:

»—Santo Padre, con toda humildad cristiana, no queremos medio mundo sino el mundo entero.

»Pero sólo lo queremos en nombre de Dios, el justo.

»Roma dominó en otros tiempos sobre medio mundo. Pero nosotros vencimos a Roma. Por eso nos pertenece el mundo entero.

»Permítenos, Santo Padre, conquistar todo el mundo.

»A cambio, rezaremos por ti y procuraremos no torturar a ningún sacerdote más, pues somos germanos y no nos agrada torturar cuando se nos promete algo.

»También queremos disparar y apuñalar y portar cuchillos, y enseñaremos dos veces por semana a nuestros niños las doctrinas del Salvador.

»Pero únicamente acuchillaremos y dispararemos siete veces, sólo siete, por semana, Santo Padre.

Aunque también eso lo haremos en nombre del Salvador.

»Y no reconoceremos tan sólo una cruz, sino incluso dos.

»Una, en la que murió el Salvador. Y la otra, en la que hemos realizado unas modificaciones modernas. La llamamos “cruz gamada”.

»La cruz, Santo Padre, tiene un gancho; ¡permítenos, Santo Padre, que tenga cuatro!

»A cambio aniquilaremos a los ateos, exterminaremos a los judíos, santificaremos el domingo con ejercicios de tiro, pero también rezaremos una oración antes de cada disparo.

»Y el Santo Padre asintió con un movimiento de cabeza.

»Llegaron los representantes del tercer país, y dijeron:

»—Venimos de Hollywood, algunos lo pronuncian HolleWut, “la Ira del Infierno”, ¡pero no creas en ello, Santo Padre!

»No queremos conquistar el mundo, pues ya lo hemos conquistado. Somos el país de las sombras.

»Nos envía la Metro-Goldwin-Mayer.

»La Metro-Goldwin-Mayer y sus semejantes se comprometen a difundir las sombras del Salvador en todas las pantallas del mundo.

»Por exigencias artísticas, maquillaremos a tus cardenales y a tus sacerdotes auténticos para que se conviertan en sombras auténticas.

»Así propagaremos la auténtica fe en todo el mundo representada por sombras auténticas, pues el mundo actual se compone de sombras auténticas.

»A cambio queremos tu bendición, Santo Padre, así como tu propia santa sombra.

»La Metro-Goldwin-Mayer, más poderosa que las potencias con cuyos enviados acabas de hablar, desearía poder disponer así mismo de un Concordato.

»Con fines propagandísticos, claro está.

»Pues la Metro-Goldwin-Mayer no entiende por qué ella, la trinidad de los soberanos de las sombras, habría de tener menos que los soberanos de los cuerpos, cuyo deseo es, en realidad, matar, mientras que la Metro-Goldwin-Mayer sólo mata sombras.

»A continuación, el Santo Padre asintió con la cabeza.

»Y firmó un Concordato con la Metro-Goldwin-Mayer y sus semejantes».

Eso fue lo que me contó el fraile.

—¡No le creo, hermano! —le dije—. ¡Se equivoca!

¡El Santo Padre no se durmió! ¡El Anticristo no está sentado aún en la cátedra de Pedro!

Entonces el fraile se mostró inseguro y dijo:

—¡Sólo soy una insignificancia en el palacio del Señor! Errar es humano.

Yo le respondí:

—¡Márchese! Todavía no ha llegado el fin de los tiempos.

Y se marchó obediente y asustado. Y aquello me hizo ver que también él era el Anticristo o un mensajero suyo.

Más tarde me di cuenta de que, de hecho, era un mensajero del Anticristo, cuando por la noche, en uno de esos teatros llamados «salas de cine», contemplé mi propia sombra.

El Anticristo me había filmado mientras hablaba conmigo como enemigo del Anticristo.

Entre las sombras de esquiadores, remeros, tenistas, boxeadores, actores, políticos y criminales mostró también mi sombra.

Me había robado la sombra.

Y me fui de la sala.



Moses Josep Roth (Brody, Imperio austrohúngaro, 2 de septiembre de 1894 - París, 27 de mayo de 1939) es uno de los grandes nombres de la literatura austriaca y centroeuropea del siglo xx, y algunas de sus obras, como *La marcha Radetzky* (1932), *La cripta de los Capuchinos* (1938) o *La leyenda del Santo Bebedor* (1939), se han traducido a numerosos idiomas. Sus restos mortales reposan en el cementerio Thais de París. En la lápida de su tumba se lee, sencillamente: «*Escritor austriaco muerto en París*».